



LOS LADRONES
NO PUEDEN
ELEGIR

LAWRENCE
BLOCK

Lectulandia

En esta novela Lawrence Block presenta a uno de sus personajes más logrados: Bernie Rhodenbarr, el irresistible príncipe de los ladrones de Nueva York. Bernie, hombre de gustos refinados y amplia cultura, posee el don de convertir el robo en un arte. Por desgracia es igualmente hábil para meterse en líos. En esta ocasión es contratado por un desconocido para sustraer una misteriosa caja azul de un apartamento. La misión parece fácil y todo va sobre ruedas, hasta que en el apartamento aparecen también dos policías y un cadáver.

Lectulandia

Lawrence Block

Los ladrones no pueden elegir

Bernie Rhodenbarr - 1

ePub r1.1

Ledo 29.05.14

Título original: *Burglars Can't Be Choosers*

Lawrence Block, 1977

Traducción: Daniel Aguirre Oteiza

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Steve y Nancy Schwerner

1

Pasadas las nueve cogí mi bolsa de la compra de Bloomingdale y salí del portal al mismo paso que un individuo rubio, alto y de facciones un tanto equinas, con un maletín que parecía demasiado delgado para resultar útil. Tenía el aire de un modelo de alta costura, podríamos decir. Vestía uno de esos modernos gabanes a cuadros y llevaba el pelo cortado a mechones y algo más largo que yo.

—¡Vaya, volvemos a encontrarnos! —dije mintiendo descaradamente—. Parece que por fin ha quedado un día bastante bueno.

Sonrió, totalmente dispuesto a creerse que éramos vecinos y nos dirigíamos unas palabras de vez en cuando.

—Sí, pero esta tarde hace un poco de fresco —comentó.

Convine en que hacía fresco. Pocas cosas podría haber dicho con las que yo no me hubiera mostrado de acuerdo gustosamente. Tenía aspecto respetable y se dirigía hacia el este por la calle Sesenta y siete, de ahí mi interés en él. No quería hacerme amigo suyo ni jugar a balonmano con él ni que me dijera el nombre de su peluquero ni proponerle que intercambiáramos recetas de pastas de té. Sólo quería que me ayudara a pasar por delante del conserje.

El conserje en cuestión estaba plantado delante de un edificio de ladrillo de siete pisos situado a media manzana de distancia, y durante la última media hora había permanecido casi tan inmóvil como el mismo edificio. Yo le había dado ese tiempo para abandonar su puesto y él no había aprovechado la oportunidad, de manera que no me quedaba más remedio que pasar por delante de sus narices, lo cual es más fácil de lo que cabría pensar y, desde luego, más fácil que las distintas alternativas que había considerado previamente: dar la vuelta a la manzana y atravesar otro edificio para meterme por el respiradero de la parte trasera del edificio que a mí me interesaba; subir cual mosca humana por la escalera de incendios y escurrirme como el agua entre las rejas de acero de alguna ventana de la primera o segunda planta. El método apropiado es tan sencillo que parece euclidiano: el camino más corto para entrar en una casa pasa por la puerta principal.

Tenía la esperanza de que mi rubio compañero fuera inquilino de aquel mismo edificio. Podríamos haber cruzado el vestíbulo y subido en el ascensor, continuando con nuestra conversación como hasta ese momento. Pero aquello no iba a suceder. Cuando tuve la certeza de que no iba a corregir el rumbo este que había tomado en un principio, dije:

—Bueno, yo sigo por aquí. Espero que ese negocio de Connecticut le salga bien.

Seguramente se quedó perplejo al oír este comentario, ya que no habíamos hablado de ningún negocio de Connecticut o de ninguna otra parte. Aunque también es posible que imaginara que lo había confundido con otra persona. Daba igual.

Siguió andando hacia La Meca mientras yo doblaba a mi derecha (hacia Brasil), saludaba al conserje con un vago movimiento de cabeza y una sonrisa, y entonaba un amable «Buenas tardes» a una mujer de pelo canoso que lucía una papada con muchos más pliegues de lo habitual. La mujer me respondió con una risilla poco convincente y su terrier me ladró a los tobillos mientras yo entraba con resolución en el ascensor, donde, por cierto, no había ascensorista.

Subí hasta la cuarta planta, localicé la escalera y bajé al piso inferior. Esto lo hago casi siempre, y a veces me pregunto por qué. Supongo que se lo vi hacer a alguien en una película y me quedé impresionado, aunque es una verdadera pérdida de tiempo, sobre todo si en el ascensor en cuestión no hay ascensorista. La única utilidad que tiene es que, en caso de apuro, uno sabe ya dónde están las escaleras, si bien debería ser posible encontrarlas sin necesidad de andar arriba y abajo.

Al llegar a la tercera planta busqué el piso 311, situado en la parte delantera del edificio. Me quedé quieto por un momento, dejando que mi oído se hiciera cargo de la situación. Luego llamé al timbre y esperé prudentemente treinta segundos antes de insistir.

Esto no es una pérdida de tiempo. Las instituciones públicas de los cincuenta estados del país proporcionan comida, ropa y alojamiento a los muchachos que se olvidan de llamar a los timbres. Hace un par de años llamé diligentemente al timbre de un piso de propiedad cooperativa de Park Avenue en que vivía una pareja encantadora, los Sandoval. Pues bien, apreté el dichoso botón hasta que me dolió el dedo y fui directamente a la cárcel, sin ni siquiera pasar por el fiscal. El maldito timbre no funcionaba, los Sandoval estaban en casa zampándose unos bollos tostados y Bernard G. Rhodenbarr no tardó en ir a parar a una habitación con rejas en las ventanas.

Pero este timbre sí funcionaba. Al ver que el segundo timbrado no obtenía más respuesta que la del primero, metí la mano bajo el gabán (el modelo de color oliva de la última temporada, no el de a cuadros) y saqué un estuche de piel de cerdo del bolsillo del pantalón. Como siempre, llevaba varias llaves y algunos objetos de utilidad, hechos del mejor acero alemán. Lo abrí, toqué la puerta para que me diera suerte y me puse manos a la obra.

Es curioso. Cuanto mejor sea el edificio en que vivas, mayor sea el alquiler mensual y más eficiente sea el conserje, más fácil será entrar en tu piso. La gente que vive en esos pisos de los barrios bajos, sin ascensor ni conserje, instala en la puerta media docena de cerrojos, y luego añade, por si acaso, una cerradura de seguridad Segal. Los inquilinos dan por sentado que algún drogata echará la puerta abajo a patadas o arrancarán los cilindros de las cerraduras, de modo que lo refuerzan todo en la medida de lo posible. En cambio, si el edificio está pensado para intimidar al ladronzuelo que suele entrar por el jardín, los inquilinos se conforman con la

cerradura instalada por el propietario.

En este caso el propietario había puesto una Rabson. La Rabson no es una chapuza, todo lo contrario: se trata de una buena cerradura. El problema es que yo conozco bien mi oficio.

Creo que tardé un minuto en abrir el cerrojo. Un minuto puede ser mucho o poco tiempo; importante o intrascendente. Es mucho tiempo si tratas de forzar la cerradura de un piso que no es el tuyo sabiendo que cabe la posibilidad de que, en cualquiera de los sesenta segundos, se abra otra puerta en el pasillo y un metomentodo empiece a preguntar quién eres y qué demonios crees que estás haciendo.

Pero nadie salió del ascensor ni abrió puerta alguna. Demostré mi creatividad manipulando mis instrumentos de acero bien templado. Así pues, las gachetas cedieron, el mecanismo de la cerradura giró y el cerrojo se corrió lentamente y quedó suelto. Luego solté el aire de mis pulmones y respiré hondo. Después del cerrojo, abrir el pestillo con las ganzúas resultó un juego de niños. Al oír que saltaba, sentí esa vaga oleada de entusiasmo que suele embargarme cuando fuerzo una cerradura. En cierto modo es como subir en la montaña rusa u obtener un triunfo en la cama... En fin, supongo que de todo esto pueden extraerse múltiples conclusiones.

Giré el tirador y, suavemente, abrí un par de centímetros la pesada puerta. Mi corazón palpitaba con fuerza. Nunca sabes con seguridad qué encontrarás al otro lado de la puerta, lo que sin duda constituye uno de los motivos por los que resulta emocionante, aunque jamás dejas de sentir miedo por muchas veces que lo hayas hecho.

En cualquier caso, cuando el pestillo cede, no puedes moverte centímetro a centímetro como si fueras una anciana metiéndose en una piscina. Así pues, empujé la puerta y entré.

La habitación estaba a oscuras. Cerré la puerta tras de mí, eché el cerrojo, saqué una linterna tipo bolígrafo y moví el haz de luz de un lado a otro. Las cortinas estaban echadas, por eso la habitación estaba sumida en la más absoluta oscuridad. Por lo tanto, podía encender la luz, ya que nadie me vería desde el edificio del otro lado de la calle. El piso 311 daba a la calle Sesenta y siete, pero con las cortinas echadas era como si estuviera frente a una tapia.

Con el interruptor de pared que había junto a la puerta se encendían un par de lámparas de mesa con pantallas de cristal emplomado tipo Tiffany. Me pareció que eran reproducciones, aunque de las buenas. Caminé un rato por la habitación, tomando el tiempo necesario para familiarizarme. Siempre lo hago.

No estaba nada mal. Era amplia, de unos cuarenta metros cuadrados, suelo de roble oscuro, encerado a conciencia, y adornado con dos alfombras orientales. La grande era china y la pequeña, situada al fondo de la habitación, tal vez de Bokhara, aunque no estaba seguro. Supongo que debería saber más de alfombras, pero lo cierto

es que nunca me he tomado la molestia de informarme, ya que robarlas resulta demasiado complicado.

Por supuesto lo primero que hice fue revisar el escritorio. Se trataba de un buró de persiana del siglo XIX, hecho de roble, grande y recio. Aunque quizá me hubiera interesado por él de todos modos, ya que me gustan los escritorios antiguos, la única razón por la que me encontraba en aquel apartamento se hallaba escondida en uno de sus cajones o compartimientos. Eso era lo que el hombre de ojos vivos y forma de pera había dicho, y ¿quién era yo para dudar de su palabra?

—Hay un escritorio viejo y grande —dijo mirando con sus ojos oscuros por encima de mi hombro izquierdo—. Es un buró de persiana. Una de esas persianas se levanta.

—Un hombre inteligente —ironicé y él hizo caso omiso a mi comentario.

—Lo verás en cuanto entres en la habitación. Es viejo y grande. Ahí guarda la caja. —Movié sus pequeñas manos para indicar las dimensiones de la caja en cuestión—. Será más o menos así. Como una caja de puros. Quizá un poco más grande, quizá un poco más pequeña. Sí, yo diría que tiene el tamaño de una maldita caja de puros. Es azul.

—Azul.

—Está forrada de cuero, cuero azul. Supongo que debe de ser de madera, aunque eso no tiene importancia. Lo que importa es lo que hay dentro de la caja.

—¿Y qué hay?

—Eso no te importa. —Le miré de hito en hito, dispuesto a preguntarle cuál de nosotros sería Abbott y cuál Costello. Él frunció el entrecejo—. Lo que hay para ti dentro de esa caja son cinco mil dólares. Cinco mil pavos por cinco minutos de trabajo. Y en cuanto a su verdadero contenido, lo único que necesitas saber es que está cerrada con llave.

—Comprendo.

Sus ojos pasaron de fijarse en mi hombro izquierdo a mi hombro derecho, no sin antes detenerse para parpadear desdeñosamente ante los míos.

—Aunque quizá las cerraduras no signifiquen gran cosa para ti.

—Las cerraduras significan mucho para mí.

—Pues creo que no deberías abrir la cerradura de esa caja.

—Está bien.

—Sería un error que la abrieras. Verás, tú me traes la caja, yo te doy el resto del dinero, y todos felices y contentos. Así de fácil...

—Ya entiendo cuál es tu juego.

—¿Qué?

—Me estás amenazando —dije—. Qué curioso...

Por un fugaz momento me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Amenazas...? Te equivocas, muchacho. Hay todo un abismo entre un consejo y una amenaza. Jamás se me ocurriría amenazarte.

—Bueno, a mí tampoco se me ocurriría abrir tu caja de cuero azul.

—Forrada de cuero —puntualizó.

—Sí, claro.

—Tampoco es que importe.

—En absoluto... ¿De qué azul es?

—¿Qué?

—Azul marino, azul claro, azul verdoso, azul de Prusia, azul cobalto, azul pálido... ¿De qué color?

—¿Qué más da?

—Bueno, no quisiera llevarme otra caja azul.

—No te preocupes por eso, muchacho.

—Si tú lo dices...

—Que sea una caja de cuero azul. Sin abrir. Eso es todo.

—Entendido.

A raíz de aquella conversación pasé varias horas intentando decidir si abría la caja o no. Me conozco lo bastante bien para reconocer que cualquier cerradura constituye de inmediato una tentación para mí, y, además, el hecho de que alguien me advierta que no la abra no hace sino aumentar la atracción que siento por ella.

Por otro lado, ya no soy un muchacho. Después de estar a la sombra en un par de ocasiones, se supone que eres más juicioso, y de haber sabido que el hecho de abrir la esquivada caja me supondría más peligros que beneficios...

En fin, de todos modos, antes de enfrentarme con esa cuestión, debía encontrar la caja, y lo cierto es que ni siquiera estaba preparado para afrontar semejante tarea. En primer lugar quería familiarizarme con la habitación.

Algunos ladrones, al igual que ciertos amantes, lo único que quieren es entrar y salir. Otros intentar sondear a las personas a las que van a robar y construyen su perfil psicológico a partir de lo que sus casas les revelan. Yo hago una cosa distinta. Tengo la costumbre de inventar una vida propia que se adecue al entorno en que me encuentro.

Así pues, transformé la residencia de un tal J. Francis Flaxford en el santasanctórum de Bernard Grimes Rhodenbarr. Me senté en una butaca desproporcionadamente grande, tapizada de cuero verde oscuro, apoyé los pies en un escabel a juego y contemplé plácidamente mi nueva vida.

De las paredes colgaban varios cuadros, unos óleos antiguos guarnecidos con primorosos marcos dorados. Entre ellos había un pequeño paisaje que debía mucho a Turner, aunque sin duda la mano que había sostenido el pincel era menos diestra que la del pintor inglés. También había un par de retratos antiguos en marcos ovales a

juego, un hombre y una mujer mirándose el uno al otro con gesto pensativo, separados por una pequeña chimenea en la que no había ni rastro de ceniza. ¿Serían antepasados de Flaxford? Probablemente no, aunque tal vez los hiciera pasar por tales.

No importaba. Yo los llamaría mis antepasados e inventaría historias escandalosas sobre ellos. Encendería la chimenea y me sentaría en aquella butaca con un libro y una copa, y tal vez un perro a mis pies... Sí, un perro grande, grande y viejo, que no tuviera la costumbre de soltar ladridos estridentes o hacer movimientos bruscos. Quizá la mejor solución sería tener un perro disecado... Libros. Colocada en posición de lectura, había una lámpara de pie al lado de mi butaca. Detrás de esta, la pared estaba cubierta de estantes y, al lado, había una pequeña librería. Al otro lado de la butaca había una mesilla con una pitillera de plata y un enorme cenicero de vidrio tallado.

Perfecto. En aquel lugar leería muchísimo, y libros de calidad, no esas porquerías de hoy en día. Tal vez aquellas colecciones con tapas de cuero no eran más que meros adornos; tal vez incluso tenían las páginas sin cortar. No lo sé, pero si yo viviera en aquel piso, todo sería diferente. Siempre tendría una botella de buen brandy sobre la mesa, a mi lado. No, mejor dos botellas, una llena de brandy y otra de oporto añejo. Habría sitio para ellas en cuanto me deshiciera de la pitillera. El cenicero lo dejaría. Me gustaba su estilo, y tal vez acabaría fumando en pipa. Aunque siempre que había fumado en pipa me había chamuscado la lengua, quizá esta vez todo sería distinto, a medida que me internara en la sabiduría acumulada con el paso de los siglos, con los pies sobre el escabel, el libro en la mano, el oporto y el brandy al alcance, el fuego ardiendo en el hogar...

Pasé unos minutos sumido en aquella fantasía, imaginando algún otro aspecto de la vida que llevaría en el piso del señor Flaxford. Supongo que semejante actitud es estúpida e infantil, además de una pérdida de tiempo. No obstante, creo que tiene una utilidad práctica: te libera de cierta tensión. Lo cierto es que, cuando estoy en la casa de otra persona, se me crispan los nervios. En cierto modo la fantasía hace que me sienta como en mi propia casa, al menos durante el poco tiempo que permanezca en ella, y al parecer eso sirve de ayuda, aunque no estoy seguro de si esta es la razón por la que comencé a hacerlo ni de por qué he continuado haciéndolo.

De todas formas, no debí de perder mucho tiempo, puesto que consulté mi reloj justo antes de ponerme los guantes para empezar a trabajar y sólo eran las nueve y diecisiete minutos. Utilizo guantes de goma muy ajustados, como los que llevan los médicos; les hago unos cortes en la palma y el dorso para que las manos no transpiren demasiado. Al igual que sucede con otras prendas de goma, con los guantes no pierdes mucha sensibilidad y, la que pierdes, la compensas con la tranquilidad que ganas.

El escritorio tenía dos cerraduras. Con una se subía la persiana y con la otra, situada en el cajón de la derecha, se abría dicho cajón y todos los demás a un mismo tiempo. Podría haber encontrado las llaves (casi todo el mundo suele guardarlas cerca del escritorio), pero era más rápido y fácil forzar ambas cerraduras con mis herramientas. Nunca me he topado con una cerradura de escritorio que no resultara ser pan comido.

Aquellas no eran una excepción. Levanté la persiana y examiné el conjunto de casilleros, compuesto por la habitual colección de cajoncitos y cubículos. Por alguna razón nuestros antepasados consideraban este sistema una manera eficaz de organizar todo lo relacionado con los asuntos particulares. Siempre me ha parecido que debe de ser más difícil recordar lo que has guardado en un escondite misterioso que meterlo todo en un baúl y rebuscar en él cuando necesites algo. Supongo que a algunas personas les encanta que haya un sitio para cada cosa y que cada cosa esté en su sitio. Son la clase de personas que alinean los zapatos en el armario según la altura, que se acuerdan de cambiar los neumáticos cada tres meses y que eligen un día de la semana para cortarse las uñas. Por cierto, ¿qué hacen con los pedazos de uña que cortan? Pues meterlos en un casillero, supongo.

La caja de cuero azul no estaba debajo de la persiana, y a juzgar por las dimensiones que mi cliente había indicado con las manos, era demasiado grande para caber en cualquiera de los casilleros o cajoncitos, de modo que abrí la otra cerradura y solté los cierres de los cajones inferiores. Comencé por el cajón de la parte superior derecha porque es el lugar donde la mayoría de la gente suele guardar sus pertenencias más valiosas —no sé por qué— y seguí de cajón en cajón en busca de la caja azul, pero no la encontré.

Acabé de registrar los cajones con rapidez, aunque no con la rapidez suficiente. Quería salir de allí lo antes posible, porque siempre es una buena idea hacerlo, pero no había prometido que me desentendería de cualquier otro objeto de valor que pudiese haber en el piso. Muchas personas guardan en casa dinero o cheques de viaje. Otras incluso guardan colecciones de monedas, joyas de fácil salida y toda clase de cosas interesantes que caben fácilmente en una bolsa de la compra de Bloomingsdale. Quería los cuatro mil dólares que me habían prometido por robar la caja azul (los mil que me habían entregado por anticipado formaban un bulto reconfortante en el bolsillo trasero de mi pantalón), pero también quería cualquier otra cosa de valor que cayera en mis manos.

Me encontraba en el apartamento de un hombre que sin duda no tenía que preocuparse por cómo pagaría su próxima comida. Así pues, si tenía suerte, podía convertir un trabajo de cinco mil dólares en un golpe lo bastante importante para permitirme pagar las compras del supermercado durante un año.

La verdad es que ya no quiero trabajar más de lo imprescindible. Resulta

emocionante, por supuesto, pero cuanto más trabajas mayores son los peligros. Sigue abriendo puertas, amigo, que tarde o temprano acabarás cayendo. De vez en cuando te arrestarán, y los arrestos, a partir de cierto número, empiezan a pesar. Cuatro, cinco o seis trabajitos al año deberían ser suficientes. Hace unos años pensaba de otra forma, pero entonces aún tenía cosas que demostrarme. En fin, uno vive y aprende, y por lo general en dicho orden.

Di a aquellos cajones un buen repaso. Encontré papeles; álbumes de fotos; libros de cuentas; algunas llaves, probablemente inútiles; un librito de sellos de tres centavos del que habían arrancado la mitad; un par de guantes de niño forrados de piel; otro par de guantes de piel sin forro; una orejera de las que solíamos llevar de pequeños; un calendario publicado en 1949 por la Marine Trust Company de Buffalo, Nueva York; una Biblia, versión del rey Jacobo, del tamaño de una baraja de naipes; una baraja de naipes, del tamaño de la Biblia; un montón de sobres, que quizá seguían conteniendo cartas intrascendentes; cheques cancelados con diversas fechas de las dos últimas décadas, sujetos con gomas elásticas resacas; suficientes sujetapapeles para hacer una cadena, que una niña o incluso un adulto podrían utilizar para jugar a la comba; una postal de Watkins Glen; algunas plumas, bolígrafos, rotuladores y un montón de lápices, todos ellos con la punta rota...

Sin embargo, no encontré ninguna colección de monedas; ni dinero en efectivo; ni cheques de viaje; ni bonos al portador; ni valores; ni anillos; ni relojes; ni piedras preciosas, talladas o sin tallar (aunque había un pedazo de madera petrificada que podía ser utilizado como pisapapeles); ni lingotes de oro o plata; ni sellos más valiosos que los de tres centavos que había en el librito; ni, maldita sea, ninguna caja azul, forrada de cuero o de cualquier otra cosa.

Aquello no hizo que saltara de alegría, aunque tampoco que perdiera los nervios. Tan sólo me erguí y suspiré, preguntándome distraídamente dónde guardaría el viejo Flaxford la botella de whisky escocés, hasta que recordé que nunca bebo cuando trabajo; también pensé en los cigarrillos que había en la pitillera de plata, pero me dije que había dejado ciertos vicios años atrás. Así pues, volví a suspirar y me dispuse a echar otra ojeada a los cajones, ya que es fácil que se escape algo cuando lo que tienes entre manos es un auténtico depósito de trastos, aunque se trate de algo tan voluminoso como una caja de cigarrillos. Consulté mi reloj y, al comprobar que eran las diez menos veintitrés minutos, pensé que debía salir de allí antes de una hora. Tendría que registrar de nuevo el escritorio; luego volver al salón y mirar en aquellos lugares que pudieran servir de escondite; a continuación, si era necesario, recorrer las otras habitaciones del piso, por muchas que pudiera tener; y, por último, largarme. Me soplé las manos para refrescármelas —estaba empezando a sudar—, aunque, embutidas en los guantes de goma, no sirvió de mucho. Quizá por ello suspiré por tercera vez. Entonces oí que alguien metía una llave en la cerradura y me quedé

perplejo.

Se suponía que el inquilino del piso, J. Francis Flaxford, no tenía que volver a casa hasta medianoche como muy pronto, aunque, en realidad, también se suponía que la caja azul tenía que estar en el escritorio.

Me quedé frente a la puerta, con la cadera apoyada contra el escritorio. Oí cómo la llave giraba en la cerradura, abría el cerrojo y a continuación hacía saltar el pestillo. Por un momento el silencio fue absoluto. De pronto, la puerta se abrió de golpe y dos muchachos de azul irrumpieron en el piso, pistola en mano, apuntando los cañones hacia mí.

—Tranquilos —dije—. Calma. Sólo soy yo.

El primer poli que entró me resultó desconocido, era muy joven y con cara de novato. A su compañero lo reconocí de inmediato. Era un tipo canoso, de abundante papada, barriga y una nariz larga y aguileña. Se llamaba Ray Kirschmann y llevaba en la policía de Nueva York desde la época en que iban armados con mosquetes. Ya me había arrestado hacía años y en aquella ocasión demostró ser un hombre razonable.

—Hijo de mala madre... —dijo, bajando su arma y poniendo una mano sobre el arma de su joven compañero—. Se trata de Bernard, el hijo de la señora Rhodenbarr. Guarda la pipa, Loren. Bernie es un caballero de la cabeza a los pies.

Loren enfundó el arma y respiró hondo. Los ladrones no son los únicos desgraciados que se ponen nerviosos cuando abren una puerta que no es la suya. Por eso no es de extrañar que Ray se asegurase de que su joven compañero atravesaba el umbral antes que él.

—Hola, Ray —le saludé.

—Encantado de verte, Bernie. Te presento a mi nuevo compañero, Loren Kramer. Loren, te presento a Bernie Rhodenbarr.

Nos saludamos y yo le tendí la mano. Este gesto pareció confundir a Loren que, tras mirarme la mano, trató torpemente de sacar el par de esposas que llevaba colgadas del cinturón.

Ray se echó a reír.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. ¿A quién se le ocurre esposar a Bernie? El hombre que tienes delante no es un matón desequilibrado, Loren, sino un ladrón de casas profesional.

—Bueno, yo... —balbuceó el joven.

—Cierra la puerta, Loren.

Loren cerró la puerta sin molestarse en echar el pestillo y yo traté de calmarme un poco. Hasta el momento no habíamos llamado la atención y los vecinos no se habían apiñado en el pasillo, de manera que me propuse pasar el resto de la noche bajo el techo de mi querida casa.

Educadamente dije:

—No te esperaba, Ray. ¿Vienes por aquí a menudo?

—Serás hijo de puta... —Sonrió—. Con los años te estás volviendo un chapucero, ¿lo sabías? Estábamos en el coche cuando recibimos la queja de una mujer que había oído ruidos sospechosos. Pero si siempre has sido tan silencioso como un ratón. ¿Cuántos años tienes, Bernie?

—Cumpló treinta y cinco en abril. ¿Por qué?

—¿Eres Tauro? —inquirió Loren.

—Soy Géminis.

—Mi esposa es Tauro —apostilló el joven policía. Había soltado la porra del enganche y se golpeaba rítmicamente con ella la palma de la mano.

—¿Por qué? —volví a preguntar, lo cual dio lugar a un momento de confusión, ya que Loren intentó explicar que su esposa era Tauro debido a la fecha en que había nacido, mientras que lo que yo quería saber era por qué Ray me había preguntado la edad. Ray pareció lamentar haber sacado el tema.

—Me refería a que los años te están convirtiendo en un chapucero —explicó Ray—. Eso de hacer ruido y llamar la atención es impropio de ti.

—No he hecho ruido alguno.

—Hasta esta noche.

—Me refiero a esta noche. Además, acabo de llegar.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hace unos minutos; quizá quince o veinte como mucho. Ray, ¿estás seguro de que habéis entrado en el piso correcto?

—Hemos entrado en el que hay un ladrón, ¿no?

—Cierto, cierto —admití—. Pero ¿os han dicho de qué piso se trataba? ¿Era el 311?

—Bueno, no nos dieron el número, pero dijeron que era el piso exterior derecha de la tercera planta. Es decir, este.

—Mucha gente confunde la derecha con la izquierda.

Ray me miró. Loren se golpeó la palma de la mano con la porra y se las arregló para dejarla caer al suelo. La porra rebotó en la alfombra china y Loren la recogió mientras Ray le fulminaba con la mirada.

—Te aseguro que no he hecho tanto ruido en toda la noche —comenté.

—Verás, Bernie...

—Quizá se refirieran al piso de arriba. Quizá la mujer sea inglesa. Enumeran los pisos de forma diferente. Al primer piso lo llaman planta baja, ¿sabías?, de modo que lo que llaman tercer piso estaría en la tercera escalera, que para nosotros es el cuarto piso y...

—Jesús...

Miré a Loren y luego de nuevo a Ray.

—¿Estás loco o qué? ¿Quieres que te lea tus derechos para que recuerdes que eres un delincuente al que han cogido con las manos en la masa? ¿Qué leches te pasa, Bernie?

—Pues que acabo de llegar. Y no he hecho nada de ruido.

—En ese caso, quizá el gato del piso de al lado tiró una planta al suelo y lo nuestro sólo ha sido cuestión de suerte y hemos entrado aquí por equivocación. Pero eso no cambia las cosas. Tú sigues estando aquí, ¿no es así?

—Sí, así es. —La sonrisa que se dibujó en mis labios debió de ser de tristeza—.

Sin duda habéis tenido suerte. Lo que tengo entre manos esta noche supone mucha tela.

—¿De veras?

—Ya lo creo.

—Qué interesante... —dijo Ray.

—¿Os ha dado la llave el conserje?

—Quería subir y abrirnos la puerta, pero le dijimos que permaneciera en su sitio.

—Así pues, excepto vosotros, nadie sabe que estoy aquí.

Los policías se miraron mutuamente. El contraste entre ellos era evidente: Ray llevaba su viejo uniforme de siempre; Loren, joven y pulcro, llevaba uno recién lavado.

—Hasta el momento, así es.

—¿De veras?

—Un arresto como este puede venirnos muy bien a mí y a Loren. Nos serviría de mucho. Incluso podríamos conseguir una felicitación gracias a él.

—Vamos, no es para tanto... —objeté.

—Siempre cabe la posibilidad.

—Y una mierda. No me has atrapado por iniciativa propia. Has venido por una queja de la que te has enterado por radio. Nadie va a colgarte una medalla.

—No te falta razón —convino Ray—. ¿Tú qué opinas, Loren?

—Bueno... —dijo el joven, mordisqueándose el labio inferior pensativamente. A diferencia del resto de su uniforme, la dichosa porra estaba desgastada y tenía arañazos. Tuve la impresión de que se le caía con frecuencia y sobre superficies más abrasivas que una alfombra china.

—¿Cuánta tela llevas encima, Bernie?

No tenía sentido regatear. Suelo llevar mil dólares para urgencias y esa era la cantidad que llevaba en aquel momento. No obstante, los mil pavos que llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón eran los que me habían adelantado por el trabajo de aquella noche, así que, si se los entregaba a mis amigos los polis, a excepción de dos horas de mi tiempo y lo que me costara el taxi, no perdería nada. En cuanto a mi amigo el de los ojos vivos, se quedaría sin sus mil dólares, pero así eran las cosas: tendría que olvidarse de ellos.

—Mil dólares.

Observé la expresión de Ray Kirschmann. Creó que consideró la posibilidad de sacarme más, pero seguramente llegó a la conclusión de que era todo lo que tenía. Además era innegable que la tajada no estaba nada mal, dado que sólo tenía que dividirla en dos partes.

—Es mucha tela —reconoció—. ¿La llevas encima?

Saqué el dinero y se lo entregué. Meneó los billetes como si fuera un abanico y

los contó con la mirada, procurando que no se notara demasiado.

—¿Has cogido alguna cosa de aquí, Bernie? Porque si ponemos en el informe que no había nadie y luego el inquilino denuncia un robo, se nos puede caer el pelo.

Me encogí de hombros.

—Siempre podéis decir que me largué antes de que llegara —dije—, aunque no será necesario, Ray. No he encontrado nada que merezca la pena robar. Acabo de llegar y lo único que he tocado ha sido el escritorio.

—Podríamos registrarle —sugirió Loren. Ray y yo le fulminamos con la mirada y el joven se sonrojó—. Era sólo una idea —añadió.

Le pregunté de qué signo era.

—Virgo —contestó.

—En teoría va bien con Tauro.

—Ambos son signos de la tierra —dijo—. Mucha estabilidad...

—Estoy de acuerdo.

—¿Te interesa la astrología?

—No especialmente.

—Creo que tiene muchas cosas positivas. Ray es Sagitario.

—Joder... —exclamó Ray. Volvió a mirar el dinero, encogió un poco los hombros, dobló los billetes y les encontró alojamiento en su bolsillo. Loren observó sus movimientos con aire un tanto melancólico. Sabía que recibiría su parte más tarde y aun así...

Ray se mordisqueó una uña.

—¿Cómo has entrado, Bernie? ¿Por la escalera de incendios?

—Por la puerta principal.

—¿Has pasado por delante de las narices de ese payaso de ahí abajo? Estos conserjes son la leche...

—Bueno, es un edificio muy grande.

—Sí, claro, aunque tú no desentonas, con esa pinta tan impecable estilo zona este y la ropa que llevas... —Vivo en la zona oeste y normalmente llevo vaqueros—. Y encima habrás venido con una maleta, ¿no?

—No exactamente. —Señalé la bolsa de Bloomingsdale—. Sólo traje eso.

—Mejor aún. Bien, creo que ya puedes cogerla y marcharte. Aunque... espera un momento. Será mejor que salgamos nosotros primero. Si no, tendríamos que explicar por qué hemos tardado tanto tiempo en salir, etcétera, etcétera... Eso sí, que no se te vayan los dedos cuando nos larguemos, ¿eh?

—Aquí no hay nada que llevarse —respondí.

—Quiero que me des tu palabra, Bernie.

—La tienes —dije solemnemente, conteniendo la risa.

—Espera tres minutos y luego lárgate. No te entretengas más tiempo, Bernie.

—De acuerdo.

—Bien —dijo.

Se dio media vuelta, pero cuando se disponía a abrir la puerta, Loren Kramer dijo que tenía que ir al cuarto de baño.

—Jesús... —exclamó Ray.

Loren preguntó:

—¿Sabes dónde está, Bernie?

—Ni idea. Regístrate si quieres —ironicé—. Es una broma...

—¿Qué?

—No he pasado del escritorio —dije—. Pero supongo que el retrete debe de estar por ahí atrás.

Loren fue a buscarlo mientras Ray se quedaba meneando la cabeza. Le pregunté cuánto tiempo hacía que Loren era su compañero.

—Demasiado —respondió.

—Entiendo.

—No es un mal chico, Bernie.

—Parece simpático.

—Sí, pero es un estúpido de mierda... Y lo de la astrología me saca de quicio. ¿Crees que vale para algo esa idiotez?

—Tal vez.

—Ya, pero aunque así sea, ¿a quién leches le importa? ¿A quién le importa que su esposa sea Tauro? Eso sí, la tía está buenísima. Loren, en cambio... Joder, estaba dispuesto a registrarte. Cuando has dicho «Regístrate», el muy gilipollas ha estado a punto de hacerlo.

—Creo que sí.

—Sin embargo, tiene una cosa buena: sentido común. Hace un tiempo me asignaron uno de esos tipos honestos... Menuda mierda. Incluso pagaba sus cafés. Al menos Loren sabe cerrar los dedos cuando alguien le pone dinero en la mano.

—Gracias a Dios.

—A eso me refiero, Bernie. Si hay algo que le gusta, es la pasta, aunque supongo que su esposa se la gastará con la misma rapidez con que él la lleva a casa. ¿Crees que será porque es Tauro?

—Tendrás que preguntárselo a Loren.

—Quizá me lo diga si se lo pregunto. De todas formas, uno puede soportar un montón de estupideces a cambio de un poco de sentido común, eso no puedo negarlo. En fin, espero que no se mate con su maldita porra, dándose con ella en la rodilla o algo así... Bernie, quítate los guantes.

—¿Qué?

—Sí, hombre, los guantes de goma. No conviene que los lleves por la calle.

—Gracias —dije y me los quité. En algún lugar del piso Loren tosió y tropezó con algo. Me metí los guantes en el bolsillo.

—Las herramientas del oficio... —comentó Ray—. Prefiero tratar con profesionales, tíos como tú. Joder... imagina que hubiéramos tenido que encerrarte esta noche, que el conserje hubiera subido con nosotros y no hubiese habido manera de solucionar el asunto. Me habría quedado sin dinero, pero al menos estaría tratando con un profesional.

En algún lugar sonó la cisterna de un retrete. Contuve un impulso de consultar mi reloj.

—Te sientes más cómodo —prosiguió—. ¿Sabes a qué me refiero? Verás, esta noche, al entrar por esa puerta, no sabía qué demonios encontraríamos al otro lado.

—Conozco la sensación —aseguré al tiempo que tendía la mano para coger la bolsa de la compra. De pronto, la expresión que Ray tenía en la cara hizo que me volviera para ver qué estaba mirando. Se trataba de Loren, que estaba al fondo de la habitación con la boca tan abierta como el túnel de Holanda y la cara más pálida que una mascarilla de cirujano.

—En... en... el... dormitorio —tartamudeó. Y a continuación añadió precipitadamente—: Cuando volvía del lavabo, he entrado por equivocación en el dormitorio y he visto a ese tío... Está muerto, con la cabeza machacada y sangre por todas partes, sangre caliente. ¡El tipo todavía está caliente! ¡No puedo creerlo! ¡Dios, lo sabía, no puedes fiarte de un Géminis, lo sabía, mienten como bellacos, Dios, Dios...!

Loren cayó pesadamente sobre la alfombra, la que podría ser de Bokhara.

Ray y yo nos miramos mutuamente.

Hablando de profesionalismo, apenas había pasado un momento cuando los dos perdimos la cabeza. Él se quedó donde estaba, como abobado, sin intentar coger la pistola ni acercarse a mí, sin mover un solo músculo, inmóvil, plantado sobre sus pies planos, porque seguro que tenía los pies planos. En cuanto a mí, tuve una reacción impensable, una reacción de la que ninguno de los dos jamás me hubiera creído capaz.

Salté sobre él. Él seguía mirándome boquiabierto, demasiado perplejo para reaccionar, y yo embestí contra él, le empujé con todas mis fuerzas y eché a correr. Salí zumbando por la puerta y encontré la escalera en el mismo lugar en que la había dejado, bajé a toda prisa los dos tramos y atravesé el vestíbulo a la velocidad para cuya definición fue acuñada la expresión «como alma que lleva el diablo».

El conserje, tan atento como siempre, me abrió la puerta.

—¡Me acordaré de usted cuando llegue la Navidad! —dije a voz en grito. Y me alejé sin esperar una respuesta.

3

Afortunadamente las aceras estaban casi vacías; de lo contrario, tal vez habría tropezado con alguien. Gracias a ello, logré llegar a la esquina sin detenerme, como si estuviera corriendo campo a través, y para cuando doblé a la izquierda en la Segunda Avenida, la lógica y la falta de resuello se aliaron para restar fuerza al pánico que me embargaba. Al parecer, nadie me perseguía. Me puse a andar a paso ligero. Incluso en Nueva York la gente suele mirarte cuando corres. Es posible que no se les ocurra hacer nada, pero el hecho es que me crispa los nervios.

Al cabo de un rato, levanté la mano y llamé a un taxi que se dirigía hacia el sur. Le di mi dirección y, tras doblar un par de esquinas, cambió de rumbo, aunque para entonces yo también había cambiado de planes. Mi apartamento se encuentra en lo alto de un edificio relativamente nuevo del West End, a la altura de la calle Setenta y uno. En los días despejados —de vez en cuando hay alguno— se puede ver, si no el horizonte, al menos el World Trade Center y ciertas partes de Nueva Jersey. Es un refugio perfecto contra los agobios de la ciudad y las adversidades de la fortuna, por eso di mi dirección al taxista sin pensarlo dos veces.

Sin embargo, también era el primer lugar al que irían a buscarme Ray Kirschmann y los suyos. Lo único que tenían que hacer era mirar en la guía de teléfonos.

Me recosté en el respaldo del asiento y me llevé instintivamente la mano al bolsillo izquierdo de la chaqueta en busca de un paquete de cigarrillos, que en el pasado sin duda hubiera estado allí. Si viviera en aquel piso de la calle 67 Este, pensé, podría sentarme en la butaca de cuero verde y vaciar los restos de tabaco de mi pipa en el cenicero de vidrio tallado. Sin embargo, las circunstancias eran muy distintas...

«Calma, Bernard. Trata de pensar fríamente», me dije.

Tenía varias cosas en que pensar. Por ejemplo, quién había invertido mil dólares en tenderme una trampa para que me acusaran de asesinato y por qué aquel hombre con forma de pera me había elegido para interpretar el papel de imbécil. Pero no tenía tiempo de dedicarme a pensamientos tan profundos. Había logrado escapar, pero sólo porque un poli había perdido el sentido providencialmente y el otro había reaccionado con lentitud en el momento en que yo reaccionaba con una rapidez impropia de mí. La huida quizá me había dado ventaja, pero sólo de unos minutos y podía perderla antes de que me diese cuenta.

Tenía que desaparecer por un tiempo y esconderme. Por el momento había conseguido que los perros perdieran mi pista y ahora debía recuperar la tranquilidad de mi madriguera antes de que volvieran a encontrar el rastro. Por cierto, me resultaba desagradable que todos mis pensamientos se centraran en la caza del zorro y cosas así.

Deseché tales pensamientos y traté de concentrarme en los aspectos concretos de mi situación. Mi apartamento quedaba descartado, estaría atestado de polis en menos de una hora. Tenía que escabullirme a algún sitio, con cuatro paredes, techo y suelo, donde me sintiera a salvo. Debía ser un lugar con el que nadie me relacionara y donde no pudieran descubrirme. Además, debía estar en Nueva York, porque si salía de mi territorio, corría el peligro de que me reconocieran.

El piso de un amigo...

El taxi avanzaba hacia el norte mientras yo repasaba mi lista de amigos y llegaba a la conclusión de que no tenía ni uno en cuya casa pudiera presentarme de improviso. La cuestión es que siempre procuro evitar las malas compañías. Fuera de la cárcel (y prefiero estar fuera de ella todo el tiempo posible) nunca me relaciono con otros ladrones, atracadores, timadores, estafadores o granujas de semejante calaña. Si uno está entre rejas, la verdad es que no puede escoger; pero cuando estoy en la calle, me limito a tratar con personas que, aunque no sean estrictamente honestas, no pertenecen al mundo de la delincuencia. Quizá mis amigos birlen a sus jefes material de oficina, se saquen deducciones fiscales de la manga o ignoren las multas por aparcamiento indebido, pero ninguno de ellos es un presidiario, al menos que yo sepa, y que ellos sepan, yo tampoco.

Por tanto, no es de extrañar que no tenga lo que se suele llamar amigos íntimos. Como ninguno de ellos sabe toda la verdad sobre mí, nunca he llegado a cultivar una intimidad verdadera. Con algunos juego al ajedrez o al póker. Hay un par de jóvenes con los que de vez en cuando voy a ver un combate o un partido de béisbol. A veces salgo a cenar con alguna chica o voy al teatro o a un concierto y, en ciertas ocasiones, comparto con ella la almohada. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que no hay un hombre en mi vida al que pueda considerar un verdadero amigo, y casi el mismo que no tengo una relación seria con una mujer. Supongo que se trata de esa obsesión actual por la independencia, agravada por la naturaleza solitaria de un ladrón de casas reservado.

Nunca había tenido ocasión de lamentarme de todo esto hasta aquel momento, excepto en las malas noches que se dan de vez en cuando, cuando tu propia compañía es la peor del mundo y no hay persona alguna a la que conozcas lo bastante bien como para llamarla a las tres de la madrugada... En fin, al parecer no había nadie sobre la faz de la tierra a quien pudiera pedir que me ocultase. Por otro lado, no habría servido de nada, ya que de haber tenido un amigo o una amante, su casa hubiera sido el primer objetivo de la policía, presentándose en ella un par de horas después de que yo me hubiera largado.

—¿Quiere que dé media vuelta?

La voz del taxista me sacó de mi ensimismamiento. Se había detenido ante un stop y se había girado para mirarme con dificultad por el tabique de plexiglás que le

mantenía a salvo de los viajeros homicidas.

—Estamos en la Setenta y uno Oeste —anunció—. ¿Quiere bajar en esta acera o en la otra? —Yo también le veía con dificultad. Me levanté el cuello del abrigo y me encogí dentro de él como si fuera una tortuga sobresaltada—. Oiga, ¿doy media vuelta o qué?

—Por favor.

—¿Significa eso que sí?

—Sí, eso significa que sí.

Esperó a que el tráfico se despejara, giró describiendo la típica vuelta ilegal de ciento ochenta grados y a continuación frenó con suavidad delante de mi mismísima casa. Quizá podía perder un minuto y entrar a toda prisa, coger algo de ropa y el dinero que guardo para los casos de urgencia. Estaría fuera en un abrir y cerrar de ojos...

No.

El taxista levantó la mano, dispuesto a detener el taxímetro.

—Un momento —dije—. Lléveme al centro.

Su mano quedó suspendida sobre el taxímetro como si fuera un ruiseñor sobre una flor. Luego la apartó y se volvió de nuevo para mirarme con irritación.

—¿Que le lleve al centro?

—Así es.

—¿Ya no le gusta este sitio?

—No es como lo recordaba.

En sus ojos apareció la típica expresión neoyorquina de cautela del que acaba de comprender que está tratando con un lunático.

—Sí, claro... —dijo entonces.

—Ya nada es lo mismo —añadí temerariamente—. El barrio se ha ido a la mierda.

—¡Dios Santo...! —exclamó en cuanto arrancó el taxi—. Verá, amigo, esto no es nada. Debería ver el lugar en que vivo. Está en el Bronx. No sé si conoce el Bronx, pero ya que habla de barrios de mala vida...

Y eso es exactamente lo que hizo: hablar de barrios de mala vida, y no paró hasta que llegamos al extremo oeste de Manhattan. Lo mejor de la conversación fue lo predecible que resultó. No tuve que prestar atención. Tan sólo dejé que mi mente vagara mientras mi boca se llenaba con los apropiados gruñidos, murmullos de aprobación y «no-me-digas» que la ocasión requería.

Así pues, volví a repasar la lista de los supuestos amigos que puedo considerar como tales: los aficionados al ajedrez, a los que derrotaba rutinariamente ante el tablero; los tramposos con las cartas, a los que ganaba al póker también de forma rutinaria; los aficionados al deporte; los compañeros de copas; y, por supuesto, la

serie desconcertantemente corta de mujeres con que había mantenido últimamente la clase de relación más superficial que quepa imaginar...

¡Rodney Hart!

Su nombre acudió a mi mente como una pelota alta que pasa por el lateral derecho cerca de la base del bateador. Un tipo alto, enjuto, con unas cejas altas y pobladas y una nariz bastante larga, cuyas aletas solían ensancharse cuando tenía en las manos algo mejor que dos pares. Lo había conocido en una partida de póquer hacía un año y medio y, desde entonces, le había visto sólo dos veces lejos del tapete: una en un bar del Village, en que nos encontramos por casualidad y tomamos un par de cervezas charlando, y otra cuando consiguió el papel de segundo protagonista en una efímera obra *off-Broadway* y yo fui a los camerinos cuando acabó la función en compañía de una joven dama a la que estaba intentando causar impresión (por cierto, no funcionó).

¡Mi querido Rodney Hart!

¿Qué tenía de maravilloso Rodney? Bueno, en primer lugar, sabía que vivía solo y, aún más importante, no estaba en casa y no volvería a la ciudad hasta dentro de dos meses. Hacía aproximadamente una semana que había ido a la partida de póquer para anunciar que no podríamos seguir zurrándole. Acababa de firmar para una compañía que iba a hacer la gira de *Dos si vienen por mar* e iba a recorrer Estados Unidos de arriba abajo para llevar a las provincias la idea de la cultura que tienen en Broadway. Incluso había dejado escapar la innecesaria información de que no iba a subarrendar el piso. «No merece la pena —había dicho—. Hace años que lo tengo y pago un precioso alquiler de noventa al mes. El propietario ni se molesta en pedir las subidas a que tiene derecho. Parece mentira, pero le gusta alquilar pisos a actores. La emoción del maquillaje y todas esas tonterías... Le encanta. Bueno, el caso es que prefiero pagar noventa al mes a permitir que algún cabronazo se siente en mi retrete y duerma en mi cama».

Él no lo sabía, pero el cabronazo que iba a sentarse en su retrete y a repantigarse entre sus sábanas de percal era ni más ni menos que Bernard Rhodenbarr. Y ni siquiera iba a pagarle noventa al mes por el privilegio.

Pero ¿dónde demonios vivía?

Creía recordar que en alguna parte del Village y decidí que era todo cuanto necesitaba saber mientras estuviera en aquel taxi. Sin duda me convertiría en un pasajero memorable. Mi fotografía no tardaría en llenar los periódicos y el taxista podría, por primera vez en su infeliz vida, llegar al extremo de atar cabos.

—Aquí está bien —dije.

—¿Aquí?

Estábamos en alguna parte de la Séptima Avenida, a un par de manzanas de Sheridan Square.

—Pare el taxi —insistí.

—Usted manda —respondió el taxista, utilizando una frase que siempre me ha parecido la manera más educada de expresar desprecio. Saqué la cartera, pagué, le di una propina que justificara su desprecio y, mientras lo hacía, comencé a arrepentirme de haber entregado los mil dólares a Ray y Loren. Desde luego, no era la mejor inversión de mi vida. Si en aquel momento hubiera tenido los mil pavos, tal vez habría gozado de cierta libertad de movimientos. Sin embargo, todo lo que tenía, después de ajustar cuentas con el taxista, eran setenta dólares y el cambio. Además, parecía poco probable que Rod fuera de esa clase de personas que dejan cantidades sustanciosas de dinero en un piso vacío.

A propósito, seguía sin saber dónde demonios vivía.

Encontré la respuesta en una cabina telefónica, pensando, mientras hojeaba la guía, en la providencial circunstancia de que Rod fuera actor. Digamos que ninguna de las personas que conozco tienen su número en la guía; los actores, sin embargo, son de otra raza. Lo hacen todo excepto escribir su número de teléfono en la pared de los servicios —y algunos incluso eso—. Mi querido Rod figuraba en la guía, por descontado, y a diferencia de Hart, que es un apellido bastante común, Rodney es un nombre bastante poco común, de modo que allí estaba, alabado sea Dios, con su piso de Bethune Street, en las mismas entrañas de la zona oeste del Village. Se trataba de una calle tranquila, aislada, una calle que los turistas jamás hollaban. ¿Podía encontrar mejor sitio que aquel?

En la guía no sólo se indicaba la dirección sino también el número de teléfono — como acostumbran indicar las guías de teléfono—, de manera que invertí una moneda de diez centavos en una llamada, lo cual es algo que suelo hacer antes de allanar una morada. Dejé que sonara siete veces, en mi opinión, es suficiente. Pero soy una persona escrupulosa, y siempre dejo que los teléfonos de los pisos en que existe la posibilidad de entrar a robar suenen doce veces. Este, sin embargo, sonó sólo siete antes de que alguien descolgara, momento en que estuve a punto de vomitar.

—Siete, cuatro, uno, nueve —dijo una suave voz femenina, ante la que dejé de sentir arcadas y me relajé. Los actores incluyen su número de teléfono en la guía por el mismo motivo por el que disponen de un contestador automático. El número que acababan de darme no era otro que las cuatro últimas cifras del de Rodney. Me aclaré la garganta y pregunté cuándo volvería a la ciudad, y la señora de la dulce voz me informó amablemente de que estaría de gira durante quince semanas más, que en aquel momento se encontraba en San Luis y que podía darme el número de su hotel si lo deseaba. No lo deseaba, por supuesto. Reprimí el infantil impulso de dejar un mensaje gracioso y colgué el auricular.

Aunque me costó un poco, conseguí encontrar Bethune Street, y avancé por ella hacia el oeste hasta localizar el edificio de Rodney. Estaba a manzana y media de

Washington Square, en un barrio de casas de ladrillo rojo y almacenes. El edificio que yo buscaba era una casa de cinco pisos, humilde pero honesta, que resultaba indistinguible de las colindantes de no ser por los herrumbrosos números que tenía junto a la puerta.

Aguardé en la calle por un momento para asegurarme de que no había llamado la atención de nadie y a continuación entré disimuladamente en el zaguán. Miré detenidamente la fila de botones que había en la pared por si encontraba en ella nombres de actores y actrices ilustres; sin embargo, Helen Hayes no figuraba en ninguna parte y los Lunt tampoco. Rod, en cambio, sí estaba. El nombre «R. Hart» aparecía escrito en tinta en el botón correspondiente al del inquilino del piso 5-I. Como había cinco plantas y dos pisos por planta, aquello significaba que vivía en la última planta y en la parte interior del edificio. ¿Podía encontrar lugar más discreto que aquel?

Como es difícil resistirse a la fuerza de las viejas costumbres, apreté el timbre con decisión y esperé por si había alguien en el piso que pudiese contestar. Afortunadamente no fue así. Entonces se me ocurrió llamar a otros timbres elegidos al azar —es algo que suelo hacer cuando trabajo—. La gente te abre la puerta sin el menor reparo y si por casualidad asoman la cabeza al pasillo para ver quién es, lo único que tienes que hacer es sonreír y decir que has olvidado la llave. Funciona de maravilla. El problema era que Rod vivía en el último piso, lo que suponía que tenía que pasar por todas las plantas, y si alguien me veía, podría reconocerme en caso de que los periódicos publicaran mi fotografía, por lo que tendría que refugiarme allí durante una temporada.

Así pues, no merecía la pena correr el riesgo, por pequeño que este fuera, sobre todo teniendo en cuenta que tardaría unos cinco segundos en abrir la puerta principal del edificio.

Subí a toda prisa hasta el último piso y respiré hondo, tratando de tranquilizarme. La puerta de Rod estaba indicada con la señal 5-I; me detuve frente a ella y agucé el oído. Por debajo de la puerta que había al fondo del pasillo, la 5-E, no se veía luz alguna. Llamé a la puerta de Rod y aguardé; volví a llamar y a continuación saqué mi instrumental.

La puerta de Rod tenía tres cerraduras. Algún aficionado había tratado de forzar una de ellas con un destornillador o un cincel, aunque no parecía que hubiera tenido éxito. Había un cilindro Medeco, una cerradura de seguridad Segal, provista de una barra de acero con que se atrancaba la puerta desde dentro, y un pedazo de chatarra que habrían instalado sólo para molestar. Empecé por la tercera y luego atacé la Segal. Esta es un buen seguro para evitar que un drogata entre en tu casa y resulta difícil de abrir con la ganzúa; sin embargo, yo tenía las herramientas adecuadas, de modo que no me entretuvo mucho rato. Las gachetas cedieron y la barra de acero se

deslizó a un lado por la corredera. Sólo faltaba el Medeco.

La cerradura cilíndrica Medeco la anuncian como una cerradura antirrobo, lo cual es, por supuesto, una verdadera estupidez. En realidad, no existe tal cerradura, aunque la exageración es excusable. Lo único que significa es que hay que hacer dos trabajos al mismo tiempo. Pongamos que eres criptógrafo y que te dan un mensaje que fue codificado por una persona cuya lengua materna es el serbocroata, un idioma que desconoces. Pues bien, tienes que descifrar el código y aprender el idioma al mismo tiempo. Esto no es exactamente lo que tuve que hacer con la Medeco, pero es la mejor explicación que se me ocurre.

Fue complicado y cometí algunos errores. De pronto, oí que abrían una puerta y estuve a punto de sufrir un infarto, pero la puerta estaba en el piso de abajo y, hasta cierto punto, conservé la calma. A continuación volví a intentarlo y volví a meter la pata; entonces acerté y... «ábrete sésamo». Entré rápidamente y eché los tres cerrojos, como si fuera la doncella de un cuento.

Lo primero que hice fue asegurarme de que, esta vez, en el piso no había más cuerpos que el mío. No me costó demasiado. El piso tenía una habitación amplia en la que habían levantado una estantería a modo de tabique a fin de disponer de un pequeño dormitorio. La cocina era pequeña y tenía mal aspecto. El cuarto de baño era todavía más pequeño y tenía peor aspecto; en cuanto encendí la luz, varias cucarachas salieron corriendo, despavoridas. La apagué y volví al salón.

Un lugar acogedor, pensé. Los muebles parecían viejos, probablemente habían sido adquiridos de segunda mano, pero en su conjunto el piso resultaba bastante cómodo. Había varias plantas, palmeras, filodendros y otros cuyos nombres ignoraba. En las paredes había carteles, pero no de los de Bogart o el Che Guevara, sino de los que imprimen para anunciar exposiciones en las galerías. Miró, Chagall y otros que me eran tan desconocidos como algunas plantas. Al final llegué a la conclusión de que, para ser actor, Rod tenía bastante buen gusto.

La alfombra era un andrajoso pedazo de moqueta de color granate que medía metro y medio. La cenefa de un lado estaba a punto de soltarse y la del otro no se veía por ninguna parte. En ciertos puntos estaba totalmente deshilachada y su aspecto general era lamentable. Pensé que la próxima vez me acordaría de traer la Bokhara, cuyo estado era mucho mejor que el de aquella alfombra de mala muerte.

De pronto, empecé a temblar.

La Bokhara no era una alfombra de mala muerte, desde luego. Loren sólo se había desmayado sobre ella. En cambio, la que había en el otro dormitorio sí que debía de serlo...

¿Quién había matado a aquel hombre? ¿Quién era? ¿Quizá el mismo J. Francis Flaxford? Según la información que me habían dado, tenía que estar fuera de casa desde las ocho y media hasta medianoche, como muy pronto. Sin embargo, si el

único propósito de dicha información era conseguir que me acusaran de asesinato, no debía darle mucho crédito.

Un hombre... muerto. En el dormitorio. Alguien le había machacado la cabeza y su cuerpo todavía estaba caliente. Magnífico...

Si al menos hubiera tenido la precaución de echar un vistazo al apartamento tras entrar en él, el asunto habría sido muy diferente. Sin duda hubiera descubierto al fiambre y hubiera puesto pies en polvorosa. Para cuando el ilustre equipo formado por Kirschmann y Kramer hubiera hecho acto de presencia, yo ya habría estado en mi pequeña torre de acero y cristal, tomando un whisky escocés y mirando al sur, al World Trade Center, con una sonrisa en los labios. Ahora, en cambio, era un maldito fugitivo de la justicia y, a todas luces, el asesino de un asesinado al que ni siquiera conocía. Y como mi sangre fría había brillado por su ausencia, había reaccionado ante la situación de dos maneras: a) utilizando la fuerza bruta y b) poniendo tierra de por medio. Así pues, si en algún momento había existido la remota posibilidad de convencer a alguien de que yo jamás había matado a nada más evolucionado que una cucaracha o un mosquito, había desaparecido sin dejar rastro.

Desesperado, empecé a andar de un lado a otro. Busqué algo de beber en los armarios y no encontré nada. Volví al salón, me senté, decidí que la silla en que me había sentado antes era más cómoda y al final deseché ambas y me tumbé en el sofá.

De repente, empecé a pensar en el curioso hombrecillo que me había metido en aquel lío.

Era un hombre grueso, cuyo físico recordaba a un boliche hinchado. Aunque no era muy corpulento, quizá no lograra encontrar su talla de pantalón en ninguna tienda. Seguramente por las mañanas se ponía el cinturón a tuestas.

Tenía la cara ovalada y papuda, aunque sus facciones resultaban anodinas. Sólo sus ojos llamaban la atención. Los tenía grandes y vivos, y me recordaron a los besos de chocolate Hershey —su tonalidad marrón era exactamente la misma—. Tenía el cabello negro y liso, y empezaba a clarear por arriba, de modo que la raya le llegaba casi a la coronilla. Supongo que rondaba los cincuenta. Por suerte soy ladrón, jamás podría ganarme la vida adivinando la edad y el peso de la gente en un parque de atracciones.

Lo conocí una noche en un local llamado Bar Rilete —apuesto a que la persona que bautizó el establecimiento se sintió muy orgullosa de la ocurrencia—. El Bar Rilete, en que sirven bebidas contenidas en la clase de recipiente que su nombre indica, se encuentra en la Segunda Avenida, a la altura del número setenta. Es un tugurio para solterones y, a menos que seas uno de los dueños y quieras comprobar cuánto dinero ha entrado en la caja registradora, sólo hay una razón para ir allí... Yo había ido precisamente por esa razón, aunque aquella noche la selección de señoritas asequibles era tan deslumbrante como el menú de la cena en un bote salvavidas. Había decidido largarme en cuanto vaciara mi vaso de vino, pero alguien pronunció mi nombre a la altura de mi hombro.

Aquella voz me resultó un tanto familiar. Me volví y allí estaba el hombre que he descrito, tratando infructuosamente de mirarme a los ojos. Mi primer pensamiento fue que no era policía, y me sentí aliviado. Luego pensé que su cara, al igual que su voz, me resultaba familiar. Finalmente me dije que no lo conocía. No recuerdo el cuarto pensamiento, aunque es posible que lo tuviera.

—Quiero hablar contigo —dijo—. Se trata de algo que te interesará.

—Podemos hablar aquí mismo —dije—. ¿Nos conocemos?

—No, pero supongo que podemos hablar aquí; no hay mucha gente, ¿verdad? Imagino que el fin de semana tendrán más movimiento.

—Normalmente sí... —comenté y luego añadí—: ¿Vienes por aquí a menudo?

—Es la primera vez.

—Qué interesante. Yo no suelo venir mucho. Quizá un par de veces al mes. Pero es interesante que nos encontremos aquí, sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, tú me conoces a mí y yo a ti no. Sin embargo, me resultas familiar, no sé por qué, y aun así...

—Te he seguido.

—¿Qué dices?

—Podríamos haber hablado en tu barrio, en uno de esos garitos de la Setenta y dos que frecuentas, pero creo que el tío vive por allí, ¿comprendes? Joder, me refiero al lugar donde come ese tipo...

—Por supuesto —dije como si todo estuviera claro.

Pero no era así. Lo cierto es que en aquel momento no tenía idea de lo que aquel hombre quería. El camarero acudió a nuestra mesa y me enteré de que mi acompañante quería un whisky escocés con agua; cuando le sirvieron su copa y volvieron a llenar mi vaso de vino, me enteré de algo más.

—Quiero que me consigas algo —prosiguió.

—¿De qué estás hablando?

—Sé quién eres, Rhodenbarr.

—Menuda sorpresa. Al parecer, sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo...

—Sé a qué te dedicas, Rhodenbarr. Hablaré claro: eres un ladrón.

Presa de nervios, miré alrededor. El tipo hablaba en voz baja y el volumen de las conversaciones que se estaban manteniendo en el bar era alto, pero de todas formas traté de averiguar si nuestra conversación había llamado la atención de alguien. Tras comprobar que no era así, repuse:

—No sé de qué estás hablando...

—Basta de gilipolleces.

—Está bien —respondí. Bebí un trago de vino y añadí—: Se acabaron las gilipolleces.

—Necesito que robes una cosa para mí. Está en un piso; puedo decirte cuándo estará vacío. El edificio tiene algunas medidas de seguridad, es decir, un conserje las veinticuatro horas del día, pero carece de sistema de alarmas o algo así. Sólo el conserje.

—Parece fácil —comenté instintivamente. Luego, encogiéndome de hombros, añadí—: Se diría que sabes bastantes cosas de mí.

—Por ejemplo a qué te dedicas.

—Sí, a eso me refiero. Así pues, también sabrás que trabajo solo...

—No tengo previsto entrar en el edificio contigo, muchacho.

—Y que sólo trabajo para mí...

Frunció el entrecejo.

—Vamos, Rhodenbarr, esto es pan comido. Un simple trabajo de una hora a cambio de cinco mil dólares. Creo que es un buen negocio.

—No está mal.

—Calcula cuánto sacarías si trabajaras por eso cuarenta horas a la semana...

—Doscientos mil semanales —contesté de inmediato.

—Es una cantidad de cojones.

—Sí, la verdad es que... Espera, deja que lo calcule... Al año ascendería a diez

millones, contando con dos semanas de vacaciones en verano...

—Una cantidad de la leche.

—O una semana en verano y otra en invierno. Quizá esta sería la mejor solución. Aunque también podría ir de vacaciones en primavera y otoño para aprovechar los precios de la temporada baja. Claro que, si ganara diez millones de dólares al año, supongo que no tendría sentido ahorrar. Apuesto a que empezaría a soltar billetes a diestro y siniestro. Sí, volaría en primera clase, iría en taxi a todas horas, me llevaría cajas enteras de vino Mondavi en lugar de comprar una mísera botella de vez en cuando, con lo que sin duda ahorraría un diez por ciento por cada caja, aunque al final tampoco ahorraría porque acabaría bebiendo más que de costumbre. Naturalmente la tensión podría acabar afectándome, aunque tendría las dos semanas de vacaciones para desahogarme y...

—Muy gracioso.

—Sólo son los nervios.

—Está bien. ¿Has acabado de decir tonterías...? Quiero que hagas lo que te he dicho. Se trata de algo que necesito y para ti es fácil conseguirlo. Además el precio es justo, ¿no te parece?

—Depende de lo que quieras que robe. Si se trata de un collar de diamantes valorado en un cuarto de millón de dólares, los cinco mil dólares equivalen al salario de un culi.

Su cara se torció para transformarse en lo que pretendía ser una sonrisa. En cualquier caso, no consiguió iluminar el bar con ella.

—No es un collar de diamantes —aseguró.

—Magnífico.

—Lo que vas a robar vale para mí cinco de los grandes, aunque para cualquier otra persona no valga nada.

—¿De qué se trata?

—De una caja —respondió y luego, como ya he contado, pasó a describirla—. Tendrás información del lugar, el piso, todo... Será como robar caramelos en la calle.

—Nunca robo caramelos en la calle.

—¿Qué?

—Por los gérmenes.

Apartó la idea de la cabeza con un movimiento de sus pequeñas manos y dijo:

—Ya sabes a qué me refiero. Basta de chistes, ¿eh?

—¿Por qué no lo robas tú mismo? —Me miró—. Conoces el apartamento, su distribución... También sabes lo que buscas, que, por cierto, es más de lo que yo sé y más de lo que quiero saber. ¿Por qué no te ahorras los cinco mil pavos...?

—¿Y encargarme del trabajo yo mismo?

—¿Por qué no?

Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Hay ciertas cosas que no hago —contestó—. No me extirpo el apéndice, no me corto el pelo, no arreglo las tuberías de mi casa. Verás, con las cosas importantes, aquellas que requieren la mano de un experto, lo que hago es buscar a un experto.

—¿Y crees que soy el experto que necesitas?

—Exacto. Las cerraduras son para ti como la grasa para un ganso. Al menos eso es lo que me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho?

El hombre se encogió de hombros.

—Hoy en día es difícil recordar las cosas —replicó.

—Yo siempre las recuerdo.

—Qué extraño —apostilló—. Tengo tales agujeros en la memoria que uno podría caer por ellos. —Me tocó el brazo—. Esto se está llenando. ¿Qué te parece si nos vamos? Sigamos charlando en la calle para aclarar el asunto.

Así pues, salimos a la calle y, aunque no robamos caramelo alguno, llegamos a un acuerdo y quedamos en que yo estaría localizable durante la próxima semana. No había tiempo que perder.

Entonces dijo:

—Me pondré en contacto contigo, Rhodenbarr. La próxima vez que te vea te diré la dirección, la hora y todo lo que debes saber. Además, recibirás tu anticipo de mil dólares.

—No sé por qué, pero creía que me los darías ahora.

—No los llevo encima. Con la cantidad de rateros y drogas que hay, no es aconsejable salir a la calle por la noche con tanta pasta encima.

—Sí, las calles no son seguras.

—Es la selva.

—Podrías darme la dirección ahora —sugerí—. Y el nombre del tipo al que vaciaré la hucha. Necesito tiempo para estudiar la situación.

—Tendrás todo el tiempo que necesites.

—Bueno, creí que...

—Además, te aseguro que, en este momento, no tengo ni el nombre ni la dirección. Ya te he dicho que tengo muy mala memoria.

—¿De veras?

—Juraría que sí.

Me encogí de hombros.

—Debo de haberlo olvidado.

Aquella misma noche pasé varios minutos preguntándome por qué había aceptado aquel trabajo y llegué a la conclusión de que tenía dos motivos. El dinero era el

primero, motivo que desde luego no era nada trivial. La certeza de hacerme con cinco mil dólares, así como la seguridad de que el plan ya estaba hecho, era más importante que organizar un trabajo desde el principio y luego regatear con un perista.

Pero el dinero no era el único motivo. La verdad es que intuía que sería imprudente dar una respuesta negativa a mi nuevo y seboso amigo. El problema no consistía en que hubiese un motivo aparente por el que temer si le mandaba a la mierda. Sencillamente no parecía una buena idea.

Además, estaba la curiosidad. ¿Quién demonios era aquel sujeto? Si no le conocía, ¿por qué me resultaba tan familiar? Y aún más importante, ¿por qué me conocía él a mí? Si él era un profesional y me había reconocido como a otro profesional, ¿por qué habíamos estado perdiendo el tiempo como dos pájaros tropicales participando en un ritual de apareamiento? Por supuesto, no esperaba necesariamente llegar a conocer las respuestas a estas preguntas, pero tenía la sensación de que podría dar con ellas si llegaba al final del asunto. Por otro lado, en aquel momento no tenía ningún trabajo en perspectiva y el dinero que tenía ahorrado no duraría toda la vida.

Hay un pequeño restaurante en Amsterdam Avenue, entre la Setenta y cuatro y la Setenta y cinco, al que voy un par de veces al mes. El propietario es un turco que tiene un bigote intimidatorio y cocina una comida tan turca como él, aunque menos intimidatoria. Dos días después de mi primera reunión con mi nuevo amigo, estaba sentado delante de la barra; acababa de zamparme un estupendo tazón de sopa de lentejas y, mientras esperaba a que me sirvieran mis hojas de uva rellenas, me entretuve mirando una colección de pipas de espuma de mar que había en una vitrina de cristal. El hombre del bigote va a Turquía cada primavera y vuelve con una bolsa llena de pipas que, según insiste, son mejores que cualquiera de las que uno puede comprar al contado en Dunhill. No fumo en pipa, así que no me siento tentado; sin embargo, cada vez que como allí, admiro la colección y trato de recordar si hay algún fumador de pipa en la tierra del que sea lo bastante amigo para comprarle una de esas preciosidades. Nunca recuerdo a nadie.

—Mi viejo solía fumar en una de espuma de mar —dijo una voz familiar a mi lado—. Era la única pipa que tenía, y debía de fumar en ella unas cinco o seis veces al día. Con el paso de los años acabó más negra que un dos de picas. Tenía un guante especial que se ponía en la mano con que sostenía la pipa. Siempre se sentaba en la misma silla y se dedicaba a fumar en su pipa con toda la lentitud y tranquilidad del mundo. También tenía un estuche especial, donde la guardaba cuando no fumaba. Un estuche forrado de terciopelo azul.

—Apareces en los momentos más insospechados.

—Un día se le rompió —prosiguió—. No sé si se le cayó, se rompió en el estuche o si era demasiado vieja... No tengo ni idea. La memoria, ya sabes...

—Como un tamiz.

—Peor aún. Lo curioso es que mi viejo no se compró una nueva. Ni una de espuma de mar ni una de brezo. Nada. Simplemente dejó de fumar, eso es todo. Cada vez que pienso en ello, me digo que quizá nunca creyó que pudiera perder aquella pipa y que, cuando ocurrió, se dio cuenta de que no hay nada en la tierra que dure eternamente, por lo que decidió que nada era importante y que no volvería a fumar. Y eso fue lo que hizo.

—Supongo que tendrás un motivo para contarme esta historia, ¿no?

—En absoluto. Simplemente lo he recordado mientras miraba esas pipas. No quiero interrumpirte la comida, Rhodenbarr.

—Podría decirse que ya lo has hecho.

—Estaré en la esquina limpiándome los zapatos. No creo que tardes mucho, ¿verdad?

—Creo que no.

Se marchó. Me comí las hojas de uva. No tenía intención de tomar postre, pero finalmente pedí una ración excesivamente dulce de baklava y una taza de café turco negro y espeso. Pensé en tomar otra, pero supuse que me mantendría cuatro años despierto y deseché la idea. Así pues, pagué la cuenta al hombre del bigote y fui al puesto del limpiabotas que había en la esquina.

Mi amigo me entregó la información que necesitaba acerca de J. Francis Flaxford y su caja de cuero azul. En realidad, dijo más de lo que quería saber, aunque no respondió a ninguna pregunta importante.

Cuando le pregunté cómo se llamaba, deslizó su mirada por mi frente y me obsequió con una mirada de decepción.

—Podría darte un nombre —respondió—, pero ¿qué sabrías que no sepas ya? No habría muchas posibilidades de que fuera verdadero, ¿no es así?

—Desde luego.

—Entonces ¿por qué hemos de complicarnos la vida? Todo lo que necesitas saber es dónde y cuándo conseguir la caja, que es de lo que acabamos de hablar, y cómo y dónde has de dármele para llevarte los cuatro mil restantes.

—¿Significa eso que vamos a planearlo por adelantado? Creía que sólo tenía que ocuparme de mi trabajo y que un buen día aparecerías hablándome al oído en una tienda de ultramarinos. O que quizá te encontraría en la lavandería que hay en el sótano de mi casa cuando bajara a echar los calcetines a la secadora.

Suspiró y dijo:

—Entrarás en casa de Flaxford a las nueve o nueve y media. A las once y media, como muy tarde, ya habrás salido. No te costará mucho sacar una caja de un escritorio. Lo mejor será que a continuación te vayas a casa, bebas algo, te duches, te cambies de ropa y todo lo demás... —«Y que me deshaga de las herramientas de

trabajo y los diversos objetos que pueda haber birlado», pensé—. Tómalo con calma. Más tarde, acudirás a un local agradable que no queda lejos de tu casa. Hay un bar en Broadway con... creo que es la Sesenta y cuatro, llamado Pandora. ¿Lo conoces?

—He pasado por delante de él.

—Es un sitio agradable y tranquilo. Ve allí, digamos... a las doce y media y siéntate en una de las cabinas que hay en la parte trasera. No hay camarera, así que tendrás que pedir en la barra lo que quieras beber y llevártelo a la mesa.

—Me parece que será mejor que me ponga un traje.

—Es un lugar discreto y tranquilo, no se meten en tus asuntos. Sé puntual, aunque tal vez tengas que esperar media hora.

—¿Tú aparecerás a la una?

—Así es. Si surge algún problema, espera hasta la una y media, luego coge la caja y vuelve a casa. De todos modos no habrá problemas.

—Claro que no —convine—. Pero supongamos que alguien intenta quitarme la caja.

—Pues coge un taxi, por amor de Dios. No conviene que vayas por ahí a esas horas. Espera un momento... —Guardé silencio—. ¿Crees que te robaría por cuatro mil dólares de mierda? ¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque sería más barato que pagarme.

—¡Dios Santo! —exclamó—. ¿Y cómo podría pedirte que trabajaras para mí otra vez? Mira, si quieres, llévate una pistola para estar más tranquilo, aunque sospecho que lo único que conseguirás es ponerte nervioso y un disparo en el pie. Te juro que no tienes de qué preocuparte. Tráeme la caja y tendrás cuatro de los verdes.

—Verdes... —repetí.

—¿Qué?

—Verdes... Cuatro de los grandes...

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, estaba pensando que tienes muchas formas de referirte al dinero. Eres como un diccionario de argot.

—¿Qué pasa con mi forma de hablar, Rhodenbarr?

—Nada —contesté—. Es culpa mía. Los nervios, supongo. Me pongo tenso.

—Sí —dijo pensativamente—, seguro...

Me senté en el sofá de Rod y consulté mi reloj. Faltaba poco para la medianoche. Aunque había salido del apartamento de Flaxford con tiempo de sobra, no parecía que pudiera llegar al Pandora a la hora convenida. Mis mil dólares de anticipo no eran más que un recuerdo y los cuatro mil restantes nunca serían míos; a la una de la madrugada mi anónimo amigo estaría tomando su whisky escocés y preguntándose por qué habría decidido dejarle plantado.

No recuerdo exactamente en qué momento me quedé dormido. Poco después de la medianoche me invadió un profundo agotamiento, por lo que me desnudé y me metí en la cama de Rod. Cuando estaba a punto de quedarme dormido, sentí una presencia extraña junto a la cama. Me dije que estaba siendo un estúpido. Abrí los ojos y vi que la presencia extraña no era más que una planta, un filodendro de hoja dividida que había en un soporte situado al lado de la cama. Pensé que en realidad tenía tanto derecho a estar allí como yo mismo. El caso es que, para entonces, mi sueño se había esfumado y no podía dejar de pensar frenéticamente en todos mis problemas.

Encendí la radio del equipo estéreo de Rod, bajé el volumen y me acomodé en una silla a la espera de que la música acabase y emitieran las noticias. Siempre ocurre lo mismo... cuando uno quiere escuchar música, ponen noticias cada quince minutos. Pues bien, lo contrario también suele ocurrir: uno nunca encuentra algo cuando lo necesita, ya sea un policía, un taxi o las malditas noticias.

Finalmente emitieron las noticias. El locutor utilizaba su voz sonora para informar de un montón de sandeces, sin mencionar que se había cometido un robo y un asesinato en la calle 67 Este.

Cambié de emisora, pero, como era de prever, tuve que esperar media hora a que empezara el próximo noticiario, pues en aquel momento estaban poniendo una música suave que sonaba a folk-rock. Cuando el cantante aseguró que la voz de su chica era como un trazo de tiza sobre la pizarra de su alma —juro que no lo estoy inventando—, me di cuenta de que tenía hambre. Fui a la cocina y, tras abrir cajones y alacenas y mirar en el frigorífico, pensé que aquella casa parecía la de la vieja madre Hubbard^[1]. Al final di con una caja de arroz blanco del Tío Ben, una repulsiva lata de sardinas noruegas con salsa de mostaza y una colección de jarritas y latas de hierbas, especias y salsas que, de haberla tenido, me hubieran servido para condimentar la comida. Decidí preparar algo de arroz, pero una mirada al interior de la caja bastó para descubrir que no era el primer invitado sorpresa que había reparado en ella: el arroz blanco del Tío Ben se había transformado en mierda negra de cucaracha.

En otra alacena encontré una caja cerrada de espaguetis, y pensé que podría aprovecharlos con aceite de oliva, siempre que este no estuviera rancio, que lo estaba. En aquel momento empecé a dudar de que tuviera hambre, pero luego abrí otra alacena y descubrí que Rodney Hart era un verdadero loco de la sopa. Delante de mis narices, había sesenta y tres latas de sopa Campbell, y si sé el número exacto es porque las conté, y las conté porque quería saber exactamente cuánto tiempo podría seguir vivo sin salir de allí. Consumiendo una lata al día, tenía para dos meses, lo cual era tiempo de sobra, me dije, ya que mucho antes de que se me acabaran las

provisiones habría pasado a manos de la policía, estaría cumpliendo condena por homicidio en primer grado y el problema de mi alimentación habría pasado a manos del estado.

Así pues, en realidad no había nada de qué preocuparse.

Empecé a temblar, pero traté de concentrarme en la tarea de abrir una lata. Considerando que la sopa era el fundamento de la existencia de Rod, tenía un abrelatas bastante primitivo, aunque cumplía su función. Eché la sopa concentrada de pollo con estrellitas en un puchero presumiblemente limpio, añadí agua, calenté el brebaje en la cocina, lo animé con un poco de tomillo y un pellizco de salsa de soja y me senté para comerla justo cuando la emisora de folk-rock emitía un resumen de cinco minutos de las noticias. Repitieron parte de las informaciones que ya había oído en la otra emisora, me dijeron mucho más de lo que quería saber acerca del tiempo y no hicieron alusión alguna al difunto J. F. Flaxford o al ladrón asesino que había acabado con él.

Terminé mi sopa y limpié la cocina. Luego abrí otras alacenas hasta que encontré la colección de botellas de Rod, que consistía fundamentalmente en una viejísima botella de licor de moras con un sospechoso poso oscuro en el fondo. Menudo tesoro. Sin embargo, y por increíble que parezca, también había una botella de whisky escocés con dos tercios de su contenido. No obstante, tenía pegada la etiqueta de cierta licorería y había sido embotellado en Hackensack, de manera que difícilmente podía pertenecer a la misma clase que un Chivas o un Pinch.

Pero los ladrones no pueden elegir. Permanecí sentado durante un buen rato, bebiendo el whisky escocés y viendo las películas de Channel 9 a última hora, apagando cada media hora (cuando me acordaba) para escuchar las noticias de la radio. No dijeron nada sobre J. Francis y sobre mí, aunque al cabo de un rato es probable que escuchara la noticia sin enterarme.

En una de esas tristes horas que preceden al amanecer conseguí dejar la televisión —después de terminar la botella de whisky— y meterme por segunda vez entre las sábanas de Rodney.

Lo siguiente que oí fue un golpe y la voz de una muchacha que decía:

—¡Mierda!

Nadie ha despertado jamás de manera más abrupta. Me había quedado dormido, tan profundamente que ni siquiera soñé, pero de pronto estaba despierto y destemplado. Además, había otra persona en el apartamento, una mujer y, a juzgar por su voz, estaba bastante cerca de mí.

No me moví, procurando respirar como uno respira cuando está dormido, con la esperanza de que no hubiera notado mi presencia pese a que era casi imposible. ¿Quién sería? ¿Qué demonios estaría haciendo allí? ¿Cómo iba a salir yo de aquel

lío?

—Mierda —repitió, quitándome la palabra de la boca—. Te he despertado, ¿verdad? No era mi intención. Estaba regando las plantas sin hacer ruido, cuando he tirado ese maldito trasto. Espero que no le haya pasado nada a la planta. Siento haberte molestado.

—No importa —dije a la almohada sin apartar la cara de ella.

—Supongo que no volveré a necesitar mi talento para regar plantas —prosiguió—. ¿Vas a quedarte aquí mucho tiempo?

—Un par de semanas.

—Rod no me dijo que habría alguien en el piso. Supongo que habrás llegado hace poco, ¿no?

—Anoche, a última hora —respondí.

—Bueno, no sabes cómo siento haberte despertado. ¿Sabes qué voy a hacer? Preparar una taza de café para los dos.

—Sólo hay sopa.

—¿Sopa?

De mala gana, me volví y, parpadeando, la miré. Estaba al lado de la cama. Había puesto el filodendro de hoja dividida en su sitio y estaba regando las raíces. La planta no parecía en muy mal estado y ella era una preciosidad.

Tenía el pelo corto y negro, la frente amplia, las facciones perfectamente proporcionadas, con la curvatura justa en la punta de la nariz y la cantidad de resolución exacta en la expresión de la barbilla; labios bien formados que, si bien no eran generosos, tampoco resultaban escasos; y orejitas rosas con lóbulos bien definidos. (Había leído recientemente un libro de bolsillo sobre cómo determinar el carácter y la salud de las personas a partir de las orejas, de ahí que me fijara en tales cosas. Sus orejas, según aquella fuente, parecían perfectas).

Llevaba pantalones de pintor blancos, que demostraban su buen criterio al apretarse a ella con fuerza. Empezaban a clarear a la altura de las rodillas y del trasero. La camisa era vaquera, con botones tipo perla y adornos de flores estampadas. También llevaba un pañuelo rojo al cuello y calzaba mocasines de piel.

Sólo podía censurarle que estuviera en mi piso, bueno, en el de Rod. Estaba regando las plantas y poniendo en peligro mi seguridad. Sin embargo, cuando pensé en todas las mañanas en que había despertado solo y en cómo me hubiera sentido de ver a aquella muchacha en mi habitación... Qué injusto era todo. Las mujeres, la policía, los taxis, las malditas noticias... Nunca los tienes a mano cuando los necesitas.

—¿Sopa? —Volvió la cara hacia mí y sonrió sin mucha convicción. Tenía los ojos azules, verdes o de ambos colores, y los dientes blancos y bien alineados—. ¿Qué clase de sopa?

—Pues prácticamente cualquiera que desees: sopa de alubias rojas, de fideos con queso, de crema de espárragos, de tomate, de queso *cheddar*.

—No me digas que hay sopa de queso *cheddar*...

—¿Te he mentado alguna vez? Si no me crees, compruébalo tú misma: están en la alacena. Campbell la hace y Rod la almacena. Aparte de la sopa no hay nada, excepto algo de arroz con cucarachas.

—Me parece que no es muy práctico con las cosas de la casa. ¿Hace mucho que le conoces?

—Somos viejos amigos —mentí—, aunque no le he visto durante los últimos años. —Eso sí era verdad.

—¿Amigos de la universidad o de Illinois?

La situación se complicaba. ¿De qué universidad hablaba? ¿A qué parte de Illinois se refería?

—De la universidad —me arriesgué a responder.

—Y ahora has venido a Nueva York y te quedas hasta... —Los ojos verdes o azules se abrieron de par en par—. ¿Hasta cuándo? No serás actor, ¿verdad?

Confesé que no lo era. Pero entonces ¿qué demonios era? Improvisé una historia, sentándome en la cama y tapándome con la sábana hasta el cuello. Le dije que había estado trabajando en el negocio de alimentación que mi familia tenía en Dakota del Sur, negocio que habíamos vendido a un competidor por un buen precio, y que ahora quería pasar una temporada a solas en Nueva York antes de decidir qué hacer con mi vida. Conté mi historia de forma que pareciera muy sincera y aburrida, con la esperanza de que ella perdiera interés y se acordara de alguna cita urgente. Sin embargo, mis palabras debieron de resultarle más fascinantes que a mí, ya que permaneció pendiente de cada una de ellas, sentada en el borde de la cama con los dedos entrelazados sobre las rodillas y los ojos muy abiertos, con expresión inocente.

—Quieres encontrarte a ti mismo... —comentó—. Es muy interesante.

—Bueno, nunca he creído que estuviese perdido. Aunque ahora que realmente no tengo nada que hacer...

—En cierto modo, me encuentro en la misma situación. Me divorcié hace cuatro años. Por aquel entonces tenía trabajo, aunque no era un trabajo muy exigente; luego lo dejé y ahora estoy en paro. Pinto un poco, diseño joyas y últimamente me he dedicado a los vidrios de colores. No es lo que hace todo el mundo, sino algo que más o menos he inventado yo. Son esculturas tridimensionales de estilo libre. El problema es que no estoy muy segura de si lo hago bien o no. Es decir, no sé si son simplemente un pasatiempo. Si descubro que es sólo eso, no me interesa, porque yo no quiero pasatiempos. Quiero hacer algo, aunque todavía no sé el qué. O al menos creo que no lo sé. —Me miró batiendo las pestañas—. Supongo que no querrás sopa para desayunar, ¿verdad? ¿Qué te parece si salgo un momento y traigo unos cafés?

No tardaré ni un minuto. El tiempo justo para que te vistas.

La muchacha llegó a la puerta antes de que tuviera ocasión de hacer objeción alguna. Cuando la cerró, me levanté de la cama y fui al servicio —debería evitar mencionarlo, pero era la primera vez en mucho tiempo que sabía lo que estaba haciendo—. Luego me puse la ropa del día anterior y me senté en mi silla favorita para ver quién entraba por la puerta de mi nuevo apartamento.

Sin duda podría ser la señorita de las plantas, dispuesta a servir el desayuno al joven serio y formal de Dakota del Sur, pero también los servidores de la ley.

«¿Qué te parece si salgo un momento y traigo unos cafés?». Por supuesto... Aquello significaba que había reconocido al ladrón asesino, o asesino ladrón —o mamón viperino o lo que se prefiera—, y aprovechaba la oportunidad para a) escapar de sus garras y b) dejar que se hiciera justicia.

Pensé en huir, pero me dije que no tenía sentido hacerlo. Mientras existiera la posibilidad de que no avisara a la policía, aquel piso era un lugar mucho más seguro que la calle. Supongo que el factor más importante de aquel razonamiento era la inercia. Tenía la sangre llena del asqueroso whisky escocés que me había tragado la noche anterior y la cabeza hecha un almacén de quincalla oxidada, de modo que resultaba más fácil quedarse sentado que echar a correr.

Podía seguir con aquella historia, pero ¿por qué? No tuve que esperar a que abriera la puerta para saber que volvía sola. Oí sus pasos, y no hay manera de que un grupo de sabuesos suba por una escalera y haga el mismo ruido que una frágil señorita. Así pues, antes de que abriera la puerta, ya me había tranquilizado, aunque, cuando lo hizo y apareció por ella su fresca y bonita cara, debo confesar que me quedé prendado.

Había traído café y enseguida se puso a preparar una cafetera. Mientras lo hacía, charlamos relajadamente de cosas triviales. Había tenido ocasión de preparar mis mentiras durante su ausencia, así que cuando me dijo que se llamaba Ruth Hightower, yo no dudé en decirle que me llamaba Roger Armitage. A partir de aquel momento nos tuteamos.

Le comenté que la línea aérea había perdido mi equipaje, adelantándome a la posibilidad de que se le ocurriera reparar en mi falta de pertenencias. Ella dijo que era típico de las líneas aéreas y convenimos en que una civilización capaz de mandar a un hombre a la Luna no tiene por qué extraviar un par de maletas. Acercamos un par de sillas a ambos lados de la mesa y nos bebimos nuestro café con las tazas desportilladas de Rod. Era un buen café.

Hablamos durante un buen rato, y me identifiqué tanto con mi personaje que acabé sintiéndome cómodo con él. Quizá fue por la influencia del entorno, Rod había dicho que al propietario le gustaban los actores, así que tal vez el edificio estuviera repleto de ellos...

En cualquier caso, yo era un Roger Armitage perfecto, el típico chico que acababa de llegar a la ciudad, y ella era la señorita que había conocido en una situación delicada pero graciosa. Así pues, a los pocos minutos, me vi a mí mismo tratando de encontrar una manera natural de preguntarle si conocía bien a Rod y qué importancia tenía en su vida...

Pero ¿qué demonios importaba? El futuro de nuestra relación carecía de importancia porque esta ya pertenecía en su mayor parte al pasado. En cuanto ella se marchara, tendría que pensar en poner los pies en polvorosa. Aquella mujer no era una estúpida y tarde o temprano averiguaría quién era yo, y cuando esto ocurriera, me convendría estar en otra parte.

De pronto, ella dijo:

—He intentado por todos los medios acabar de regar las plantas y marcharme sin despertarte, pero en realidad debería haberme largado enseguida, ya que tú mismo te habrías ocupado de cuidar de las plantas. Pero no he pensado en eso y la verdad es que me alegro de no haberlo hecho. Estoy disfrutando con nuestra conversación.

—Yo también, Ruth.

—Es fácil hablar contigo. Suelo tener problemas para hablar con la gente. Sobre todo con los hombres...

—Resulta difícil de creer que no te sientas a gusto con cualquiera.

—¡Qué cosas más bonitas dices! —Sus ojos... Ya había advertido que abarcaban la gama del verde al azul, variando según el humor del que estuviera o la luz que los iluminase. Sus ojos, como estaba diciendo, me miraron tímidamente bajo sus pestañas entornadas—. Hace un buen día, ¿verdad?

—Sí —convine.

—Un poco frío, aunque el cielo está despejado. Pensé en traer unos bollos, pero no sabía si te apetecería algo aparte del café.

—Con el café es suficiente. Además es muy bueno.

—¿Quieres otra taza?

—Gracias.

—¿Cómo quieres que te llame? ¿Bernie o Bernard?

—Como prefieras.

—Creo que te llamaré Bernie.

—Así es como me llama la mayoría de la gente —dije—. ¡Oh, Dios mío...! —exclamé a continuación.

—Tranquilo, Bernie. —Inclinándose hacia la mesa y esbozando una sonrisa, se acercó a mí y puso su suave y pequeña mano sobre la mía—. No tienes por qué preocuparte —dijo.

—¿De veras?

—Por supuesto. Sé que no has matado a nadie. Soy una persona extremadamente

intuitiva. De no haber estado segura de que eres inocente, no habría tirado la planta y...

—¿La tiraste a propósito?

—Bueno, primero tuve mis dudas, pero luego le di una patada al soporte para que rebotara contra la pared y cayese al suelo.

—Así pues, lo sabías desde el principio.

—Tu nombre aparece en todos los periódicos, Bernie. Y también en tu carnet de conducir y los papeles que llevas en la cartera. Te he registrado los bolsillos mientras dormías. No conozco a muchas personas que duerman tan profundamente como tú.

—¿A cuántas conoces?

Por increíble que parezca, se ruborizó.

—Bueno, yo... ¿Qué estaba diciendo?

—Que me registraste los bolsillos.

—Sí, y he creído reconocerte. Había una foto en el *Times* esta mañana, aunque no se te parece mucho. ¿Es verdad que cortan el pelo tan corto cuando te meten en la cárcel?

—Desde que Sansón derribó el templo, hacen las cosas con la mayor precaución.

—Pues me parece horrible... Bueno, el caso es que, en cuanto te vi, comprendí que no podías haber matado al tal Flaxford. Tú no eres un asesino. —Frunció un poco el entrecejo—. Aunque supongo que eres un auténtico ladrón.

—Eso parece.

—Pues sí, eso parece. ¿Es cierto que conoces a Rod?

—No muy bien. Hemos jugado a póker en un par de ocasiones.

—Pero él no sabe cómo te ganas la vida, ¿verdad? Por cierto, ¿cómo conseguiste sus llaves...? Pero qué tonta soy, ¿para qué las necesitarías? He visto todos esos instrumentos que llevas en el pantalón. Parecen realmente eficaces. ¿No es necesario utilizar una palanqueta para abrir puertas?

—Sólo si eres torpe.

—Pero tú no lo eres, ¿verdad? Tu oficio tiene un aspecto muy... sexual, ¿no te parece? ¿Cómo has acabado dedicándote a algo así? Bueno, en teoría es el hombre quien debe hacer esta pregunta a la chica, ¿no? Al parecer, tenemos un montón de cosas de qué hablar, y seguro que son mucho más interesantes que todas esas tonterías sobre Roger Armitage y el negocio de alimentación de Dakota del Sur. Apuesto a que nunca has estado en Dakota del Sur..., aunque eres muy hábil mintiendo. ¿Quieres un poco más de café, Bernie?

—Sí —respondí—, creo que sí.

6

A las seis y veinticuatro minutos de aquella tarde los muchachos del Channel 7 habían dicho todo lo que cabía decir sobre la búsqueda de Bernard Rhodenbarr, el distinguido ladrón que se había convertido en un sanguinario asesino, en cinco estados. Dejé en mi plato uno de los mejores muslos de pollo del viejo y astuto coronel^[2] y crucé la habitación para apagar el Panasonic de Rod. Ruth estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, olvidándose de su muslo de pollo mientras despotricaba contra la perfidia de Ray Kirschmann.

—¡Qué desfachatez! Se lleva mil dólares, ganados con el sudor de tu frente, y luego dice esas barbaridades sobre ti.

Según la versión de Ray, yo me había agazapado entre las sombras para saltar sobre él y Loren por sorpresa; sólo su osadía y perseverancia le habían permitido identificarme durante la pelea. «Hace años que sospecho que Rhodenbarr podía tener un comportamiento violento», había declarado a los periodistas. Me pareció que su ceñuda y enojada mirada no iba dirigida a las cámaras de televisión, sino, a través de ellas, a mí.

—Bueno, le hice una mala jugada —aclaré—. Por mi culpa ha quedado como un idiota delante de un compañero.

—¿Crees que está convencido de lo que dice?

—Claro que sí. Tú y yo somos las únicas personas en el mundo que no creen que haya matado a Flaxford.

—Y el verdadero asesino.

—Por supuesto —convine—. Pero es poco probable que confiese. Nadie aceptará mi palabra y no hay mucho que tú puedas hacer para probar nada. De hecho, ni siquiera sé por qué me crees.

—Tienes cara de persona honrada.

—Para ser un ladrón, es posible.

—Y yo soy una mujer muy intuitiva.

—Eso parece.

—J. Francis Flaxford... —farfulló.

—Descanse en paz.

—Sí... Nunca me he fiado de los hombres que escriben sólo la inicial de su nombre de pila. Siempre tengo la impresión de que llevan una especie de vida oculta. Hay algo retorcido en la manera que tienen de verse a sí mismos y en la imagen que ofrecen al mundo.

—¿No crees que estás generalizando?

—Bueno, no sé... pero ¿qué me dices de G. Gordon Liddy, E. Howard Hunt...?

—Compañeros de profesión...

—¿Tú también tienes segundo nombre, Bernie?

Hice un gesto de asentimiento.

—Grimes —dije—. El apellido de soltera de mi madre.

—¿Utilizarías el nombre «B. Grimes Rhodenbarr»?

—Nunca lo he hecho, y dudo que llegue a hacerlo alguna vez. De todos modos, eso no significaría que estuviera ocultando algo, sino que habría perdido el juicio. B. Grimes Rhodenbarr, por amor de Dios... Verás, hay mucha gente que no soporta su nombre de pila pero que está contenta con su segundo nombre, de manera que...

—Pues que lo cambien —me interrumpió ella—. Es completamente legal. El problema surge cuando dejan esa inicial delante, como quien no quiere la cosa. Es entonces cuando no me fío de ellos. —Sacó la punta de la lengua—. Además, me gusta mi teoría. Jamás se me ocurriría fiarme de J. Francis Flaxford.

—Creo que ahora sí puedes hacerlo. Estar muerto significa no poder hacer nada «como quien no quiere la cosa».

—Ojalá supiéramos algo más sobre él. Todo lo que sabemos es que está muerto.

—Bueno, es el dato más significativo de que disponemos. Si no estuviera muerto, no tendríamos por qué saber nada sobre ese hijo de puta.

—No deberías hablar así, Bernie.

—Supongo que no.

—*De mortuis*^[3], ya sabes...

Masticó lo que quedaba de su muslo de pollo, recogió los restos que habíamos dejado y se los llevó a la cocina. Me fijé en su pequeño trasero mientras caminaba y, cuando se inclinó para tirar los huesos a la basura, noté que se me hacía un nudo en la garganta, entre otras cosas. Luego se dispuso a servir dos tazas de café, mientras yo me obligaba a pensar en el difunto Francis Flaxford, con una J. delante del nombre y un R. I. P. detrás.

La noche anterior me había preguntado si el cadáver sería realmente el de Flaxford. Cabía la posibilidad de que otro ladrón hubiera estado trabajando en el apartamento. Pero ¿quién le había matado? ¿El mismo Flaxford?

No importaba. A todos los efectos, el cadáver era el de Flaxford, un empresario de cuarenta y ocho años de edad, con intereses en los negocios inmobiliarios, director de arriesgadas obras de teatro fuera del circuito de Broadway, vividor y hombre de mundo. Se había casado y divorciado hacía muchos años, vivía solo en su lujoso apartamento de la zona este y alguien le había hecho añicos el cráneo con un cenicero.

—Si tuvieras que matar a alguien —dijo Ruth—, no utilizarías un cenicero, ¿verdad?

—A Flaxford le gustaban los ceniceros voluminosos —le informé—. Tenía uno de cristal tallado en el salón con el que se podría derribar a un buey. Según dicen, el

arma homicida fue un cenicero de cristal tallado; si era como el que yo vi, habrá bastado para hacer el trabajito. —Volví a mirar el reportaje del *Post* y, señalando su fotografía con un dedo, añadí—: No estaba nada mal.

—Esa clase de hombres no es mi tipo.

Las facciones de su cara eran agradables, tenía abundante cabello oscuro, que empezaba a encanecer a la altura de las sienes, y un bigote muy cuidado.

—Tiene aire distinguido.

—Si tú lo dices.

—Incluso elegante.

—Y también aficionado a los secretos y a hacer las cosas de tapadillo.

—Recuerda: *de mortuis...*

—¡A la mierda con eso! Como decía mi abuela, si no tienes nada bueno que decir sobre alguien, dilo. Me pregunto cómo ganó tanto dinero. ¿A qué crees que se dedicaba?

—Aquí dice que era empresario.

—Eso sólo significa que ganaba dinero, pero no explica cómo.

—Tenía intereses en los negocios inmobiliarios.

—Eso se puede hacer cuando tienes dinero, como lo de ser director de obras de teatro fuera del circuito de Broadway. Es posible que ganase un montón de pasta con lo de los negocios inmobiliarios y lo perdiera con las obras de teatro. Siempre ocurre lo mismo. De todos modos, algo tenía que hacer para ganarse la vida, y apuesto a que se trataba de un asunto sucio.

—Quizá tengas razón.

—En ese caso, ¿por qué no lo menciona el periódico?

—Porque a nadie le importa. A la gente sólo le interesa que fue asesinado porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Da la casualidad de que un ladrón desequilibrado eligió su casa al azar y de que él estaba dentro en aquel momento. De ese modo J. Francis acudió a su cita con la muerte. Si hubiera llevado ropa interior de mujer en el momento del asesinato, habría sido un buen tema y los periodistas se hubieran molestado en investigar su vida. Pero sólo llevaba un batín de Brooks Brothers, con lo que su muerte no pasa de ser un tema anodino.

—¿Dónde dice que el batín era de Brooks Brothers?

—Me lo he inventado. Ignoro dónde compraba la ropa. El *Times* asegura que sólo llevaba un batín; el *Post* un albornoz.

—Tenía entendido que estaba desnudo.

—No, según los periódicos. —Traté de recordar si Loren había dicho algo sobre si estaba vestido o no—. Tal vez en la edición de la mañana del *Daily News* ponga que estaba desnudo. ¿Qué importa?

—Nada. —Estábamos sentados uno al lado del otro en el sofá Lawson. Ella dobló

el periódico y lo dejó a un lado—. Ojalá supiéramos por dónde empezar —comentó—. Pero es como si tuviéramos que desatar un nudo sin saber dónde están los cabos. Lo único que tenemos es el cadáver y el hombre que te metió en este lío.

—Un hombre que además no conocemos.

—Es el señor Peonza. El señor Ojos de Chocolate. Un hombre estrecho de hombros y ancho de cintura que evita mirar a la gente a los ojos.

—Ese es exactamente el hombre que buscamos.

—Y que a ti te resulta vagamente familiar.

—Me resulta muy familiar, especialmente su voz.

—Pero no le conoces.

—No.

—Mierda. —Cerró las manos y las apretó contra sus muslos—. ¿No es posible que lo conocieras en la cárcel?

—No lo creo. Supongo que sería lo lógico. Eso explicaría por qué sabe que soy un ladrón de casas. El problema es que no recuerdo ninguna faceta de mi vida en que él esté presente. Quizá le vi en el metro o me crucé con él por la calle...

—Es posible. —Frunció el entrecejo—. Te ha tendido una trampa. Hay dos posibilidades: o él mató a Flaxford o sabe quién lo hizo.

—Dudo que haya matado a nadie.

—Pero debe de saber quién lo ha hecho.

—Tal vez.

—En ese caso, tenemos que encontrarle. Dijiste que no sabes cómo se llama. ¿Te dio un nombre falso?

—No. ¿Por qué?

—Podríamos intentar localizarle en ese bar...

—El Pandora. ¿Para qué quieres localizarle?

—No lo sé. Quizá para decirle que tienes la caja de cuero azul.

—¿Qué caja?

—La que fuiste a...

—No existe ninguna caja de cuero azul.

—Sí, claro... —reconoció ella—. Nunca ha habido tal caja, ¿verdad? No era más que un señuelo. —Frunció el entrecejo con un gesto de concentración—. Pero ¿por qué dijo que te esperaría en el Pandora?

—No lo sé, pero apuesto a que no se molestó en aparecer.

—Maldita sea, ¿por qué se citó contigo?

—Lo único que se me ocurre es que tuviera previsto avisar a la policía si yo aparecía en el bar, aunque supongo que eso tampoco tiene sentido. Quizá sólo pretendía que el asunto pareciera verosímil. —Cerré los ojos por un instante para recordar mis conversaciones con él—. De todos modos, hay algo interesante. Me

parece que trató en todo momento de hacerme creer que era un tipo duro. ¿Por qué lo haría?

—Para que temieras engañarle, supongo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Ese tipo tiene algo enigmático. Creo que fingía ser un tipo duro porque no lo es. Ya sabes, mucho ruido y pocas nueces... Seguro que es una especie de embaucador. —Sonreí—. A mí me engañó, de eso no hay duda. Resulta difícil de creer que no hubiera ninguna caja azul en el piso. Logré convencerme de que la había y de que no quería que la abriera bajo ningún concepto.

—Aunque no le recuerdes de la cárcel, ¿crees que le habrán arrestado alguna vez?

—Es posible. Son gajes del oficio. Por muy bueno que seas, tarde o temprano acabas metiéndote en problemas. Te he contado lo de mi último arresto, ¿verdad?

—¿Cuando llamaste a un timbre estropeado?

—Sí. Acabé entrando en un piso con los inquilinos dentro. De pronto, me encontré con un hombre armado que me miraba con cara de pocos amigos y, cuando le dije que teníamos que intentar ser razonables y saqué mi dinero del bolsillo, resultó ser el presidente de no sé qué asociación anticrimen. Tenía tantas posibilidades de llegar a un acuerdo con él como de sobornar a un rabino con un sándwich de jamón. Te aseguro que no se limitaron a tirarme un libro a la cabeza: me tiraron toda la biblioteca.

—Pobre Bernie —se lamentó ella y puso una mano sobre la mía. A continuación nuestras miradas se encontraron, para luego separarse y dejarnos a solas con nuestros pensamientos.

Los míos se dirigieron, y no por primera vez, a la cárcel. Si me entregaba, seguramente podría llegar a un acuerdo con el fiscal declarándome culpable de homicidio en segundo grado, tal vez incluso con alguna circunstancia atenuante. Con toda probabilidad estaría en la calle al cabo de tres o cuatro años, contando con que consiguiera remisión de pena y la libertad condicional. Nunca había cumplido una pena tan larga, aunque la última vez había pasado una buena temporada a la sombra, año y medio, y si puedes aguantar ese tiempo, puedes aguantar cuatro años. En cualquier caso, lo que haces es seguir adelante y cumplir con tus tareas día a día.

Ahora ya no era tan joven y, para cuando saliera, ya tendría la friolera de cuarenta años. Pero ¿acaso no se dice que es más fácil cumplir una condena cuando eres mayor, porque parece que los meses y los años pasan con más rapidez?

En la cárcel no hay mujeres, ni manos suaves, ni traseros prietos y redondos. Hay hombres con traseros así, por supuesto, pero mis gustos son más bien convencionales.

—Bernie. ¿Y si acudo a la policía?

—¿Para entregarme? Lo comprendería si hubiera una recompensa, pero...

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué habría de entregarte? ¿Estás loco?

—Un poco. ¿Por qué quieres hablar con la policía?

—¿No tienen libros llenos de fotografías de criminales? Podría decir que he sido víctima de un estafador y que quiero que me enseñen algunas de esas fotografías.

—¿Y luego qué?

—Bueno, quizá le reconocería.

—Pero si *nunca* lo has visto, Ruth.

—Tras oír la descripción que has dado, tengo la sensación de que sería capaz de reconocerle.

—Pero sólo verías su cara, no su perfil.

—Entiendo.

—Por eso la llaman foto de frente.

—Creo que, en ese caso, no es un plan factible.

—No, supongo que no, Ruth.

Le giré la mano y acaricié la palma y los dedos hasta las yemas. Ella se acercó más a mí. Permanecimos sentados de aquel modo varios minutos, durante los cuales hice acopio de fuerzas para rodearle los hombros con un brazo. Cuando me disponía a dar el paso, ella se puso en pie y dijo:

—Ojalá pudiéramos hacer algo. Si supiéramos cómo se llama ese hombre, al menos tendríamos por dónde empezar.

—O si supiéramos por qué querían matar a Flaxford —puntualicé—. Alguien tenía un motivo para desear su muerte, ¿lo entiendes? Si supiéramos más sobre él, quizá sabríamos qué buscar.

—¿Y la policía no va a...?

—La policía ya sabe quién le ha matado. No habrá ninguna investigación, Ruth, porque para ellos el culpable soy yo y el caso está cerrado. Lo único que tienen que hacer es echarme el guante. Esta es la razón por la que la trampa resulta tan eficaz. Quizá sólo haya una persona en el mundo con motivos para matar a Flaxford, pero nadie lo sabrá jamás, porque el asesinato de Flaxford está envuelto en un paquete al que han puesto un lacito y una tarjeta en donde se puede leer mi nombre.

—¿Y si voy a la biblioteca y consulto el índice del *New York Times*? Quizá publicaron algo sobre él hace años y figura en el archivo de microfilmes.

Moví la cabeza en un gesto de negación.

—Si hubiera algo jugoso, ya lo habrían descubierto y lo habrían publicado en la necrológica.

—Tal vez haya algo que para nosotros tenga sentido. Merece la pena intentarlo, ¿no crees?

—Supongo.

Dio media docena de pasos en una dirección, luego volvió sobre ellos, dio media vuelta y volvió a comenzar. Era una imitación bastante buena de un león enjaulado.

—No puedo quedarme sentada —dijo—. Me crispa los nervios.

—Creo que no te gustaría la cárcel.

—¡Por Dios...! ¿Cómo puede soportarlo la gente?

—Día a día... —respondí—. Te invitaría a pasar la noche en la ciudad, Ruth, pero...

—No, tienes que quedarte aquí —dijo—. Me hago cargo de ello. —Cogió uno de los periódicos y empezó a pasar las páginas—. Tal vez haya algo interesante en la televisión —comentó. Resultó que ponían una película de gánsters de la Warner Brothers en la WPIX. Salía toda la banda: Robinson, Lorre, Greenstreet y un montón de viejos actores secundarios, cuyos nombres nunca me he preocupado de aprender pero cuyas caras sería incapaz de olvidar. Ruth se sentó a mi lado y vimos la película; al final me las arreglé para rodearle los hombros con un brazo, y, durante los anuncios, nos dimos un par de besos.

Cuando el último maleante se llevó su merecido y pasaron los títulos de crédito que anunciaban el final de la película, ella comentó:

—¿Ves? Los malos siempre pierden al final. No tenemos de qué preocuparnos.

—La vida —proclamé— no es una película de serie B.

—De acuerdo, pero tampoco es una epopeya de Cecil B. De Mille. Ya verás como las cosas salen bien, Bernie.

—Espero que tengas razón.

Comenzaron las noticias de las once y las vimos hasta que llegaron a la parte que nos interesaba. No se habían producido novedades en el caso Flaxford, y la información que dieron fue sólo una versión abreviada de lo que ya habíamos oído horas atrás. Luego notificaron un arresto por tráfico de drogas que se había llevado a cabo en Hunts Point; Ruth se acercó al televisor y lo apagó.

—Bueno, será mejor que me marche —dijo.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Y dónde está eso?

—En Bank Street. Cerca de aquí.

—Podrías quedarte un rato más —sugerí.

—Estoy cansada. Esta mañana me he levantado temprano.

—Si es por eso, podrías... dormir aquí —propuse.

—Será mejor que no, Bernie.

—Pero no puedes volver a casa a solas. Con lo tarde que es y en este barrio...

—Aún no son las doce, y este es el barrio más seguro de la ciudad.

—Me gusta que me hagas compañía —añadí.

Ella sonrió.

—Esta noche quiero ir a casa, de veras —insistió—. Quiero ducharme y quitarme esta ropa de encima...

—¿Y...?

—Y tengo que dar de comer a mis gatos. Los pobres deben de estar medio muertos de hambre.

—¿No pueden abrirse una lata ellos?

—No. Están terriblemente mimados. Se llaman *Ester* y *Mordecai*. Son abisinios.

—¿Por qué les pusiste nombres hebreos?

—¿Preferirías que los hubiera llamado *Haile* y *Selassie*?

—Ante tal alternativa...

La seguí hasta la puerta. Dio media vuelta con una mano en el tirador y nos besamos. Estuvo bien. Deseaba de veras que se quedara. Dejó escapar un ruido esperanzador desde el fondo de la garganta y se apretó contra mí un poco.

Entonces la solté. Ella abrió la puerta y dijo:

—Hasta mañana, Bernie.

Y se fue.

El metro estaba bastante tranquilo cuando lo cogí. En el vagón del tren local de la Octava Avenida dirección norte, al que subí en la calle Catorce, no había más que una persona, lo cual era una buena noticia. La mala era que se trataba de un agente de las autoridades de transporte público con un revólver enorme en la cintura. No dejaba de mirarme porque no había nadie más a quien mirar, y yo sabía que no tardaría mucho en entender por qué mi cara le resultaba familiar. En cualquier momento se iluminaría una bombilla sobre su cabeza y él entraría en acción.

Pero no fue así. En Times Square recogimos a otros viajeros —un par de enfermeras fuera de servicio y un drogadicto en plena crisis—, que ofrecieron al policía otros puntos donde fijar la vista. En la calle Cincuenta y nueve se bajó; mi parada era la siguiente. Subí por las escaleras y, con el aire de la mañana en la cara, salí al cruce de la Setenta y dos y Central Park West y me pregunté qué demonios estaba haciendo.

La noche anterior me había sentido realmente cómodo, sentado en el sofá de Rod con la mirada puesta en el televisor y mi brazo en torno a Ruth. Pero en cuanto ella se marchó, empecé a sentir un intenso vacío. Estaba nervioso, no podía ver la tele, no dejaba de andar de un lado a otro. Poco después de medianoche tomé una ducha y, al darme cuenta de que la idea de ponerme la misma ropa me resultaba espantosa, eché un vistazo en el armario y la cómoda de Rod.

No había mucho donde elegir. O Rod se llevaba casi toda su ropa de gira o simplemente no tenía mucha. Encontré una camisa y un par de calcetines elásticos de color azul marino. Eso fue todo.

Luego vi la peluca. Era rubia y larga, aunque demasiado corta para un hippy. Me la puse, me miré en el espejo y me quedé asombrado ante la transformación. El único problema era que llamaba un poco la atención, pero lo resolví con una gorra de paño que había en un estante del armario. La gorra disimulaba la peluca y le restaba aparatosidad.

Pensé que cualquiera que me conociera personalmente me reconocería, pero un extraño que pasara a mi lado por la calle sólo vería un poco de pelo rubio y una gorra de paño.

Me dije que estaba loco. Me quité la gorra y la peluca y volví a sentarme delante del televisor. Al cabo de unos minutos el teléfono sonó ininterrumpidamente veintidós veces, por lo que pude contar, hasta que la persona que llamaba se rindió o la compañía hizo lo que tenía que hacer. El teléfono había sonado varias veces durante el día (Ruth había estado a punto de cogerlo en una ocasión), pero no con tanta insistencia.

A la una menos cuarto me puse la peluca y la gorra y salí a la calle.

Tras salir del metro me dirigí a casa. Había cogido el metro en lugar de un taxi porque no quería hablar con nadie. En realidad, quizá temía encontrarme con el taxista que me había llevado la noche anterior. No obstante, cuando me disponía a recorrer las manzanas que me separaban de mi casa, empecé a pensar que debería haberlo hecho al revés. Había mucha gente en la calle Setenta y dos, y llevaba varios años viviendo en aquel barrio. Mientras andaba, reconocí a varias personas. No sabía cómo se llamaban, pero les había visto en la calle en alguna ocasión, y era lógico suponer que ellas también me habían visto a mí y que, por tanto, podrían reconocerme si me observaban con atención. Traté de variar mi manera de andar para despistar. No sé si sirvió de algo, pero lo cierto es que nadie pareció reparar en mi presencia.

Finalmente me detuve en la esquina situada enfrente de donde vivo cruzando la calle en diagonal. Alcé la mirada y vi mi ventana, en la decimosexta planta. Mi apartamento... Mi pedazo de espacio privado.

Dios sabe que no era gran cosa: dos habitaciones pequeñas y una cocina, un cubículo que costaba demasiado y estaba situado en un estéril edificio moderno. Pero era mi casa, maldita sea, y me sentía a gusto en ella.

Aquello se había acabado. Incluso si salía de aquel lío —y no alcanzaba imaginar cómo podría hacerlo—, no creía que pudiera seguir viviendo allí. Ahora todo el mundo conocía la terrible verdad que se ocultaba tras el simpático inquilino del 16 G. Era un ladrón, un vulgar delincuente.

Pensé en todas las personas que saludaba diariamente en el ascensor, en las mujeres con que bromeaba en la lavandería, en el conserje y los porteros de cada planta, en el administrador y en el hombre que se encargaba de las chapuzas. Mi vecina, la señora Hesch, una anciana que fumaba como un carretero y a la que siempre podía pedir prestado un poco de detergente, era la única persona de la casa a la que realmente conocía en realidad, aunque tampoco estoy muy seguro. De todos modos, mantenía una buena relación con todos y me gustaba vivir en aquel edificio.

Pero yo, Bernard Rodhenbarr, ladrón de casas, no podría volver allí. Tendría que trasladarme a otra parte y dar un nombre distinto al mío para alquilar un piso. ¡Por Dios, si ya es bastante difícil desenvolvete como delincuente profesional, cuando tienes que soportar la pesada carga de la fama, la cosa se complica!

¿Podía arriesgarme a subir al piso? El conserje que trabajaba en el turno de noche, un hombre mayor y corpulento que se llamaba Fritz, estaba en su puesto. No creía que pudiera engañarle con el truco de la gorra y la peluca. Cabía la posibilidad de que con un par de pavos cerrara los ojos a sus deberes civiles, aunque también cabía la posibilidad de que no fuera así, y el riesgo de que ocurriera esto último era desproporcionado en comparación con los beneficios posibles. Por otra parte, había

una puerta lateral, un tramo de escaleras que conducía al sótano. Siempre estaba cerrada con llave; se podía salir por ella y el administrador la abría para recoger los repartos, pero nadie podía utilizarla para entrar en el edificio. Nadie excepto yo...

En el sótano podría coger el ascensor y subir hasta la decimosexta planta sin pasar por el vestíbulo. Luego podría salir del mismo modo, llevando una maleta llena de ropa y mis cinco mil dólares para urgencias. Si me entregaba o me detenían, necesitaría dinero para pagar un abogado. Además, prefería llevar el dinero conmigo a tenerlo guardado en un apartamento al que no me estaba permitido entrar.

Saqué la anilla en que llevaba las llaves y las ganzúas, salí de las sombras y crucé la calle Setenta y uno. Justo antes de llegar a la otra esquina, un coche se detuvo delante de mi edificio y aparcó junto a una boca de incendios. Aunque aquel sedán parecía normal, noté algo en el aplomo con que el conductor lo aparcaba que me hizo ver claramente que se trataba de un policía.

Dos hombres bajaron del coche. No los reconocí y tampoco vi nada en su aspecto que me permitiera afirmar que eran policías. Vestían traje y corbata, pero mucha gente viste de ese modo, no sólo los detectives de paisano.

Permanecí en mi acera de West End Avenue. Sin duda mostraron algo a Fritz, y yo retrocedí y me coloqué al lado de un portal de piedra roja, en un lugar donde no llamaba la atención. Si alguien se fijaba en mí, me tomaría por un ladrón y evitaría el encuentro conmigo.

Estuve allí un solo minuto. Luego me entraron ganas de echar un vistazo a mi ventana, de manera que volví a la esquina de antes, conté hasta la decimosexta planta y localicé el apartamento G. La luz estaba encendida.

Permanecí allí quince largos minutos y la luz siguió encendida en todo momento. Me rasqué la cabeza, una estupidez cuando llevas puesta una peluca que no ajusta bien. La puse nuevamente en su sitio y me pregunté qué se proponían hacer aquellos malnacidos en mi casa y cuánto tiempo tardarían.

Demasiado, pensé. Además, harían ruido, ya que no tenían motivo alguno para revolver mi casa en silencio, de modo que si yo subía a continuación era muy posible que mis vecinos estuvieran atentos a cualquier cosa...

Finalmente decidí largarme de allí.

Paseé durante un rato. Manteniéndome alejado de las calles no residenciales y de las farolas, me dediqué a caminar pensando qué podía hacer a continuación. Al final fui a parar a media manzana del Pandora. Encontré un lugar desde donde podía vigilar la entrada sin llamar la atención y me quedé allí hasta que sentí un calambre en la pantorrilla y me di cuenta de que tenía la garganta reseca. No sé cuánto tiempo estuve en aquel lugar, pero fue el suficiente para que entraran en el establecimiento ocho o diez personas y salieran otras tantas. Ninguna de ellas era mi amiguito con forma de

pera.

Quizá le había visto por el barrio y por eso me resultaba tan familiar. Quizá me cruzaba habitualmente con él y su cara y su físico se me habían quedado grabados de forma subliminal. Quizá había elegido el Pandora porque era allí adonde solía ir, pese a no tener intención alguna de acudir a la cita. Quizá estaba dentro en aquel preciso momento...

Lo cierto es que dudo que creyera en aquella última posibilidad siquiera por un momento. Sin embargo, tenía tanta sed como para agarrarme a un clavo ardiendo mientras esto significara que también agarraría una jarra de cerveza. La remota posibilidad de que mi amigo se encontrara en el bar me llevó a buscar las razones necesarias para entrar yo mismo.

No estaba allí, por supuesto, pero la cerveza me supo muy bien.

No me quedé mucho tiempo, y cuando salí pasé un mal momento. Estaba seguro de que alguien me seguía. Caminaba por Broadway hacia el sur y hubiera jurado que el hombre que andaba a unos veinte o treinta metros detrás de mí había salido del bar poco después que yo. Doblé la esquina de la calle Sesenta y él hizo lo mismo, lo que no supuso precisamente una inyección de moral.

Crucé la calle y continué andando hacia el oeste. Él permaneció al otro lado de la calle. Era un hombre menudo, y llevaba una cazadora de popelina, un pantalón oscuro y una camisa fina. La escasa luz no me permitía verle la cara, pero no quería detenerme para observarle con detenimiento.

Antes de llegar a Columbus Avenue, cruzó la calle y empezó a andar por mi acera. Torcí hacia el centro por Columbus —que aproximadamente a esa altura pasa a ser la Novena Avenida— y cuál no sería mi sorpresa cuando vi que él también doblaba la esquina y me seguía. No sabía qué hacer. Podía despistarle; entrar en un portal y golpearle cuando pasara; o seguir andando y ver qué hacía.

Opté por seguir adelante. Segundos más tarde, se metió en un bar y allí acabó todo. No era más que otro pobre desgraciado en busca de un trago.

Llegué a Columbus Circle y cogí el metro para volver a casa, es decir, a mi segunda casa. En aquella ocasión no tuve tantas dificultades para encontrar Bethune Street. Estaba justo donde la había dejado. Abrí la puerta de abajo con la misma rapidez que si hubiera tenido la llave, subí a toda prisa los cuatro deprimentes tramos de escalera y llegué al apartamento de Rod en un abrir y cerrar de ojos. Tampoco tuve problemas con las tres cerraduras, ya que la puerta estaba cerrada únicamente con el pestillo, que conseguí tarjetear con una lámina de acero flexible, instrumento con el que, por cierto, se pierde menos tiempo que con una llave.

A continuación eché todos los cerrojos y me metí en la cama. No había conseguido nada y había cometido varias insensateces, a pesar de lo cual estaba

acostado en la cama de Rod y me sentía satisfecho conmigo mismo. Había salido a la calle en lugar de esconderme y había hecho lo posible por asumir cierta responsabilidad sobre mi persona. Sin duda era una sensación agradable.

A la mañana siguiente Ruth no tuvo que tirar ninguna planta. Yo me desperté unos minutos antes de las nueve, me duché y busqué por la casa algo con que afeitarme. Rod había dejado una maquinilla en el botiquín, escondida detrás de una caja de tiritas vacía. Era una Gillete obsoleta, y hacía al menos un año que no la utilizaban y mucho más que no la limpiaban. Tenía puesta una vieja cuchilla, a la que había adheridos algunos pelos de la última vez que Rod se había afeitado con ella. La puse bajo el chorro del grifo, pero era como intentar limpiar los establos de Augias con la escoba de un niño.

Decidí llamar a Ruth y pedirle que trajera algunas cosas: pasta dentífrica, un cepillo de dientes y lo necesario para afeitarme. Busqué Hightower en la guía telefónica de Manhattan y descubrí que se trataba de un apellido mucho más común de lo que hubiera imaginado; además, ninguno de los Hightower que encontré se llamaba Ruth o vivía en Bank Street. Llamé a información y una operadora con acento latinoamericano me aseguró que no había ningún abonado con aquel nombre o que viviera en aquella calle. Al colgar el auricular me dije que no tenía motivos para poner en tela de juicio la fiabilidad de la operadora sólo porque me hubiera parecido que el inglés era su segunda lengua. No obstante, volví a marcar el 411 e hice las mismas preguntas a otra operadora. Su acento era dulce y melodioso, pero no tuvo mejor suerte buscando el número de Ruth.

Llegué a la conclusión de que su número no figuraba en la guía. Ella no era actriz, así que ¿por qué iba a necesitar que su número telefónico apareciera en el listín?

Encendí el televisor para sentirme acompañado, puse al fuego una cafetera, regresé al salón y miré el teléfono durante un rato. Decidí marcar el número de mi apartamento para comprobar si había algún policía en aquel momento. Cogí el auricular y lo colgué de inmediato: no estaba seguro de mi número telefónico. Me sorprendió, ya que, aunque nunca llames a tu casa, tienes que saberlo para dárselo a otras personas. Supongo que en mi caso esta circunstancia no se da con frecuencia. Así pues, lo busqué en la guía, y me alegro de poder decir que lo reconocí nada más verlo. Marqué y, como no respondió nadie —lo cual era previsible—, volví a colgar el auricular.

Cuando iba por mi segunda taza de café, oí unos pasos que subían por las escaleras y se acercaban a la puerta. Era ella. Llamó, pero dejé que utilizara su llave. Cuando entró, radiante, llena de vitalidad y cargando una pequeña bolsa de ultramarinos, anunció que traía huevos y tocino.

—Veo que has preparado café —añadió—. Estupendo. Aquí tienes el *Times* de esta mañana, aunque no hay nada interesante.

—Lo suponía.

—Podría haber comprado el *Daily News*, pero nunca lo hago. Siempre pienso que si ha ocurrido algo realmente importante, el *Times* hablará de ello. ¿Es esta la única sartén que tiene Rod?

—Sí, a menos que se haya llevado las demás de gira.

—Desde luego no parece que sea un amante del hogar. En fin, tendremos que arreglárnoslas con lo que haya. No estoy acostumbrada a esconder fugitivos, pero haré todo lo posible para que te sientas bien. Por cierto, eso sería dar cobijo a un fugitivo, ¿no?

—Se dice «cómplice encubridor de un delito de homicidio» —puntualicé.

—Parece serio.

—Lo es.

—Bernie...

La cogí por el brazo.

—He estado pensando en esto, Ruth. Tal vez deberías dejar este asunto.

—No digas tonterías.

—Podrías acabar metiéndote en un buen lío.

—Eso es imposible —replicó ella—. Eres inocente, ¿no?

—La policía no piensa lo mismo.

—Cambiaré de opinión cuando encontremos al verdadero asesino. Vamos, Bernie, ámate. He visto todos los clásicos, ¿recuerdas? Sé que los buenos siempre sobreviven. Y nosotros somos los buenos, ¿no es así?

—Me gustaría pensar que así es.

—Entonces no tenemos por qué preocuparnos. Ahora dime cómo te gustan los huevos y lárgate de aquí. En esta cocina no hay sitio más que para mí y las cucarachas. ¿Qué estás haciendo, Bernie...?

—Besándote el cuello.

—Bueno, supongo que no hay nada de malo en ello. En realidad, podrías seguir haciéndolo si quieres... Es muy agradable, Bernie. Incluso podría llegar a gustarme...

Nos estábamos comiendo los huevos cuando sonó el teléfono. El servicio de contestadores automáticos estaba atento y atendió la llamada cuando sonaba por cuarta vez.

Aquello me trajo algo a la memoria.

—He intentado llamarte antes —dije—, pero tu número no figura en la guía, a menos que esté bajo el nombre de tu marido o algo así.

—Es cierto, no está en la guía. ¿Qué querías?

—Afeitarme.

—Ya me he dado cuenta, aunque no me desagrada. De todos modos comprendo que quieras afeitarte.

Le conté que no tenía crema de afeitar y el estado en que se encontraba la maquinilla de Rod.

—Creí que podrías comprarlo al venir.

—Voy ahora mismo. No me cuesta nada.

—Si hubiera tenido tu número, podrías haberte ahorrado el viaje.

—No te preocupes. No me importa —insistió—. ¿Necesitas algo más?

Se me ocurrieron varias cosas y ella hizo una lista. Saqué un billete de diez de mi cartera y le obligué a que lo cogiera.

—No hay prisa, de veras —dije.

—Prefiero ir ahora. Bernie, estaba pensando que... tal vez no sea buena idea llamar por teléfono.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿no crees que la gente del servicio de contestadores puede saber si el teléfono está descolgado o si estás hablando con otra persona? Quizá incluso puedan escuchar la conversación.

—No lo sé. Nunca he sabido cómo funcionan estas cosas.

—Además, saben que Rod no está en la ciudad, y si se enteraran de que hay una persona en su casa...

—Ruth, normalmente dejan que el teléfono suene veinte veces antes de contestar. Son así de eficientes. Sólo prestan atención a la línea de un abonado cuando está sonando, e incluso entonces su atención deja bastante que desear.

—Pero la última vez que sonó lo cogieron de inmediato.

—Una casualidad... ¿Realmente crees que supone un riesgo llamar por teléfono?

—Bueno...

—Es imposible.

Sin embargo, cuando ella se marchó, me quedé de pie al lado del teléfono mirándolo fijamente como si fuera una amenaza en potencia. Descolgué el auricular y empecé a marcar el número de mi apartamento, pero antes de acabar colgué.

Luego fregué los platos del desayuno y leí el periódico. Lo único que decía el *Times* acerca de mí era que todavía no había sido detenido, nada nuevo.

Como esta vez no me molesté en cerrar con llave, fui a abrir la puerta cuando ella llamó. Me dio una bolsa de papel en la que había una maquinilla, una caja de cuchillas, crema de afeitar, un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica. También me devolvió los cuarenta y siete centavos que habían sobrado de mi billete de diez dólares. De vez en cuando sucede algo sorprendente que demuestra que todo lo que se dice sobre la inflación no está injustificado.

—Voy a salir unos minutos —dijo Ruth—. Puedes afeitarte mientras tanto.

—Pero si acabas de llegar.

—Lo sé. Quiero ir a la biblioteca y consultar el índice del *Times*. Ya hablamos de

esto anoche. No sé de qué otra manera averiguaremos algo acerca de Flaxford si no localizo a su exesposa y hablo con ella.

—No creo que merezca la pena molestarse.

—¿Por ir al *Times*? Pero si está en la Cuarenta y dos con la Quinta...

—Ya sé dónde está el *Times*. Me refiero a lo de su exesposa.

—Bueno, en realidad es posible que no sea ninguna molestia. Bernie, ¿no van las exesposas a las honras fúnebres de sus exmaridos? Porque es allí adonde voy a ir esta tarde. A las dos y media se celebran las honras fúnebres de Flaxford. ¿Qué diferencia hay entre unas honras fúnebres y un funeral?

—No lo sé.

—Creo que depende de si el servicio es de cuerpo presente o no. Quizá la policía retenga el cadáver para hacerle una autopsia o algo así. Quién sabe, tal vez no estén seguros de si está realmente muerto...

—Ya han establecido la causa y la hora de su muerte.

—Bueno, en ese caso quizá no quieran soltarlo o haya que enviarlo a alguna parte. ¿Qué importa? No se puede celebrar un funeral sin el muerto, ¿verdad?

—Pregúntaselo a Tom Sawyer.

—Muy gracioso. ¿Y si voy al bar... La caja de Pandora?

—Se llama Pandora a secas. ¿Para qué quieres ir allí?

—No lo sé, maldita sea. Por la misma razón por la que voy a ir a las honras fúnebres, supongo. Por si diera con ese tipo.

—No sé por qué habría de ir a las honras fúnebres.

Se encogió de hombros.

—Yo tampoco, pero si conocía a Flaxford por cuestiones de negocios, es posible que tenga que ir. Y si no acude a las honras fúnebres, puede que esté ahogando sus penas en el Pandora. Todo es posible, ¿no te parece?

Luego pasó a exponer las razones por las que pensaba que el Pandora podía ser un lugar frecuentado por nuestro amigo, razones muy parecidas a las que me habían impulsado a entrar en él para tomar una cerveza aquella madrugada. Tanto si se encontraba en el bar como en la capilla, Ruth estaba convencida de que lo reconocería gracias a mi descripción.

Nos quedamos sentados hablando de esto y de otras cosas durante una hora, hasta que finalmente decidió que había llegado el momento de actuar. En varias ocasiones estuve a punto de mencionarle que había ido al Pandora hacía unas horas, pero sin saber por qué, no me decidí a hacerlo.

En cuanto salió, el día se oscureció. Ella estaba en la calle tratando de ayudarme, y todo lo que yo podía hacer era esperar sentado y matar el tiempo. Llegué a la conclusión de que debería haberme puesto la peluca y la gorra y haberla seguido,

pero luego pensé que seguramente la policía habría apostado a un agente de servicio en la capilla por una cuestión de rutina. Me pregunté si Ruth sería consciente de ello y si lograría pasar inadvertida para evitar que la siguieran cuando se marchara.

Cuando no tienes nada mejor por lo que preocuparte, te las arreglas con lo que tienes. Así pues, decidí que debía prevenirla, pero no podía llamarla porque no tenía su número telefónico y además había ido directamente a la biblioteca. Podía telefonar a la biblioteca y pedir que la avisaran, por supuesto, aunque no tenía la menor idea de si solían hacerlo. Pensé en decir que se trataba de un caso de vida o muerte... pero de inmediato deseché la idea, ya que lo único que conseguiría con ello sería llamar la atención. Lo que podía hacer era ponerme la peluca y la gorra e ir personalmente a la biblioteca, aunque con toda seguridad encontraría a Ruth en una sala en la que habría algún policía. Cuando ella pronunciara mi nombre, se me caería la peluca y la gorra, todo habría acabado.

Así pues, lo que hice fue ir al cuarto de baño y afeitarme. Me tomé todo el tiempo posible. En primer lugar me enjaboné y aclaré la cara cuatro o cinco veces y luego me afeité con mucho cuidado y prudencia. Hacía años que no acababa algo de forma tan apurada —a menos que no tengamos en cuenta mi salida del apartamento de Flaxford—. Me dejé el bigote sin afeitar, pensando que tal vez podría convertirse en una parte útil de mi disfraz y que seguramente quedaría de maravilla con la peluca y la gorra.

A continuación saqué la gorra y la peluca del armario, me las puse y contemplé ante el espejo la sombra oscura que tenía debajo de la nariz; volví a meter la peluca y la gorra en el armario, me apliqué crema de afeitar y borré de mi cara el frustrado bigote.

Y así fue como acabó el asunto. Me había afeitado de la manera más meticulosa posible, y lo único que podía hacer para invertir más tiempo en aquella actividad era raparme la cabeza. Una muestra del estado mental en que me encontraba es que incluso llegué a plantearme esta posibilidad, con el pretexto de que la peluca se ajustaría mejor a mi cabeza.

En una ocasión marqué nuevamente el número de mi piso por puro aburrimiento. Escuché la señal de ocupado, lo cual me asustó hasta que comprendí que aquello no significaba necesariamente que mi teléfono estuviese descolgado. Quizá las líneas estaban saturadas —ocurre con frecuencia—, o alguien había telefonado a mi casa en aquel momento y le habían pasado la llamada antes que a mí. Volví a intentarlo unos minutos más tarde y el teléfono sonó, pero no contestó nadie.

Encendí el televisor y empecé a cambiar de canales. En la WOR estaba repitiendo unos capítulos de *Highway Patrol*, así que me acomodé y vi cómo Broderick Crawford se las hacía pasar canutas a los demás.

Saqué mi juego de llaves y ganzúas y las sopesé mientras me planteaba la posibilidad de hacer una visita a los demás pisos del edificio: «Sólo para mantenerme

en forma», pensé. Podía mirar los timbres de abajo, apuntar los nombres, buscarlos en la guía, telefonar para saber quién estaba en casa y luego abrir algunas puertas para ver qué encontraba, quizá algo de ropa o comida de gato para *Ester y Mordecai*.

En realidad, no llegué a plantearme seriamente esta locura, pero necesitaba cosas en que pensar.

Sumido en tales pensamientos, me quedé adormilado frente al televisor, y mis anodinos sueños sustituyeron la no menos aburrida película. No recuerdo exactamente cuánto tiempo permanecí dormido. Tampoco estoy seguro de por qué me desperté, quizá fue un simple ruido en el exterior; sin embargo, sospecho que debí de oír y reconocer inconscientemente aquella voz.

En cualquier caso, lo cierto es que abrí los ojos y me quedé perplejo. Luego parpadeé furiosamente y fijé la mirada.

Ruth volvió pasadas las cinco. Para entonces yo ya había recorrido kilómetros sobre la alfombra, caminando de un lado a otro y lanzándome de tanto en tanto sobre el teléfono para luego alejarme de él sin haber descolgado el auricular. A las cinco en punto la televisión emitió las noticias, pero estaba demasiado nervioso y apenas pude prestar atención a lo que decía un tipo sonriente, que hablaba sobre algo horrible que acababa de suceder en Marruecos o quizá en el Líbano.

Entonces oí los pasos de Ruth en las escaleras y abrí la puerta antes de que ella metiera la llave en la cerradura. Irrumpió en el apartamento y se volvió para cerrar la puerta con llave, al tiempo que de su boca empezaba a brotar un torrente de palabras. Al parecer, tenía infinidad de cosas que contarme sobre el estado del tiempo, los servicios de la biblioteca pública y las honras fúnebres por J. Francis Flaxford, pero teniendo en cuenta la atención que yo era capaz de prestarle en aquel momento, podía haber hablado en el idioma que hablen en Marruecos o en el Líbano.

La interrumpí en medio de una frase.

—¿Estaba allí nuestro amigo? —pregunté.

—No, creo que no. Ni en el oficio ni en el Pandora. Por cierto, es un bar asqueroso.

—Así que no le has visto.

—No, pero...

—Pues yo sí.

—¡Es un actor!

—Un actor —repetí—. He estado dormido durante la mayor parte de la película. He visto esa escena por casualidad. Pero allí estaba, mirando hacia el asiento trasero del taxi y preguntando a James Garner dónde quería ir: «¿Adónde, amigo?». Creo que me desperté justo cuando decía esa frase, esas dos palabritas...

—¿Y le reconociste al instante?

—No tengo la menor duda. Es el mismo hombre. La película fue rodada hace quince años y él ya no es tan joven como antes, aunque ¿hay alguien que lo siga siendo? Pero tiene la misma cara, la misma voz, el mismo físico... Ha engordado unos kilos desde entonces, pero ¿quién no lo ha hecho? Sí, es él... Lo reconocerías si lo vieras, como actor, quiero decir. Debo de haberle visto en cientos de películas y series de televisión, haciendo de taxista, cajero de banco o matón de tres al cuarto.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién sabe? Las trivialidades no se me dan nada bien. Lo malo es que no han puesto los títulos de crédito al acabar la película. He estado ahí sentado, esperando, pero Garner no ha vuelto a coger el mismo taxi, aunque tampoco esperaba que lo hiciera. En cuanto a los títulos de crédito, supongo que la televisión suele cortarlos, y al principio nunca salen, ¿verdad?

—Creo que no. ¿Insinúas que podrían incluir su nombre? Pero si sólo dice «¿Adónde, amigo?».

—Bueno, decía más frases, quizá media docena. Ya sabes, hablaba del tiempo, el tráfico... lo que suele decir el típico taxista de Nueva York. ¿Alguna vez te ha preguntado un taxista «¿Adónde, amigo?»?

—No, aunque no hay muchas personas que me llaman «amigo». Es curioso: decías que te resultaba familiar y no conseguías recordar dónde le habías visto antes...

—Le había visto en la maldita pantalla miles de veces. Por eso su voz también me resultaba familiar. —Fruncí el entrecejo—. Y por eso le he reconocido, Ruth. Lo que no entiendo es cómo me reconoció él a mí. Yo no soy actor, a menos que estemos dispuestos a afirmar que el mundo entero es un teatro. ¿Cómo puede un actor saber que Bernie Rhodenbarr es un ladrón de casas?

—No lo sé. Quizá...

—Rodney...

—¿Qué?

—Rodney es actor.

—¿Y bien...?

—Los actores se conocen los unos a los otros, ¿no?

—La verdad es que no lo sé. Supongo que algunos se conocerán. ¿Se conocen los ladrones los unos a los otros?

—Eso es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Nuestro trabajo es solitario. Actuar supone estar con mucha gente sobre un escenario o delante de una cámara. Los actores trabajan conjuntamente. Quizá Rodney haya trabajado con él.

—Sí, es posible.

—Y Rodney me conoce... de las partidas de póquer.

—Pero él no sabe que tú eres un ladrón.

—Bueno, al menos eso creía, pero quizá estaba equivocado...

—Un momento, un momento... No vayas tan deprisa. Si no me equivoco, sospechas que Rodney se enteró por casualidad de que tú eres un ladrón y se lo dijo a nuestro actor, quien decidió que serías la persona ideal para cargar con el asesinato. Finalmente, para redondear el asunto, fuiste del lugar del crimen al apartamento de Rodney.

—Podría ser...

—No está mal, ¿eh?

—Verás, Ruth, hay que reconocer que no es fácil tragarse esa historia —admití—. De todas formas en este asunto aparecen actores por todas partes.

—Sólo hay dos —puntualizó ella—, y sólo uno aparece por todas partes.

—Flaxford estaba relacionado con el mundo del teatro. Tal vez esta sea la relación existente entre él y el actor que me ha metido en este lío. Él era director, y quizá tuvo un altercado con ese actor...

—Que entonces decidió matarle y tender una trampa a un ladrón para que cargara con el muerto.

—Oh, vamos, te dedicas a rechazar todas las posibilidades.

—Bernie, creo que deberíamos centrarnos en lo que sabemos. No importa cómo te encontró ese hombre, al menos por ahora. Lo que importa es cómo vamos a encontrarle nosotros. ¿Te has fijado en el título de la película?

—*El hombre de en medio*. Va sobre la adquisición de una empresa y no sobre un *ménage à trois* de homosexuales, como quizá hayas imaginado. Los protagonistas son James Garner y Shan Willson; conozco a otros dos o tres actores, pero ninguno de ellos es nuestro amigo. Es de 1962 y el ingenioso crítico cinematográfico del *Times* opina que el argumento es predecible y las interpretaciones resultan garbosas, una palabra, por cierto, que ya no se oye mucho.

—Por suerte...

—Supongo que tienes razón —convine. Cogió la guía y le dije que lo que necesitaba eran las páginas amarillas. Luego sugerí—: Podemos llamar a uno de esos

videoclubes y preguntar si tienen una copia de la película, aunque ahora estará todo cerrado, ¿no?

Me lanzó una mirada de extrañeza y me preguntó en qué cadena habían puesto la película.

—En Channel 9.

—Es de la WPIX, ¿no?

—De la WOR.

—Exacto. —Cerró la guía y marcó el número—. No estarías diciendo en serio lo de alquilar la película para ver quién sale, ¿verdad?

—Bueno, en cierto modo...

—Seguro que hay alguien en la cadena que tiene una lista del reparto. Deben de recibir esta clase de llamadas continuamente.

—Sí, claro...

—¿Queda algo de café, Bernie?

—Voy por él.

Fue necesario hacer más de una llamada. Sin duda, los de la WOR estaban acostumbrados a recibir llamadas estúpidas de aficionados al cine, y como estos constituían la mayor parte de su audiencia, estaban preparados para atenderles. Sin embargo, la lista del reparto que acompañaba a la película incluía sólo a los protagonistas. «El típico taxista de Nueva York», con su media docena de frases, no figuraba entre ellos.

No obstante, Ruth esperó durante un buen rato al teléfono, ya que la persona con que estaba hablando creía que uno de sus compañeros sabría sin duda quién interpretaba al taxista en *El hombre de en medio*. El compañero en cuestión era una especie de enciclopedia del cine, pero había salido por un bocadillo y, por supuesto, Ruth no quería darle el número para que llamara cuando regresara, de modo que tuvo que esperar. Cuando por fin se puso al teléfono, aseguró que no se acordaba de quién interpretaba al taxista, aunque sí de una parte de la película que tenía lugar en un taxi. Ruth trató de describir al hombre con forma de pera, lo cual me pareció un tanto osado por su parte, ya que no le había visto jamás, ni en el cine ni en la realidad. Aun así, repitió mi descripción con bastante exactitud, continuó la conversación durante un rato, le dio las gracias y colgó.

—Dice que sabe exactamente a quién me refiero —me informó—, pero que no se acuerda de cómo se llama.

—Magnífico.

—De todos modos ha averiguado que la película es una producción de la Paramount.

—¿Y qué?

Información de Los Ángeles nos dio el número de Paramount Pictures. Allí era tres horas menos, de modo que la gente todavía estaba en la oficina, salvo aquellos que aún no habían vuelto de comer. Tras varios intentos, Ruth encontró a una persona que le dijo que la lista del reparto de una película de hacía más de diez años se encontraría en los archivos inactivos. Así pues, Paramount la remitió a la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas. Información de Los Ángeles le facilitó el número y Ruth hizo la llamada. Una persona de la Academia confirmó que la información se encontraba en los archivos y que estos estaban a su disposición si quería consultarlos personalmente —en otras circunstancias quizá nos hubiéramos planteado emprender un «pequeño» viaje de cinco mil kilómetros—. La verdad es que no le dieron muchas facilidades hasta que mencionó que era la secretaria de David Merrick. Creo que fue el nombre adecuado para las circunstancias.

—Lo están buscando —me dijo, tapando el auricular con la mano.

—Creí que nunca mentías.

—De vez en cuando se me escapa alguna inexactitud.

—¿En qué se distingue eso de una mentira?

—Hay una sutil diferencia...

Cuando se disponía a añadir un comentario a su respuesta, una persona empezó a hablar desde el otro lado del continente. Ella asintió varias veces y garrapateó frenéticamente unas palabras en la tapa de la guía telefónica. Luego expresó el agradecimiento del señor Merrick y colgó el auricular.

Entonces me preguntó:

—¿Qué taxista era?

—¿Qué?

—Hay dos taxistas en la lista del reparto. Uno se llama «Taxista» y el otro «Segundo Taxista». —Miró las notas que había tomado y añadió—: Paul Couhig es el «Taxista» y Wesley Brill es el «Segundo Taxista». ¿Quién crees que puede ser nuestro hombre?

—Wesley Brill.

—¿Te suena el nombre?

—No, pero es el último taxista que aparece en la película. Eso le convierte en el segundo, no en el primero, ¿no crees?

—A menos que estuviera haciendo un bis cuando le viste.

Cogí la guía. No había ningún Couhig en Manhattan, se llamara Paul o de cualquier otra manera. En cambio, había muchos Brill, pero ninguno que tuviera Wesley de nombre de pila.

—Tal vez sea un nombre artístico —sugirió ella.

—¿Crees que un actor secundario como él se molestaría en adoptar un nombre artístico?

—Nadie empieza una carrera de actor con idea de ser secundario. Además, es posible que supiera que había otro actor que tenía su verdadero nombre y tuviese que buscar otro.

—O que su nombre no esté en la guía o que viva en Queens...

—Estamos perdiendo el tiempo. —Volvió a descolgar el auricular—. En la AAC tendrán la dirección de Couhig y Brill.

Pidió a la operadora de información el número de la Asociación de Actores de Cine, lo cual evitó que tuviera que preguntar a Ruth qué era la AAC. Luego marcó otros diez números y preguntó a alguien cómo podía ponerse en contacto con nuestros dos queridos actores. En aquella ocasión no se molestó en hacerse pasar por la secretaria de David Merrick. Evidentemente no era necesario. Esperó unos minutos y dibujó unos círculos en el aire con el bolígrafo. Le devolví la guía y volvió a escribir unos garabatos en la tapa.

—Es Brill —dijo—. Tenías razón.

—No me digas que te lo han descrito.

—Tiene un agente en Nueva York. Me han dado los nombres y números telefónicos de los agentes. A Couhig lo representa la agencia William Morris, que está en la costa Oeste. El agente de Brill se llama Peter Alan Martin.

—¿Y Martin vive aquí, en Nueva York?

—Sí. Tiene un número de teléfono de Oregon 5.

—Supongo que los actores suelen vivir en la misma costa que sus agentes.

—Parece lógico —convino ella. Empezó a marcar, esperó unos minutos, lanzó un resoplido de irritación y colgó—. Ha salido para todo el día —dijo—. Era un contestador. No soporto esos dichosos cacharros.

—Son horrorosos.

—Si mi agente tuviera un contestador en lugar de una secretaria, me buscaría otro.

—No sabía que tuvieras agente.

Se ruborizó.

—Tengo hambre...

—Aún quedan unos huevos en el frigorífico.

—Bernie... ahora no.

—Está bien. —Volví a consultar la guía. No encontré ningún Wesley Brill, pero sí algunos «Brill, W.». Los dos primeros contestaron y nos informaron de que allí no vivía ningún Wesley. Él tercero no respondió, pero se trataba de un número de Harlem y parecía poco probable que viviera allá.

—Tal vez su número no figure en la guía —sugirió Ruth—. Nos lo dirán en información.

—¿Un actor sin número telefónico en la guía? En fin, siempre existe la

posibilidad. De todos modos, aunque así fuera, ¿de qué nos serviría?

—Supongo que de nada.

—Entonces no merece la pena intentarlo.

—Tienes razón.

—Ya sabemos quién es —añadí—. Eso es lo que importa. Por la mañana podemos llamar a su agente y averiguar dónde vive. Lo fundamental es que ya tenemos por dónde empezar. Si la policía apareciera dentro de una hora, la situación sería diferente. Ya no estaría con las manos vacías, tendría algo más que una descabellada historia acerca de un hombre gordo de hombros redondeados y ojos castaños: tendría un nombre que añadir a la descripción.

—¿Y qué ocurriría?

—Me encerrarían en una celda y tirarían la llave al fondo del mar —respondí—. Pero nadie irrumpirá en el apartamento. No hay de qué preocuparse, Ruth.

Se acercó a una tienda de ultramarinos que había a la vuelta de la esquina y compró unos bocadillos y unas cervezas, luego fue a la licorería por una botella de Teacher's. Le había pedido que la comprara, pero para cuando volvió a casa, yo había decidido que no bebería. Sólo tomé una cerveza para cenar.

A continuación nos sentamos en el sofá y tomamos un café. Ella se echó un poco de whisky en el suyo. Me pidió que le enseñara mis herramientas de ladrón y, cuando lo hice, me preguntó el nombre y la función de cada una.

—Es ilegal tener estas cosas, ¿verdad? —comentó.

—Puedes ir a la cárcel por ello.

—¿Cuáles usaste para abrir las cerraduras de este piso? —Se las mostré y le expliqué cómo se hacía—. Me parece extraordinario —comentó y un delicioso temblor atravesó su cuerpo.

—¿Quién te enseñó a usarlas?

—Aprendí solo.

—¿En serio?

—Más o menos. Cuando empezó a gustarme el oficio, me agencié varios libros sobre cerrajería y luego estudié un cursillo por correspondencia que organizaba una empresa de Ohio. Me pregunto si se matriculará en esos cursos alguien que no sea ladrón. Conocí a un tipo en la cárcel que había estudiado un cursillo organizado por una universidad a distancia; todos los meses le mandaban por correo una cerradura diferente junto con las instrucciones necesarias para abrirla. El tipo se sentaba en su celda y pasaba horas practicando con las cerraduras.

—¿Y las autoridades de la cárcel se lo permitían?

—Bueno, en realidad estaba aprendiendo un oficio. En teoría el estado debe fomentar esa clase de actividades en la cárcel. Él estaba aprendiendo a robar, desde

luego, lo cual le suponía dar un paso enorme, ya que así podría dejar de asaltar gasolineras, que era el campo al que se había dedicado hasta aquel momento.

—Supongo que debe de ser más rentable.

—Por lo general sí, aunque el factor más importante para él era la violencia. Verás, el problema no era que hubiera disparado a alguien, sino al revés, que alguien le había disparado a él en una ocasión. De ahí que llegara a la conclusión de que robar era una actividad mucho más segura.

—Así que sin salir de la cárcel se convirtió en todo un experto.

Me encogí de hombros.

—Digamos simplemente que estudió un cursillo. No sé si llegó a convertirse en experto o no. A una persona sólo se le pueden enseñar ciertas cosas, sea por correo o personalmente. El resto tiene que salir de su interior.

—¿De sus manos?

—De sus manos y de su corazón. —Me di cuenta de que me había sonrojado al decir aquella frase—. No te engaño, Ruth. Recuerdo que cuando tenía doce años aprendí yo solo a abrir la puerta del cuarto de baño de mi casa. Se podía cerrar desde dentro apretando un botón que había en el tirador; de ese modo, la puerta sólo se podía abrir desde dentro pero no desde fuera. Con ello conseguías que nadie entrara en el cuarto de baño, la típica cerradura para preservar la intimidad. Claro que también se podía apretar el botón de dentro, cerrar la puerta por fuera y quedarte sin poder entrar.

—Continúa.

—En cierta ocasión mi hermana hizo algo así, con la salvedad de que no se quedó fuera, sino dentro, y lo único que se le ocurrió fue sentarse y echarse a llorar porque no podía girar el tirador. Mi madre llamó a los bomberos, desmontaron la cerradura y la rescataron...

—Cualquier otro niño que hubiera tenido esa experiencia habría decidido ser bombero de mayor. Tú en cambio decidiste ser ladrón de casas.

—Lo único que decidí fue que quería saber cómo se abría la maldita cerradura. Cogí un destornillador e intenté apalancar el pestillo y meterlo en la cerradura con la punta, pero no tenía la flexibilidad necesaria. Luego estuve a punto de conseguirlo con un cuchillo de mesa. Entonces se me ocurrió usar uno de esos calendarios de plástico que los agentes de seguros regalan y tú te guardas en la cartera... Sabes a cuáles me refiero, ¿no? Pues bien, funcionó. Me las ingenié para tarjetear el pestillo sin haber oído hablar del principio en que se basan las cerraduras.

—¿Tarjetear?

—Viene de tarjeta. Siempre que te encuentres con una cerradura que se cierra echando el pestillo, se trata de una cerradura que puedes tarjetear. Resultará más o menos difícil dependiendo de cómo ajusten la puerta y la jamba, pero nunca será

imposible.

—Es fascinante —dijo y su cuerpo volvió a estremecerse con el mismo delicioso temblor de antes. Seguí hablando de mis primeras experiencias con las cerraduras y de la emoción que siempre me embargaba cuando abría una; ella parecía tan ansiosa por oír todo aquello como yo por contarlo. Le hablé de la primera vez que me había colado en el piso de un vecino, había cogido unos fiambres del frigorífico y pan de la cesta, me había preparado un bocadillo y, después de comerlo, me había largado dejándolo todo tal como lo había encontrado.

—Lo que a ti te gustaba realmente era abrir cerraduras —concluyó Ruth.

—Abrir cerraduras y entrar en las casas.

—Lo de robar vino más tarde.

—Si no tenemos en cuenta lo que te he contado. De todos modos no tardé mucho tiempo en empezar a robar. Una vez que has entrado en una casa, no cuesta mucho llegar a la conclusión de que lo lógico es irse con más dinero del que llevabas al entrar. Aunque abrir puertas es emocionante, parte de la emoción que comporta procede de las posibles ganancias que hay al otro lado de la puerta.

—¿Y el peligro?

—Supongo que también forma parte de ello.

—Bernie, describe cómo es.

—¿Lo de robar casas?

—Sí. —La expresión de su cara era muy intensa, y había una fina capa de sudor sobre su labio superior. Apoyé una mano en su pierna. Uno de los músculos de su muslo vibró como si fuera la cuerda de una guitarra—. ¿Qué se siente?

Moví la mano de un lado a otro y respondí:

—Una sensación muy agradable.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué se siente al abrir una puerta y entrar en la casa de otra persona?

—Es emocionante.

—Seguro que sí. —Se pasó la lengua por el labio inferior—. ¿Da miedo?

—Un poco.

—Y en esa emoción, ¿no hay un aspecto sexual?

—Depende de con quién te encuentres dentro. —Solté una carcajada—. Disculpa, Ruth, era una broma. Sí, supongo que tienes razón. Simbólicamente resulta de lo más obvio, ¿verdad? —Mientras hablaba, yo no dejaba de gesticular—. Rozar las gachetas correctas, acariciar un par de sitios y luego abrir la puerta suavemente para deslizarte en el interior poco a poco.

—Sí...

—Claro que un ladrón torpe, que utiliza una palanqueta o abre la puerta a patadas, simbolizaría un planteamiento más directo del sexo, ¿no te parece?

—Estás bromeando.

—Sólo un poco.

—Eres el primer ladrón que conozco, Bernie. Tengo curiosidad por saber cómo es.

En aquel momento sus ojos tenían un tono azul y una expresión de absoluta inocencia. Puse un dedo bajo su barbilla, le levanté la cabeza y le di un beso en la punta de la nariz.

—Vas a saberlo muy pronto —le dije.

—¿Qué?

—Dentro de un par de horas —le expliqué—, podrás verlo por ti misma.

Para mí era perfectamente lógico. Era una experta tirando de la lengua a la gente por teléfono, y a la mañana siguiente lograría sonsacar a Peter Alan Martin la dirección de Wesley Brill. Sin embargo, ¿qué motivo había para esperar tanto? ¿Por qué teníamos que correr el riesgo de que el agente informara a Wesley? Y si estaba metido en el ajo, ¿por qué habíamos de permitirle que tomara precauciones?

Además, el despacho de Peter Alan Martin estaba entre la Sexta Avenida y la calle Dieciséis, y si hay algo más sencillo que entrar en un edificio de oficinas después de la hora de cierre, yo ignoro qué puede ser. Por otro lado, saldría del edificio con la dirección de Brill unas horas antes que de la otra manera, y además sin despertar sospechas. En fin, supongo que aquello tenía el mismo aliciente que cualquier otro robo. Nunca se sabe lo que puedes encontrar, y siempre cabe la posibilidad de que sea más de lo que imaginabas en un principio.

—Pero es arriesgado salir a la calle —objetó Ruth—. Podrían verte.

—Me disfrazaré.

Se le iluminó la cara.

—¿Y si conseguimos maquillaje? Tal vez Rod tenga algo en casa. Yo te lo pondré. Podríamos empezar por un bigote falso.

—Te aseguro que el bigote no me favorece. Además, con el maquillaje lo único que se consigue es dar la impresión de que vas maquillado, con lo cual llamas la atención en lugar de pasar inadvertido. Espera un momento...

Fui al armario, cogí la peluca y la gorra, me metí en el cuarto de baño y me miré en el espejo mientras me disfrazaba. Salí y posé para Ruth, que pareció gratamente sorprendida. Me incliné teatralmente y, al hacerlo, la gorra y la peluca cayeron sobre la alfombra. De inmediato, Ruth se echó a reír.

—Vamos, no es para tanto.

—Pero si es para morirse de risa. Un par de horquillas bastarán para asegurarnos de que no vuelva a suceder. Sería una situación bastante violenta si se te cayera el pelo en mitad de la calle.

«Anoche no sucedió nada», pensé, pero no se lo dije. No le había mencionado que había salido a solas y tenía la impresión de que sería inoportuno comentárselo en aquel momento.

Eran aproximadamente las nueve cuando salimos del apartamento. Llevaba mi anilla de herramientas en el bolsillo, así como los guantes de goma y un rollo de cinta adhesiva que había encontrado en el botiquín. No creía que fuera necesario romper alguna ventana, pero la cinta adhesiva es muy útil si tienes que hacerlo y, como no conocía el despacho de Martin, no sabía lo que me esperaba. Ruth había encontrado unas horquillas en su bolso y me había fijado la peluca al pelo. Así pues, podía inclinarme lo que quisiera sin preocuparme por ella. La gorra podía caerse, por supuesto, y Ruth había pensado en sujetarla igualmente a la peluca, pero yo me había negado.

Al salir, le pedí el segundo juego de llaves de Rod, eché el pestillo, el cerrojo y el cilindro y se lo devolví. Ella se quedó mirándolo por un momento y luego lo metió en el bolso.

—¿Y has abierto todo esto sin las llaves? —preguntó.

—Soy un chico con talento.

—Desde luego.

No nos cruzamos con nadie al salir del edificio. En el exterior el aire era fresco y limpio y la temperatura no había subido ni un grado con respecto a la noche anterior. Estaba a punto de comentarlo cuando recordé que ella no sabía que había salido la noche anterior. Ruth dijo que debía de ser agradable salir a la calle después de pasar dos días enjaulado. «Y que lo digas», respondí, y ella comentó que debía de sentirme nervioso al estar en la calle y saber que todos los policías de la ciudad iban tras de mí. Aunque hasta cierto punto era una exageración, le di la razón y añadí que no estaba demasiado nervioso. Ella me cogió del brazo y echamos a andar hacia el noreste.

Con ella me sentía mucho más seguro. Cualquiera que se fijaba en nosotros veía un hombre y una chica cogidos del brazo, y cuando uno ve eso, no se le ocurre preguntarse si tendrá delante a un conocido fugitivo de la justicia. Así pues, estaba mucho más tranquilo que la noche anterior. Creo que al principio ella estaba un poco tensa, pero una vez que dejamos atrás algunas manzanas, se sentía totalmente relajada y dijo que ardía en deseos de entrar en el despacho del agente.

—¿Acaso crees que entraremos juntos, encanto? —pregunté.

—Por supuesto.

—Olvídate de ello. Yo soy el ladrón, ¿recuerdas? Tú eres el confederado leal, así que te quedarás fuera y vigilarás los caballos.

Ella pareció contrariada.

—No es justo. También tengo derecho a divertirme.

—El rango tiene sus privilegios.

—Dos cabezas valen más que una, Bernie, y cuatro manos más que dos. Si registramos los dos el despacho de Martin, todo será más rápido.

Le recordé el viejo refrán que dice que demasiadas cocineras estropean el caldo. Todavía enojada, llegamos a la esquina de la Dieciséis con la Sexta. Averigüé cuál era el edificio de Martin y observé que había una cafetería de la cadena Riker en la esquina de enfrente.

—Espera allí —le dije—. Tómame una taza de café. Seguramente no será el mejor que hayas probado...

—No quiero café.

—Quizá prefieras un bollo...

—No tengo hambre.

—O una pasta de ciruelas pasas. Esa cafetería es famosa por sus pastas de ciruelas pasas.

—¿De veras?

—Y yo qué sé... Puedes hacer señales con el farol por la ventana... Una señal si vienen por tierra y dos si vienen por mar, Ruth Hightower en la otra orilla tiene que estar... —bromeé—. ¿Qué sucede?

—Nada.

—*Dos si vienen por mar* es la obra en que está trabajando Rod. Bueno, yo estaré en la otra orilla y no tardaré mucho. Entrar y salir, rápido como un rayo. Ese es mi sistema.

—Entiendo.

—Pero sólo cuando robo. Te aseguro que no lo aplico a todas las facetas de la vida humana...

Me sentía animado, creo que incluso optimista. Le di un beso de amigo y, tras comprobar que se dirigía a la cafetería, me apresté a librar batalla.

El edificio sólo tenía doce plantas, aunque era tan antiguo que el arquitecto debió de pensar al construirlo que se trataba de un auténtico rascacielos. La casa, que en el pasado había sido blanca, estaba adornada con ornamentos de hierro y cubierta de décadas de mugre. En la actualidad, ya no las construyen así, lo cual es bastante comprensible.

Eché un vistazo al edificio desde la acera de enfrente y no vi nada sospechoso. La mayoría de las oficinas que daban a la calle estaba a oscuras. Sólo estaban encendidas las luces de los abogados y contables que se habían quedado a hacer horas extras y las de las asistentes, que estarían limpiando escritorios, vaciando papeleras y fregando suelos. En el vestíbulo, una sala estrecha con el suelo de mármol, había un hombre negro de pelo canoso y vestido con una librea granate. Estaba sentado detrás de un mostrador leyendo un periódico, que sostenía con los brazos extendidos. Le observé durante unos minutos. Nadie entró en el edificio, aunque un hombre salió del ascensor y se acercó al mostrador. Estuvo unos segundos inclinado sobre él, luego se irguió, siguió andando, salió del edificio y torció hacia el norte por la Sexta Avenida.

Entré sigilosamente en una cabina telefónica que había en la esquina y procuré no prestar atención al olor que despedía. Llamé al despacho de Peter Alan Martin y colgué al oír el contestador. Si lo haces antes de que pasen unos siete segundos, puedes recuperar los diez centavos. Debí de tardar ocho, porque mi moneda fue engullida sin piedad.

Cuando el semáforo cambió de color, crucé la calle. Mientras avanzaba en dirección a la puerta giratoria, el conserje alzó la vista con indiferencia. Le brindé mi habitual sonrisa, cálida pero impersonal, y lancé un vistazo al tablero de información del edificio que había en la pared, mientras mis pies me encaminaban hacia el mostrador. El conserje hizo una señal con la mano para indicarme el libro de registro y el lápiz amarillo con que tenía que firmar. Escribí «T. J. Powell» en la columna de «Nombre»; «Hubbell Corp.» en la de empresa; «441» en la de «Habitación»; y «9.25» en la de «Hora de entrada». Para la atención que me prestó el conserje, podría haber escrito el preámbulo de la Constitución. ¿Qué otra cosa iba a hacer aquel hombre? Al fin y al cabo, era un coleccionista de firmas y poco más; una fuerza disuasoria para la gente que se dejaba disuadir con facilidad. Trabajaba en el vestíbulo de un vulgar edificio de oficinas, cuyos arrendatarios quizá tendrían una facturación anual del treinta por ciento. Las posibilidades de que se dieran casos de espionaje industrial en aquel lugar eran remotas y, con evitar que algún drogadicto robara las máquinas de escribir, aquel viejo justificaba su mísero sueldo.

El ascensor había sido reciclado con torpeza años atrás para que pudiera ser utilizado sin ascensorista. Era una jaula vieja y desvencijada, y le costó bastante

tiempo subir hasta la cuarta planta, que fue donde me apeé. El despacho de Martin estaba en la sexta y, aunque dudaba que mi amigo el conserje decidiera abandonar su periódico para comprobar si había subido a la planta indicada en el registro, cuando eres un profesional sueles hacer las cosas como deben hacerse, tanto si es necesario como si no. Subí las dos plantas restantes por la escalera de incendios —poco menos que impracticable— y encontré el despacho del agente al fondo del pasillo. La luz estaba encendida en sólo dos de las oficinas por las que pasé; una de ellas pertenecía a un censor jurado de cuentas y la otra a una empresa llamada Ideas Ilimitadas. En la del censor de cuentas el silencio era total, mientras que en la de Ideas Ilimitadas había una radio emitiendo música clásica. Con el fondo de lo que probablemente era una pieza de cámara de Vivaldi, una joven con acento del Bronx decía:

—... le dije que tenía mucho que aprender, ¿y sabes qué respondió? No te lo vas a creer...

La puerta de la oficina de Peter Alan Martin era de arce dorado y tenía una hoja de cristal esmerilado de gran tamaño. En este, en letras mayúsculas de color negro, había escrito su nombre y apellido y, debajo, la leyenda: «Representante de talentos». Las letras habían sido escritas hacía tiempo y necesitaban un retoque, aunque estaban en consonancia con el lamentable aspecto del edificio. Sin necesidad de abrir la puerta, comprendí que Martin dejaba mucho que desear como agente y que la carrera de Brill no podía ser muy boyante en aquel momento. Desde el exterior, el edificio conservaba cierto aire de magnificencia decadente, que el interior de aquel despacho en absoluto compartía.

La única cerradura consistía en un pestillo y un cerrojo de seguridad. Martin se había tomado la molestia de echar la llave y correr el cerrojo. No sabía por qué, pues cerrar aquella puerta con llave era como cercar un maizal para impedir la entrada a los cuervos. Cualquiera idiota podía romper el cristal y meter la mano para abrir desde dentro, y yo tenía cinta adhesiva para romperlo sin despertar a los muertos. Unas tiras pegadas de forma entrecruzada sobre la hoja reducirían el estropicio al mínimo.

Sin embargo, romper un cristal es como dejar una tarjeta de visita, sobre todo si lo encuentran con la cinta adhesiva. Como no era mi intención robar, tenía la oportunidad de entrar y salir sin que nadie reparara en mi existencia. Así pues, me tomé el tiempo necesario para abrir la cerradura, —no pasó de unos segundos—. Si descorrer el cerrojo fue fácil, tarjetear el pestillo supuso un trámite. Había más de un centímetro entre la madera de la puerta y la de la jamba, de modo que hasta un niño con un cuchillo para la mantequilla podría haber pasado por allí.

«¿Qué se siente, Bernie?», había preguntado Ruth.

Bueno, no fue emocionante girar el tirador, abrir lentamente la puerta, deslizarme en el interior, volver a cerrar la puerta y echar la llave. Llevaba encima mi pequeña linterna, pero decidí dejarla en el bolsillo y encendí los fluorescentes del techo. Pensé

que los tímidos destellos de mi linterna podrían haber despertado sospechas desde fuera, mientras que de aquel modo, el despacho era uno más de los que tenían la luz encendida y yo otro pobre desgraciado que había tenido que quedarse a trabajar horas extras.

Me moví con rapidez e hice inventario de forma superficial. Había un viejo escritorio de madera, un estenógrafo de acero gris con máquina de escribir, una mesa larga y un par de sillas. Me hice una idea de la distribución del despacho mientras me aseguraba de que no había ningún cadáver escondido, luego me acerqué a la ventana y me asomé. Vi la cafetería, pero no el interior. Me pregunté si Ruth se habría sentado en una de las mesas exteriores y si estaría mirando hacia mi ventana.

Consulté mi reloj. Eran las 9.36.

El despacho de Martin estaba desvencijado y lleno de cosas desordenadas. Una de las paredes estaba cubierta de unas planchas de corcho marrón, pegadas con bastante poca pericia. Sobre estas, había varias fotografías satinadas sujetas con chinchetas y alfileres. La mayor parte de ellas mostraban mujeres, que a su vez mostraban la mayor parte de sí mismas... Imaginé a Peter Alan Martin sentado detrás de su atestado escritorio y mirando fijamente las sonrisas mecánicas de aquellas muchachas. Sentí lástima por él.

En aquel océano de senos y piernas se distinguían algunas fotografías de bustos. También había un par de caras masculinas, pero ninguna de ellas era la que estaba buscando.

Junto al teléfono de teclas que había sobre el escritorio vi una agenda telefónica. La hojeé rápidamente y hallé la tarjeta de Wesley Brill. No me sorprendió, aunque sentí cierta emoción: por fin había dado con lo que estaba buscando. Probé varios bolígrafos de Martin, encontré uno que funcionaba y copié lo siguiente: «Wesley Brill, hotel Cumberland, 326 West 58, 541-7255». No sé por qué apunté su nombre. En realidad, no sé por qué escribí nada, pues lo único que tenía que hacer era memorizar el nombre del hotel, el resto estaría en la guía telefónica.

Segundos más tarde, me puse los guantes de goma y limpié las superficies que recordaba haber tocado, pese a que era improbable que mis huellas hubieran quedado marcadas o que a alguien se le ocurriera buscarlas. A continuación busqué en la agenda el nombre de Flaxford. Puesto que no tenía muchas esperanzas de encontrarlo, no me llevé ninguna sorpresa cuando vi que no estaba.

Había tres viejos archivadores metálicos de color verde en la pared situada frente a la ventana y la pared de corcho. Les eché una ojeada y encontré la carpeta de Brill. Lo único que contenía eran unas fotografías de veinte por veinticinco. Si Martin mantenía alguna clase de correspondencia con Brill, era evidente que, o tiraba las cartas o las guardaba en otra parte.

Sin embargo, lo que me interesaba eran las fotografías, aunque sólo al verlas supe

con seguridad que Wesley Brill era el hombre que me había tendido la trampa para cargar con un asesinato. Hasta aquel momento no había podido disipar todas mis dudas. Las llamadas telefónicas que habíamos hecho sólo nos habían permitido trabajar sobre una especie de vacío; ahora, en cambio, no había lugar a dudas: Brill estaba ante mí en blanco y negro. Eché un vistazo a las fotografías y elegí una composición, media docena de bustos dispuestos para mostrar varias posturas y expresiones faciales. Sabía que no lo echarían en falta; en realidad, ni siquiera habrían echado en falta la carpeta si me la hubiera llevado, y posiblemente tampoco el archivador que la contenía. La doblé y me la metí en el bolsillo.

El escritorio de Martin no estaba cerrado con llave. Lo registré rápida y mecánicamente, pero no encontré nada que añadiera algo nuevo sobre Wesley Brill. En cambio, encontré una botella de whisky medio llena en el cajón de abajo y, a su lado, otra de cuarto de litro sin abrir de ginebra Old Mr. Boston con sabor a menta — dos tentaciones a las que podía resistir fácilmente—. En el amplio cajón del centro hallé un sobre con dinero, ochenta y cinco dólares en billetes de cinco y diez. Cogí uno de cinco y dos de diez para cubrir gastos, puse el resto en su sitio, cerré el cajón, cambié de opinión, volví a abrirlo, recogí el resto del dinero y dejé el sobre vacío en el cajón. Si dejaba alguna prueba de mi presencia, si el desorden que estaba causando llamaba la atención de Martin, pensaría que había sido obra de un manitas que se había largado con el dinero que tenía guardado.

Así pues, ¿por qué estaba borrando las demás huellas de mi visita? Sí... sé que parece incoherente. Está bien, cogí los ochenta y cinco dólares porque nunca me ha parecido ético dejar dinero cuando me lo puedo llevar. Eso es todo.

No obstante, en ningún momento toqué el contenido del cajón superior izquierdo. En él había un pequeño revólver diminuto con el puño nacarado que, por pequeño que fuera, tenía un aspecto realmente amenazador. En un alarde de inteligencia me incliné hacia el escritorio con la intención de oler el cañón, que es lo que se suele hacer en las películas, lo siguiente es decir si el arma ha sido disparada recientemente o no. Pero todo lo que yo pude decir fue que olía a metal, a aceite mineral y a lo que suele oler un viejo cajón de escritorio como aquel, que por cierto me alegré de cerrar en cuanto retiré mi torpe nariz.

Las armas me ponen nervioso, y es realmente sorprendente la de veces que un ladrón de casas se topa con ellas. Sólo me habían apuntado en una ocasión, que ya he mencionado, la de Carter Sandoval. Sin embargo, he encontrado armas en cajones, mesillas de noche y, más de una vez, debajo de una almohada. La gente compra esos odiosos trastos para pegar un tiro a los ladrones o, al menos, eso es lo que piensan, ya que acaban pegándose a sí mismos, sea por accidente o a propósito.

Muchos ladrones roban armas sin dudarlo, bien porque tienen motivos para usarlas o porque es muy fácil sacar cincuenta o cien dólares por uno de esos juguetes

de procedencia desconocida. En cierta ocasión conocí a un ratero, especialista en barrios residenciales, que siempre se llevaba las armas para que el siguiente ladrón que pasara por la casa no corriese el riesgo de recibir un disparo. En efecto, se llevaba todas las armas que encontraba y las tiraba por la alcantarilla más cercana. «Tenemos que mirar los unos por los otros», decía.

Yo nunca he robado un arma y ni me planteé la posibilidad de robar la de Martin. Como ni siquiera me gusta tocar esos malditos trastos, cerré el cajón.

A las 9.57 salí del despacho. El pasillo estaba desierto. Unas débiles notas de Mozart llegaron hasta mí procedentes de la oficina de Ideas Ilimitadas. Perdí un segundo cerrando la puerta con llave, aunque podría no haberlo hecho para que Martin se preguntara si había olvidado echarla. Cualquiera persona que comparta el gusto de Peter Alan Martin por el alcohol probablemente salude el amanecer con un recuerdo bastante borroso del día anterior.

Me permití incluso bajar a pie a la cuarta planta para llamar al ascensor. No había nadie en Hubbell Corp. Bajé al vestíbulo y busqué mi nombre en el libro de registro, desde mi llegada habían entrado tres personas en el edificio, una de ellas ya se había marchado. Escribí «Diez» en la columna de «Hora de salida» y deseé al viejo conserje que pasara una buena noche.

—Todas son iguales —me dijo—. Buenas o malas, para mí son todas iguales.

Ruth se dio cuenta de que había vuelto cuando llegué a la puerta de la cafetería. El establecimiento estaba prácticamente vacío, había un par de taxistas sentados delante de la barra y dos prostitutas en una cabina del fondo. Ruth dejó unas monedas sobre la mesa y se apresuró a reunirse conmigo.

—Empezaba a estar preocupada.

—No había motivo.

—Has tardado mucho.

—Media hora.

—Cuarenta minutos, pero me han parecido horas. ¿Qué ha ocurrido?

Me cogió por el brazo y se lo conté todo mientras andábamos. Me sentía exultante. No había hecho nada del otro mundo, pero me embargaba una gran euforia. Tenía la sensación de que todo empezaba a ir bien, y era una sensación agradable.

—Vive en un hotel de la cincuenta y tantos oeste —le dije—. Está por Columbus Circle, cerca del Coliseo. Por eso su número no figura en la guía. Nunca he oído hablar de él, pero tengo la impresión de que no es de la misma categoría que el Sherry-Nederland. De hecho, creo que nuestro querido señor Brill ha estado pasándolas moradas últimamente. Sin duda su agente es un perdedor. La mayoría de los clientes de Martin son señoritas que quedaron terceras en los concursos de belleza de sus respectivos condados hace ya unos años. Creo que pertenece a la clase de agentes a los que uno llama cuando necesita una chica para que salga de la tarta en

una despedida de solteros. ¿Todavía hacen esas cosas?

—¿A qué te refieres?

—A lo de salir de una tarta.

—Vamos, Bernie, ¿por qué habría de saberlo?

—Ni idea.

—Nunca he hecho nada parecido y jamás he ido a una despedida de soltero.

—En ese caso, no querrías que Martin te representara. Me pregunto por qué será el representante de alguien como Brill, que ha tenido trabajo de sobra durante muchos años. Mira, verás como lo reconoces. —Nos acercamos a una farola y desdoblé la fotografía para que la viera—. Seguro que lo has visto cientos de veces.

—¡Sí! —exclamó ella—. Claro que lo he visto. En el cine y en la tele.

—Exacto.

—Bueno, no recuerdo dónde, pero desde luego me resulta conocido. Casi puedo oír su voz. Trabajaba en... ¿Cómo se llamaba?

—*El hombre de en medio* —sugerí—. Jim Garner, Shan Willson y Will Brill.

—Eso es.

—¿Cómo ha podido caer tan bajo? Tiene dos apellidos, su agente tiene tres nombres de pila, vive en un antro situado frente al Coliseo y se relaciona con delincuentes conocidos. ¿Por qué?

—Es una de las preguntas que podrás hacerle mañana.

—Entre otras...

Seguimos andando en silencio. Al cabo de un rato, ella dijo:

—Entrar en un despacho y no robar nada debe de haber sido una experiencia nueva para ti, Bernie.

—En fin, mi primer delito fue robar un bocadillo. Y a Rod no le he robado nada excepto un poco de whisky escocés y un par de latas de sopa.

—Se diría que estuvieras comenzando una nueva etapa.

—En absoluto. A ese tipo... Martin... también le he robado algo.

—¿Te refieres a la fotografía? No creo que eso cuente.

—Y ochenta y cinco dólares. Eso sí que cuenta. —A continuación le conté lo del dinero que había encontrado en el cajón del escritorio.

—¡Dios mío! —dijo Ruth, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Eres un verdadero ladrón.

—Pues claro. ¿Qué esperabas?

Se encogió de hombros.

—Supongo que soy muy ingenua. Tiendo a olvidar fácilmente a qué te dedicas. Entraste en el despacho de ese hombre y, como había dinero, lo cogiste sin pensarlo dos veces.

Tenía preparada una respuesta ingeniosa, pero decidí no dársela. En lugar de eso, le pregunté:

—¿Te molesta?

—¿Por qué debería molestarme?

—No lo sé.

—Creo que me sorprende.

—Supongo que es comprensible.

—Sí, pero no me molesta.

No hablamos mucho más durante el camino de vuelta. Cuando cruzamos la calle Catorce, le cogí la mano y ella me permitió que siguiera haciéndolo durante el resto del trayecto, hasta que llegamos al edificio de Rod y cogió la llave para abrir la puerta. La llave no entraba bien, por lo que tardó en abrir la puerta tanto como yo de haberlo hecho sin llave. Tras subir tres de los cuatro tramos de escalera, ella se acercó al 4 E e intentó meter una llave en la cerradura.

—No podrás.

—¿Qué...?

—Este no es el piso.

—¿Qué? —repitió.

—Cuarto E. Nosotros vamos al de arriba, ¿recuerdas?

—¡Oh, por Dios! —exclamó ella, ruborizándose—. Creía que estábamos en mi casa. En Bank Street.

—¿Vives en un cuarto piso exterior?

—Bueno, en la cuarta planta, al final de la escalera. Hay cuatro apartamentos por planta; el edificio no es tan pequeño como este. —Volvimos a las escaleras para seguir subiendo—. Por suerte nadie abrió la puerta. Habría sido una situación muy violenta.

—Ya no tienes que preocuparte por ello.

Cuando llegamos a la puerta del apartamento de Rod, ella sacó las llaves, se quedó quieta por un momento y a continuación se volvió y las metió de nuevo en el bolso.

—No sé dónde he puesto las llaves —mintió.

—Ruth, por favor...

—Quiero ver cómo abres la puerta. Puedes hacerlo, ¿no?

—Claro que sí, pero ¿qué sentido tiene?

—Me gustaría ver cómo lo haces.

—Qué tontería —contesté—. ¿Y si viene alguien por casualidad y me ve aquí jugando a cerrajeros? Es un riesgo innecesario. Además, las cerraduras son difíciles de abrir. Bueno, al menos la Medeco. Puede resultar bastante jodido.

—La otra vez lo conseguiste, ¿no?

—Sí, pero...

—Ya he dado de comer a los gatos —dijo y yo me volví y la miré fijamente—. Ya he dado de comer a *Ester* y *Mordecai*.

—Comprendo... —respondí.

—Esta tarde, antes de volver aquí, les dejé un tazón con agua y un montón de comida.

—Me alegro.

—Creo que me excitaría ver cómo abres las cerraduras. Como te he dicho, todo esto me resulta muy sorprendente y... excitante. Creo que ver cómo abres la cerradura... creo que me pondría... cachonda.

Sin perder un solo segundo, saqué la anilla de las ganzúas del bolsillo.

—Supongo que acabo de evidenciar que soy una perversa —comentó. Me rodeó la cintura con un brazo y apretó su excitado cuerpo contra el mío.

—Es posible.

—¿Te molesta?

—Creo que podré soportarlo —respondí. Y me concentré en las cerraduras.

Al cabo de un buen rato, ella comentó:

—Bueno, al parecer tenía razón. Soy mucho más viciosa de lo que pensaba. —Bostezó y se apretó contra mí. Acaricié su cuerpo, memorizando el contorno de su cintura y sus muslos. Mi corazón volvía a latir con normalidad. Permanecí tumbado con los ojos cerrados y escuché el murmullo sordo que producía el tráfico en la calle.

—Bernie... tienes unas manos maravillosas.

—Debería haberme dedicado a la cirugía.

—Oh, haz eso de nuevo, es maravilloso... No me extraña que no haya cerradura que se te resista. No creo que realmente necesites todas esas herramientas. Basta con que acaricies las cerraduras un poco para que se suavicen y se abran al instante.

—Estás chiflada, ¿sabes?

—Sólo un poco, pero tú tienes unas manos maravillosas. Ojalá las mías fueran iguales.

—Tus manos no están nada mal, encanto.

—¿De veras?

Sus manos comenzaron a moverse descendiendo por mi pecho.

—Un momento, Ruth...

—¿Qué ocurre?

—¿Qué cree que está haciendo, señorita?

—¿Tú qué crees?

—Jugando con fuego.

—¿De veras?

La primera vez había sido intensa, incluso un tanto desesperada. Pero esta vez lo hicimos lenta y parsimoniosamente. No había música en la radio, sólo el ruido de la ciudad a nuestros pies; sin embargo, en mi cabeza oía música de jazz, llena de humo, notas de blues y metal sordo. Al final pronuncié su nombre varias veces, cerré los ojos y creí subir al cielo.

Me levanté a primera hora de la mañana. Al principio me sentí mal. El fantasma de un sueño flotaba en algún lugar situado detrás de mis párpados cerrados, y yo quería apresarlo y preguntarle cómo se llamaba. Pero de pronto se había esfumado. Permanecí tumbado por un momento respirando hondo. Entonces me volví y, al verla allí, a mi lado, me sentí agradecido. En un principio no hice más que mirarla y escuchar el ritmo constante de su respiración. Luego se me ocurrió que podía hacer otras cosas y no dudé en hacerlas.

Finalmente nos levantamos, nos turnamos en el cuarto de baño y nos vestimos con la ropa que nos habíamos quitado presurosamente la noche anterior. Ella preparó café y quemó las tostadas, nos sentamos en silencio y desayunamos.

Aquel silencio indicaba que algo no iba del todo bien. El joven compañero de Ray Kirschmann, Loren, se habría golpeado la palma de la mano con la porra y habría hecho algún comentario medio ininteligible sobre vibraciones. Seguramente habría sido una explicación tan válida como cualquier otra. Quizá algo extraño en su forma de ladear la cabeza o en la expresión de su barbilla. No sabía exactamente qué era, pero algo no funcionaba. Así pues, pregunté:

—¿Qué sucede, Ruth?

—Ruth.

—*Dear Ruth*. Es el título de una obra de teatro.

—Baby Ruth —dije yo—. Es una clase de caramelo.

—Ruth, Ruth... dijiste anoche. Y esta mañana también.

—Bueno, tú has dicho: «Sigue, sigue así, joder, que me corro», pero no tenía pensado echártelo en cara durante el desayuno. Si no te gusta tu nombre, ¿por qué no lo cambias?

—Estoy muy contenta con mi nombre.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Mierda... Bernie, si sigues llamándome Ruth, empezaré a llamarte Roger.

—¿Qué?

—Por Roger Armitage.

—Sí, claro —dije y la miré fijamente. Ella hizo un gesto de asentimiento—. Ruth Hightower no es tu verdadero nombre.

—Exacto. —Apartó la vista—. Bueno, tú dijiste que te llamabas Roger y yo sabía que ese no era tu verdadero nombre, por lo que pensé que debíamos empezar en las mismas condiciones. Luego, cuando supe quién eras, creí que lo más sencillo sería

seguir llamándome Ruth. No he encontrado el momento adecuado para decírtelo.

—Hasta ahora.

—Bueno, pensé que si ibas a susurrarme un nombre al oído mientras hacíamos el amor lo mejor sería que lo supieras.

—Creo que puedo entenderlo. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Cómo te llamas? Tómame el tiempo que quieras. Procura que suene bien al susurrarlo a tu oído.

—Eso es una impertinencia.

—¡Maldita sea! Me siento como un verdadero gilipollas susurrándote estupideces al oído. ¿Cómo puedes ahora hablarme de impertinencias? —Me volví para verle los ojos. Estaba a punto de echarse a llorar—. Está bien...

Parpadeó con fuerza, pero las lágrimas no desaparecieron. Volvió a parpadear y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Estoy bien —dijo.

—Pues claro que estás bien.

—Me llamo Ellie.

—¿De Eleanor?

—De Elaine, pero puedes llamarme Ellie.

—Supongo que no te apellidarás Hightower...

—Ellie Christopher.

—Es un bonito nombre.

—Gracias.

—Te sienta bien, aunque Ruth Hightower también me gustaba, así que... Bueno, no sé qué decir. ¿Christopher es tu apellido de casada?

—No. Recuperé mi apellido al divorciarme.

—¿Cómo se llamaba tu marido?

—¿Qué importa?

—No lo sé.

—¿Estás enfadado conmigo, Bernie?

—¿Por qué habría de estarlo?

—No has respondido a mi pregunta.

Seguí sin contestar y terminé mi café. Luego me puse en pie.

—Los dos tenemos cosas que hacer —dije—. Quiero ir a mi apartamento.

—No sé si eso es prudente.

Yo tampoco lo sabía, pero no me apetecía hablar de ello. No creía que la policía tuviera mi apartamento bajo vigilancia, sobre todo después del tiempo que había pasado, y con una llamada telefónica sabría si había alguien allí. Lo cierto es que sólo pensaba en cambiarme de ropa y tenía la sensación de que sería agradable recuperar

mi dinero guardado. La situación no tardaría en resolverse y los cinco mil que tenía escondidos podrían resultar útiles.

—Tú tienes que volver a tu casa, cambiarte de ropa, arreglarte... Y también dar de comer a los gatos.

—Supongo.

—Y vaciarles el cesto, ponerles tierra para sus necesidades y esa clase de cosas... Sacar la basura al incinerador. Las tareas diarias que a todos nos roban tanto tiempo...

—Bernie...

—¿De veras tienes gatos... abisinios? ¿Y se llaman realmente *Ester* y *Ahasuero*?

—Se llaman *Ester* y *Mordecai*.

—Hay muchas cosas que no sé de ti, ¿verdad?

—No tantas como crees... No sé por qué estás tan enfadado.

Yo tampoco lo sabía exactamente, pero la miré indignado.

—No te pases. No soy más que una chica del barrio, que pasó por aquí una mañana para regar las plantas.

—Bueno, no tienes ninguna deuda conmigo.

—Bernie...

—Te veré en el Childs —dije—. Está entre la Octava Avenida y la calle Cincuenta y ocho, a sólo unos números de su hotel. ¿Todavía quieres acompañarme?

—Por supuesto. Me vestiré como anoche acordamos. Nada ha cambiado, Bernie.

Pasé aquello por alto y consulté mi reloj.

—Son las diez y cuarto —dije—. Supongamos que tardamos dos horas en hacer todo lo previsto, más un margen de error... Eso nos lleva a las doce y media. Te veré en el restaurante a esa hora. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

Cogí la peluca y la gorra. Ella se acercó a ayudarme con las horquillas. Quería hacerlo solo, pero me obligué a permanecer inmóvil mientras ella hurgaba alrededor de mi cabeza.

—Si a la una no he llegado —añadí—, es que me han arrestado.

—Eso no tiene gracia.

—Hay muchas cosas que no la tienen. No olvides cerrar con llave. Las calles están llenas de ladrones.

—Bernie...

—Hablo en serio. Es la selva.

—Bernie...

—¿Qué?

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo —respondí, esbozando una sonrisa y luego me marché.

En el taxi que cogí pensé en Ellie (a quien no obstante seguía llamando Ruth) y me pregunté por qué me había enfurecido con ella. Me había contado unas mentiras, ¿y qué? A fin de cuentas, se estaba poniendo en peligro a fin de ayudar a un completo desconocido, que para colmo podía ser un asesino. Confiando en la intuición de la que había alardeado, se había arriesgado por mí. ¿Qué importaba, pues, que hubiera mantenido su nombre en secreto? No parecía más que una juiciosa precaución: si el largo brazo de la ley me daba alcance, yo no podría implicarla, al menos, mientras ignorara su identidad.

Luego, cuando había empezado a surgir la pasión, ella se había sentido incómoda ante el engaño y había decidido revelarme su nombre.

Así pues, ¿qué problema había?

Para empezar, había sido honesto con ella, lo cual era una experiencia nueva para mí. En mis anteriores relaciones, la verdad fundamental siempre había permanecido en secreto. Por muchas cosas que las mujeres supieran de mí —lo que comía para desayunar, lo que llevaba en la cama, cómo me gustaba hacer el amor, si prefería la manteca de cacahuets sin grumos o crujiente—, nunca llegaban a saber a qué me dedicaba. Cuando se abordaba el tema, yo decía que estaba en una época de transición o que el origen de mis ingresos era privado. De vez en cuando, si la relación no tenía posibilidades de ir más allá de la que establecen dos barcos que se cruzan en la noche, inventaba una profesión o un negocio interesante para la ocasión. En determinados momentos había sido ilustrador de revistas, neurocirujano, compositor de música clásica, profesor de educación física, corredor de bolsa y promotor inmobiliario de Arizona.

Siempre me había sentido cómodo interpretando estos papeles, siempre me había dicho que lo hacía porque no podía permitirme el lujo de tener una amiga que supiera la verdad. Pero ahora me preguntaba si esto era realmente cierto. Cuanto más pensaba en aquellas mujeres, más seguro estaba de que habrían reaccionado como Ellie. Robar casas, al fin y al cabo, es la clase de trabajo que la gente tiende a considerar emocionante, pese a las implicaciones morales y, por lo que he podido observar, la mayoría de las mujeres tienen unos códigos morales sumamente adaptables.

He mantenido mi profesión en secreto porque me gusta guardar secretos, porque no me gusta que la gente sepa mucho de mí.

Con Ruth, es decir, con Ellie, no había tenido alternativa, por lo que ella se había acercado mucho al verdadero Bernard Rhodenbarr, que, por primera vez, había descubierto lo que suponía mantener relaciones íntimas con una mujer sin ser tan reservado.

Desde el principio le había susurrado al oído un nombre equivocado. Ahora la

situación había cambiado. Eso era todo. Después de tantos años mintiendo sistemáticamente a las mujeres, me había encontrado con una que había hecho lo propio conmigo, y, al parecer, ello me desagradaba.

Le dije al taxista que me dejara frente a la puerta de servicio que había a la vuelta de la esquina. Le di uno de los suaves billetes de cinco dólares de Peter Alan Martin y siguió su camino. Así son las cosas, un día llegan y otro se van.

Estaba dispuesto a abrir la puerta de servicio a plena luz del día, ya que en realidad resultaba más seguro que intentar entrar en el edificio sin que me viera el conserje. Sin embargo, no tuve que emplear ninguno de mis talentos especiales, ya que cuando llegué estaba abierta de par en par. Dos hombres muy corpulentos estaban pasando por ella acarreando una pequeña espineta. Me mantuve a un lado mientras dejaban el paso libre y se alejaban para cargar el instrumento en una camioneta de media tonelada sin identificación. Pensé que eran transportistas sin licencia o ladrones de pianos, lo cual, tratándose de Nueva York, era perfectamente posible. En cualquier caso, no era de mi incumbencia, de modo que entré en el sótano y subí en ascensor hasta la decimosexta planta sin llamar la atención.

El largo y estrecho pasillo estaba desierto. Lo recorrí a toda prisa hasta llegar a mi propia puerta, saqué mi llavero del bolsillo y, cuando me disponía a permitirme el inusual lujo de abrir una puerta con una llave, tuve la sensación de que había alguien dentro y me maldije por no haber llamado antes. Estuve a punto de tocar el timbre, pero me dije que quien estuviera dentro no se movería o abriría de golpe y me esposaría en un abrir y cerrar de ojos.

Vacilé. Me miré la mano con que sostenía la llave y vi que me temblaban los dedos. Me dije que aquello era una estupidez y mis dedos parecieron reaccionar. Dirigí la mirada a mi cerradura o, para ser más exactos, el lugar donde había estado la última vez que la había visto.

En lugar de mi cilindro Rabson había un agujero redondo. Sobre este seguía en su sitio la cerradura de resorte Yale del propietario, pero mi llave no entraba en ella. Apoyándome en el suelo con una rodilla, le eché un vistazo y observé que se trataba de un modelo diferente. Alrededor se apreciaban las marcas que había hecho alguien al agujerear la puerta para cambiar la antigua cerradura.

Miré por el agujero que había ocupado mi Rabson de sesenta dólares, pero el interior estaba a oscuras, de modo que tuve que dedicarme a la absurda tarea de forzar mi propia cerradura con una ganzúa. Estaba seguro de que había recibido más de un visitante, por lo que imaginaba qué encontraría dentro. De no tener a nadie que pudiese utilizar una ganzúa, la policía podría haber sacado la cerradura con una sierra, pero aun así habría tenido que pedir al administrador que empleara su llave para abrir la otra cerradura. Era evidente que no habrían empleado la fuerza bruta

para abrirla después de haberse tomado la molestia de sacar el Rabson con una sierra. Así pues, alguien había estado allí, lo cual me daba una idea del aspecto que tendría mi piso.

Pese a ello, no estaba preparado para lo que encontré. Entré, cerré la puerta y encendí la luz y, de pronto, creí aparecer en Dresde después del bombardeo. El caos era total, por lo que no entendía por qué el administrador había instalado una nueva cerradura, ya que ningún intruso habría podido dejarlo peor de lo que estaba.

Todas mis pertenencias estaban tiradas en el suelo, en medio del salón. Los cojines de las sillas estaban rasgados y el relleno hecho jirones. Habían vaciado las estanterías y los armarios sin ninguna contemplación. La moqueta que cubría la habitación había sido arrancada en busca de cualquier cosa que hubiera podido esconder debajo.

Siempre he sido un ladrón de guante blanco y he demostrado el respeto más profundo hacia la propiedad ajena, tanto si tenía pensado dejar dicha propiedad o transferirla a mis manos. Aquella absoluta falta de consideración me provocó náuseas. Tenía que sentarme, pero no encontraba dónde. Conseguí poner en pie una silla sin tapizar y me dejé caer sobre ella.

¿Qué sentido tenía todo aquello?

La policía había registrado el piso, por supuesto, aunque sólo fuera para asegurarse de que yo no estaba en él. Quizá había cogido mi libro de direcciones con la esperanza de que les condujera a algún posible socio o amigo personal. Sin embargo, por muy enojados que estuvieran conmigo por haberlos puesto en ridículo, la policía jamás habría declarado una guerra sin cuartel a mi vivienda. Por tanto, aquel estropicio era obra de quien había abierto la puerta por la fuerza.

Pero ¿por qué?

Alguien había pasado por allí en busca de algo. Una pandilla de vándalos adolescentes no habría podido ser más destructiva; además, aquella locura evidenciaba que no se trataba de un sencillo acto de vandalismo. Estaba seguro de que aquellos bastardos habían disfrutado con su trabajo, pero sabía que todos sus esfuerzos iban dirigidos a encontrar algo.

Recorrí las habitaciones tratando de averiguarlo. La pequeña cocina, que ni siquiera en los mejores momentos había llegado a ser mi habitación favorita, había sido saqueada. No había guardado en ella nada más valioso que una lata de raviolis, por lo que no tenía motivos para perder el tiempo buscando allí.

El dormitorio había recibido un trato parecido. Me abrí camino a través del desorden hasta llegar al armario ropero. Había construido un doble fondo justo encima del estante superior, dejando un espacio de metro y medio de ancho, un metro de altura y cuarenta centímetros de fondo, que ni siquiera el arquitecto del edificio hubiera encontrado a menos que supiera qué estaba buscando. Allí guardaba

cualquier cosa que hubiera obtenido durante una noche de compras, y la dejaba allí hasta que llegaba a un acuerdo con un perista. Casi siempre había un buen número de objetos de valor, aunque nunca por mucho tiempo; sin embargo, en aquella ocasión no había nada excepto un pasaporte y la clase de documentos que otras personas guardan en cajas de seguridad, pese a lo cual quise comprobar si la minuciosidad mostrada por mis visitantes les había permitido descubrir mi escondite.

Sin duda habían llegado al armario. Habían arrojado mi ropa sobre la cama, deteniéndose sólo para rasgar el forro de alguna que otra chaqueta. Sin embargo, no habían encontrado mi escondite, lo cual me satisfizo. Lo abrí, soltando el panel de sus ganchos, y encontré mi pasaporte, el diploma del instituto, la fotografía de clase y varios tesoros más. Deseé que hubiera habido una bolsa llena de esmeraldas sólo para mofarme de la ineptitud de aquellos malnacidos.

A continuación regresé al salón y empecé a mirar entre los libros amontonados. Casi todos tenían las tapas destrozadas. Presté a este hecho la menor atención posible y me limité a rebuscar en el montón hasta que di con tres tomos sueltos. Eran una edición del club del libro de *Los cañones de agosto*; el segundo tomo de la edición en tres partes que había publicado Heritage Press de la *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon y una porquería llamada *El encanto de la apicultura*, que había comprado porque el título me había parecido contradictorio. Los tres libros habían vivido tiempos mucho mejores. La tapa del libro sobre apicultura estaba sujeta al texto gracias a un hilo, pero no me importaba. Cargué con los tres volúmenes hasta el dormitorio y los puse encima de la cómoda. Había sitio de sobra, ya que todo lo que había tenido encima antes lo habían arrojado mis visitantes al suelo.

Mi maleta de cuero había sido cosida a puñaladas por un lunático en busca de un compartimento secreto. En el armario había una pequeña maleta de lona, pero era tan ligera que evidentemente no podía esconder nada. Metí en ella mis tres libros y parte de la ropa limpia que había amontonada en la cama y en el suelo del dormitorio. Cogí algo de ropa para cambiarme, calcetines y camisas para unos días, cerré la cremallera de la maleta y me quité la ropa que llevaba. La dejé en el suelo junto con todo lo demás y fui al cuarto de baño para ducharme.

Lo dejé todo perdido por culpa de mis amigos, que habían arrancado la cortina de la ducha y los toalleros. En algunas casas la gente utiliza los toalleros para esconder cosas. No entiendo por qué. Mientras que el dueño acaba olvidando dónde ha escondido lo que busca, un ladrón o un policía pueden descubrirlo en cuestión de segundos con sólo arrancar la barra de la pared.

Con el paso del tiempo he llegado a la conclusión de que a la mayoría de la gente no se le da bien esconder cosas.

El caso es que tuve que ducharme sin cortina, con lo que el suelo acabó lleno de agua. La verdad es que lo que pudiera ocurrirle al suelo, la ropa o el piso en su

conjunto me traía sin cuidado, ya que era consciente de que nunca volvería a aquel lugar. No podría vivir en aquel apartamento ni aunque quisiera y, como además ya no quería, podía irse al diablo.

Terminé de ducharme, aparté algo de ropa a patadas hasta que encontré unas toallas para secarme, me puse la ropa limpia y deslicé mis pies en mi mejor par de mocasines de cuero escocés. A continuación metí en mi maleta mi maquinilla de afeitar, varios artículos de aseo, un frasco con píldoras para la alergia al polen —pese a que no era la primavera— y un llavero de pata de conejo que daba por perdido desde hacía años —seguramente había estado oculto durante años hasta la aparición de mis inesperados invitados—. Me dije que no todo era negativo e hice una pausa para sacar la pata de conejo de la maleta y meterla en el bolsillo. Luego la enganché a la pequeña anilla en la que llevaba las ganzúas y las llaves. No sabía de qué le había valido a su primer dueño, pero aquella pata de conejo siempre me había dado suerte y era obvio que yo necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener. Eché un último vistazo, preguntándome qué esperaba encontrar. Cogí el teléfono, pensé en la posibilidad de que estuviera intervenido y llegué a la conclusión de que probablemente no lo estaba. Pero ¿a quién iba a llamar? Colgué el auricular y fui por la guía telefónica, que había recibido el mismo trato que el resto de los libros del apartamento... La cogí y busqué infructuosamente el número de Elaine Christopher. En la guía figuraban varios E. Christopher, pero ninguno en Bank Street. Pensé que la presencia o ausencia de su nombre en la guía era una de las numerosas cosas a las que no podía prestar atención en aquel momento.

Así pues, cogí mi maleta, apagué las luces, abrí la puerta, salí al pasillo y me encontré con la señora Hesch.

Iba ataviada con un viejo vestido adornado con flores descoloridas. Calzaba unas zapatillas de tela y llevaba sus canas recogidas en una especie de moño. De la comisura de sus labios colgaba un cigarrillo sin filtro con más de medio centímetro de ceniza. No era la primera vez que la veía en aquel estado. Lo cierto es que no prescindía del cigarrillo ni para hablar, y no estoy seguro de que lo apagara para comer.

—Señor Rhodenbarr... —dijo—. Me pareció oír que andaba por aquí. Bueno, no sabía que se trataba de usted.

—Pues resulta que soy yo.

—Sí, ya lo veo. —Su brillante mirada se posó sobre la maleta—. ¿Va a alguna parte? No, no se preocupe. Le entiendo perfectamente... Se ha metido en un buen lío, ¿verdad? Con la de años que llevamos viviendo el uno enfrente del otro, ¿cómo iba a imaginar que era un ladrón? Usted nunca ha molestado a una persona de esta casa, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Eso fue lo que yo dije. Ya sabe lo que una oye en la lavandería. Algunas de las mujeres que viven en este edificio están locas, señor Rhodenbarr. El otro día me encontré con una que si no habla revienta. «¡No estamos seguras ni en nuestras propias camas!». Yo le dije: «Gert, para empezar, tú estarías segura en la cama de cualquiera, créeme». Y luego añadí: «¿Te ha hecho daño el señor Rhodenbarr alguna vez? ¿Ha robado a alguna persona en este edificio? Además, ¿a quién le importa lo que haga en la zona este? Esos malnacidos ricachones que viven allí merecen todo lo que les caiga encima». Le aseguro que fue como hablar con la pared. —La ceniza se desprendió del cigarrillo—. No deberíamos estar aquí —dijo bajando la voz—. Entre en mi casa, estoy preparando café.

—Tengo algo de prisa, señora Hesch.

—No diga tonterías. Siempre ha tenido tiempo para una taza de café. ¿Desde cuándo tiene tanta prisa?

La seguí como si estuviera hipnotizado. Me sirvió una taza de café realmente excelente y, mientras me lo bebía, ella apagó el cigarrillo y lo sustituyó de inmediato por otro. A continuación, me contó que yo había causado verdadera sensación en la casa, que la policía había estado entrando y saliendo de mi apartamento y que había tenido otros visitantes.

—No los vi —dijo—, pero dejaron la puerta abierta de par en par cuando se fueron. Ayer por la tarde Jorge puso la cerradura nueva. Ya he visto cómo han dejado su casa. Diría que son unos animales si no fuera porque un animal no haría eso, señor Rhodenbarr. ¿Quiénes eran? ¿Policías?

—Creo que no.

—¿Sabe quiénes eran?

—No, ojalá lo supiera. ¿Y dice que no los vio?

—Ni siquiera sé cuándo vinieron. Con el estropicio que armaron, debería haberlos oído, pero cuando pongo la televisión no oigo nada. ¿Así que no sabe quiénes fueron? ¿Tiene algo que ver con el hombre al que asesinó?

—Nunca he matado a nadie, señora Hesch.

Ella asintió pensativamente con la cabeza, sin creer ni rechazar mi afirmación.

—Puedo imaginarlo de ladrón —dijo lentamente—, pero matar a alguien es totalmente distinto. Eso fue lo que le dije al poli que me interrogó.

—¿Le han interrogado?

—Han interrogado a todo el edificio, créame. Pero escuche, no les dije ni pío. Francamente, no soporto a esos malnacidos. Cuando violaron a mi sobrina Gloria, sólo le preguntaron estupideces. Les dije que usted es un joven muy agradable que nunca ha hecho daño a una mosca. A un poli no le diría nada aunque se le estuvieran quemando los pantalones, créame... El poli dijo que usted había entrado en el piso de

ese tal Flaxford... ¿Se llamaba así?

—Sí, Flaxford.

—También dijo que, cuando Flaxford le descubrió, a usted le entró pánico. He estado pensando en ello, señor Rhodenbarr, y no me lo imagino matando a alguien presa del pánico. ¿Dice que no le mató?

—Se lo aseguro, señora Hesch. De hecho, estoy intentando averiguar quién lo hizo.

—Si usted lo dice... —No quería llegar precipitadamente a ninguna conclusión sobre el asunto—. Aunque si he de ser sincera, tratándose de esos tipejos, ¿qué importa que lo matara o no? En mi opinión, se lo están buscando. Buen café, ¿verdad?

—El mejor.

—El café es una de las cosas por las que me preocupo. Como una se descuide, acaba bebiendo agua sucia. Tendrá hambre. Disculpe, no se me ha ocurrido preguntarle. ¿Le gustan los bollos de canela?

—Acabo de desayunar, señora Hesch. Gracias de todos modos.

—Pero siéntese... ¿Adónde va? Siéntese y tome otra taza. ¿A qué viene tanta prisa? No se va a morir por tomar otra taza de café. ¡Siéntese!

Me senté.

—Así que usted es un ladrón —dijo—. ¿Le importa si le hago una pregunta personal? —Asentí—. ¿Se gana bien la vida?

—Voy tirando.

Ella también asintió.

—Es exactamente lo que le dije a la del 11 J, como se llame... Un joven inteligente como él, elegante y bien vestido, que siempre tiene una sonrisa o una palabra amable en los labios para cualquiera. Le dije que si no se ganaba la vida así, ya encontraría otra cosa. Pero se lo aseguro, es como hablar con la pared, igual que la otra, Gert, que dice que no se siente segura en su propia cama. Créame, señor Rhodenbarr, hablar con gente de este edificio es como hablar con la pared.

La mayoría de la gente que se registraba en el Cumberland llevaba una maleta o una chica tras de sí. Yo no tenía costumbre de llevar ninguna de las dos cosas. Mi maleta de lona tenía un aspecto un tanto escandaloso, aunque mi chica no tenía un aspecto muy diferente. Llevaba unos vaqueros ajustados y un jersey verde, de una talla inferior a la suya y sin sujetador debajo. Además, se había recogido el cabello, se había pintado los labios con un color oscuro y se había puesto demasiada sombra de ojos. Tenía un aspecto verdaderamente vergonzoso, la verdad es que parecía una fulana.

El conserje la miró de arriba abajo mientras nos registrábamos como el señor y la señora G. Roper, de Kansas City, lo cual hubiera resultado más creíble si mi maleta hubiera tenido el monograma. Le devolví el formulario de registro junto con un par de billetes de diez dólares y, mientras él buscaba el cambio, Ellie dejó disimuladamente un sobre encima del mostrador. El conserje me devolvió seis dólares y cuarenta y cuatro centavos y entonces se fijó en el sobre en que estaba escrito el nombre Brill.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó.

Me encogí de hombros y Ellie dijo que creía que ya estaba allí cuando habíamos llegado. El conserje se mostró indiferente y se limitó a meterlo en el casillero 305.

Nuestra llave correspondía a la habitación 507. Cogí mi maleta (en el Cumberland no tenían botones) y Ellie me acompañó al ascensor moviendo profesionalmente el trasero de un lado a otro. El anciano ascensorista mordisqueó su cigarro puro, nos llevó a la quinta planta sin decir palabra y luego nos dejó para que fuéramos solos a nuestra habitación.

Como habitación dejaba bastante que desear. La cama, que ocupaba la mayor parte de ella, no parecía precisamente nueva. Ellie se sentó en el borde, se quitó el maquillaje y liberó su cabello para que recuperara el aspecto original.

—Tanto trabajo para nada —comentó.

—Pero has disfrutado con la farsa.

—Supongo que sí... Sigo pareciendo una furcia con este jersey.

—Bueno, sigues pareciendo un mamífero, de eso no hay duda.

Me lanzó una mirada de furia. Examiné mi peluca y mi gorro en el espejo del lavabo. A la señora Hesch, pendiente de otros detalles, no le habían causado gran impresión.

—Vamos —dije, e imité a Groucho Marx arqueando las cejas—. A menos que quieras ganar un par de dólares, pequeña.

—¿Aquí?

—Una cama es una cama...

—Esta no es una cama de rosas. ¿Realmente la gente tiene relaciones sexuales en habitaciones como esta?

—Es lo único que hacen en ellas. ¿Crees que alguien sería capaz de dormir aquí?

Arrugó la nariz y salimos llevándonos la maleta. Una llamada desde Childs nos había permitido saber que Brill había salido, un golpe sobre su puerta nos permitió saber que todavía no había regresado. Con una ganzúa habría tardado un par de segundos en abrir su puerta, pero al final no fue necesario, ya que metí mi llave en la cerradura y, por extraño que parezca, conseguí abrirla. A menudo las habitaciones que siguen una secuencia numérica se abren con la misma llave: 305, 405 y 505, por ejemplo. Sin embargo, en los hoteles antiguos las cerraduras suelen aflojarse con el tiempo y un sorprendente número de llaves resultan ser intercambiables.

La habitación de Brill era mejor que las que utilizaban para las actividades licenciosas. Aunque también dejaba mucho que desear, al menos contaba con un pedazo de alfombra que cubría parte del suelo y a los muebles aún les quedaba alguna pata. Dejé la maleta en una silla, eché un vistazo al armario y la cómoda de Brill, quité la maleta de la silla y me senté. En la habitación también había una butaca y Ellie se sentó en ella.

—Bueno, aquí estamos —dijo.

—En efecto, aquí estamos.

—Me pregunto cuándo volverá.

—Tarde o temprano.

—¿En serio? Supongo que no se te habrá ocurrido traer una baraja de cartas.

—Me temo que no.

—Lo suponía.

—Bueno, nunca he creído que una baraja de naipes forme parte del equipo de un ladrón.

—Siempre has trabajado solo.

—Quizá Brill tenga una baraja por aquí. Lo lógico sería que una persona que pasa mucho tiempo sola en esta habitación hiciera solitarios con frecuencia.

—Y trampas.

—Es posible. Me pondría a caminar por la habitación si hubiera sitio. Esto me recuerda a los cómicos malos: «La habitación era tan pequeña...».

—¿Cómo de pequeña, Johnny?

—Tan pequeña que tenías que salir al pasillo para cerrar la puerta.

—Así de pequeña, ¿eh?

—Tan pequeña que los ratones iban encorvados. Confieso que nunca he entendido este chiste. ¿Por qué habrían de ir los ratones encorvados en una habitación pequeña?

—Creo que interpretas las cosas de forma demasiado literal.

—Es probable.

Ella sonrió.

—Pero eres simpático. Las interpretas de forma demasiado literal o no, eres simpático.

Hablábamos, nos callábamos y volvíamos a hablar. En un momento dado ella me preguntó qué haría cuando aquel asunto acabara.

—Ir a la cárcel —contesté.

—No si encontramos al verdadero asesino. Retirarán las otras acusaciones, ¿no crees?

—Es posible.

—Así pues, ¿qué harás cuando todo haya acabado...?

Pensé en ello.

—Buscar otro piso —dije finalmente—. No podría seguir viviendo en el de ahora, aunque no lo hubieran convertido en un tugurio. Con tanta publicidad, todos los vecinos se han enterado de lo que hago. Tendré que mudarme y alquilar un piso con otro nombre. Será una lata, pero supongo que podré soportarlo.

—¿Te quedarás en Nueva York?

—Sí. Creo que me volvería loco en otra parte. Esta es mi casa. Además, aquí tengo contactos.

—¿A qué te refieres?

—Sé cómo trabajar en Nueva York. Cuando robo algo, sé quién lo va a comprar y cómo negociar la venta. La policía me conoce, lo que en realidad es positivo, aunque parezca lo contrario. Sí, hay varios motivos que explican que para un ladrón sea más conveniente trabajar en un terreno que conoce como la palma de su mano. Ni siquiera me gusta trabajar fuera de Manhattan si puedo evitarlo. Recuerdo que en cierta ocasión tuve que hacer un trabajo en Harrison, allí arriba, en Wetchester...

—¿Seguirás robando?

—¿Qué otra cosa voy a hacer?

—No lo sé.

—Ellie, creo que en cierto modo piensas que todo esto lo estás viendo en televisión y que voy a cambiar cuando acabe la película. Tal vez esto haga feliz a la audiencia, pero no es muy realista.

—¿No lo es?

—No, no del todo. Estoy a punto de cumplir treinta y cinco años. Abrir cerraduras y robar es el único oficio que conozco. Hay un montón de anuncios en *Mecánica para todos* según los cuales existen posibilidades de futuro en mataderos y empresas de taxidermia, pero tengo la impresión de que no son del todo sinceros. No creo que pudiera dejarlo y dedicarme a criar chinchillas en casa o plantar ginseng en mi patio

trasero. Con el único trabajo para el que reúno las condiciones necesarias ganaría un sueldo de dos dólares a la hora y me moriría de aburrimiento antes de sumar diez.

—Podrías ser cerrajero.

—Claro, ¿por qué no? Se matan por dar licencias a ladrones convictos. Y las compañías fiadoras compiten para hacer negocios con cerrajeros con antecedentes criminales.

—Seguro que tienes la preparación necesaria para hacer alguna cosa.

—El estado me enseñó a hacer placas de matrículas y coser sacas de cartero. Tal vez te sorprenda, pero no hay mucha demanda en la vida civil para tales trabajos.

—Pero tú eres inteligente y capaz; incluso sensato...

—Toda la preparación que tengo sólo me sirve para ser ladrón. Ellie, estoy contento con la vida que llevo. Creo que no te das cuenta de ello. Trabajo un par de noches al año y me paso el resto del tiempo tomándolo con tranquilidad. ¿Te parece un mal plan?

—No.

—Soy ladrón desde hace años. ¿Por qué habría de cambiar?

—No lo sé.

—Nadie cambia.

Después de aquella conversación apenas hablamos. El tiempo pasaba tan rápido como en la Edad Media. Mientras esperábamos, la dirección alquiló la habitación de al lado en varias ocasiones. Varias veces oímos pasos en el pasillo y, totalmente inmóviles, nos miramos pensando que tal vez era Brill. Luego oíamos que abrían una puerta y poco después escuchábamos los chirridos de los muelles de la cama. Más tarde, volvíamos a oír los pasos dirigiéndose al ascensor.

—Eso es amor... —comentó Ellie.

—El hotel cumple una función, eso es todo.

—Al menos los aparta de la calle. El último que ha entrado tenía bastante prisa, ¿no crees?

—Quizá tenía que volver a la oficina.

Por fin oímos unos pasos que, en lugar de detenerse frente a la puerta de al lado, lo hicieron frente a la nuestra. Respiré hondo, me puse en pie y avancé silenciosamente hasta situarme junto a la puerta.

La llave giró en la cerradura, la puerta se abrió y apareció, Wesley Brill en persona, el hombre de los ojos castaños. Me llevé las manos a la altura de la cintura, dispuesto a cogerle si se desmayaba, preparado para agarrarle si trataba de huir y dispuesto a luchar si era necesario.

Se limitó a mirarnos. Luego dijo:

—Rhodenbarr... Es realmente increíble. ¿Cómo me has encontrado? No me han

dicho que había alguien esperando.

—No lo sabían.

—Pero ¿cómo...? Por supuesto, eres un ladrón.

—Todo el mundo tiene que ser algo.

—Desde luego.

Su voz y forma de hablar eran totalmente diferentes. Se echaba a faltar su estilo runyonesco^[4], y ya no se comía las consonantes finales de las palabras. Había cierta coquetería en su forma de modular, una inflexión que era teatral o amanerada, o quizá ambas.

—Bernie Rhodenbarr —dijo. Entonces se dio cuenta de la presencia de Ellie, acentuó su sonrisa, levantó la mano y se quitó el sombrero de fieltro marrón que llevaba—. Señorita... —añadió y, volviendo a fijar su atención en mí, dijo—: Será mejor que cierres la puerta. No es necesario que compartamos nuestro negocio con un vecindario de comerciantes. ¿Puedo saber cómo me has encontrado?

—Te vi en televisión. En una película antigua.

—¿Y me reconociste? —Se creció un poco—. ¿Qué película era?

—*El hombre de en medio*.

—¿Ese fracaso con Jim Garner? Hacía de taxista. He interpretado muchas veces el papel de taxista. —Los ojos se le empañaron por el recuerdo—. Sin duda fue mi mejor época. El año pasado conduje un taxi durante un par de semanas, que Dios nos proteja a todos... No me refiero a una película, sino a lo que llamamos la realidad. —Balanceó los brazos y luego se frotó la palma de las manos como si quisiera entrar en calor—. Bueno, supongo que todo eso pertenece definitivamente al pasado. Hay que vivir el presente, ¿verdad? Lo importante es que ella todavía quiere la caja... Por eso me has estado buscando, ¿verdad? Por la odiosa caja de cuero azul.

—Forrada de cuero —puntalicé—. No me preguntes por qué.

—De cuero, forrada de cuero, qué importa mientras la tengas. En cuanto a la muerte de Flaxford, bueno... no era eso lo que la mujer que me contrató tenía planeado, pero apuesto a que piensa que no le podía haber ocurrido a una persona más simpática. Lo que no sabe es si conseguiste hacerte con la caja antes de marcharte; si así es, la quiere, de eso no hay duda, y está dispuesta a pagar por ella.

Lo miré fijamente, pero sus ojos se mantuvieron esquivos, como no podía ser de otra manera. Su mirada reposaba encima de mi hombro, como de costumbre.

—Verás, Bernie... —De pronto sonrió—. No te importa que te llame Bernie, ¿verdad? Ya sabes quién soy, así que puedo dejar de interpretar el papel de duro. Puedes llamarme Wes.

—Wes —repetí.

—Muy bien. Por cierto, creo que no conozco a la joven señorita.

—Vamos, Wes. Estás volviendo a interpretar tu papel. Wesley Brill nunca diría

«joven señorita».

—Tienes razón. —Se volvió hacia Ellie e hizo una reverencia—. Wesley Brill.

—Ruth Hightower —respondí yo.

Él sonrió.

—¿En serio?

—Es una broma entre nosotros —dijo Ellie—. Me llamo Ellie Christopher, Wes.

—Es un placer, señorita Christopher.

Ella le dijo que le podía llamar Ellie y él le contestó que le llamara Wes, algo que ella ya había hecho, y añadió que nadie le llamaba Wesley y que su verdadero nombre era John Wesley Brill, pues su madre había juzgado apropiado ponerle el del fundador del metodismo, un paso que quizá no se habría atrevido a dar si hubiera sospechado que su hijo estaba destinado a vivir una vida de actor. Se había desprendido de la primera parte del nombre de pila en cuanto había «pisado los escenarios» —fue la frase que él utilizó—. Ellie aseguró que, en su opinión, eliminar la primera parte del nombre era perfectamente legítimo, pero que el hecho de que una persona conservara la inicial era señal de que tenía un carácter retorcido. Nuestro querido Wes convino con ella. Ellie le mencionó a G. Gordon Liddy y a E. Howard Hunt; Wes contribuyó con J. Edgar Hoover. Mientras hablaban, me vino a la cabeza F. Scott Fitzgerald y pensé que la teoría de Ellie tenía algunos puntos débiles.

—Wes —interrumpí—, nuestro propósito no era exactamente hacerte una visita de cortesía.

—Supongo que no. Te has metido en un buen lío matando al viejo J. Francis, ¿no es así? Me llevé una verdadera sorpresa porque ella aseguró que no le parecías un tipo violento. Le dije que seguramente lo hiciste en defensa propia. Sin embargo, no creo que la ley esté de acuerdo cuando el asesinato ha sido cometido durante un robo.

—La ley lo considera homicidio en primer grado.

—Lo sé. No parece justo, ¿verdad? De todos modos, la pregunta fundamental es: ¿tienes la caja?

—La caja...

—Así es.

Cerré los ojos por un momento.

—No has visto esa caja con tus propios ojos —respondí—, porque la describiste con todo detalle pero no sabías qué clase de azul era. Además, no inventaste una respuesta cuando te lo pregunté.

—¿Por qué habría de inventar una respuesta?

—Lo habrías hecho de no haber existido una caja. Pero sí la hay, ¿verdad?

Me miró fijamente con los ojos entornados y en su frente se dibujó una línea vertical justo encima de la nariz, la misma que aparece en los actores en los anuncios de aspirinas y que confirma que tienen una jaqueca de mil demonios.

—La caja existe —dije.

—Quieres decir que pensaste...

—Por supuesto.

—Lo cual significa que no la...

—Exacto. No la tengo.

—¡Mierda! —exclamó, pronunciando la palabra con el mismo énfasis que si hubiera pisado una. Entonces se acordó de que había una señorita presente y se disculpó—: Le ruego que me perdone.

Ella le dijo que no tenía importancia.

La caja existía, en efecto. De hecho, Brill había acudido al Pandora aquella noche con cuatro mil dólares en el bolsillo, esperándome hasta la hora de cerrar. Hasta el día siguiente no se había enterado de que algo había ido mal.

—Así pues, no mataste a Flaxford... —repitió después de escuchar mi parte de la historia.

—Y tú tampoco.

—¿Yo? ¿Matar a ese hombre? Pero si ni siquiera le conocía. Ah... ya comprendo... Crees que te tendí una trampa. Pero si tú no mataste a Flaxford...

—Otra persona tuvo que hacerlo, porque abrirse la cabeza con un objeto contundente no es una manera muy normal de suicidarse.

—Ojalá supiera algo más sobre este asunto —comentó—. Están ocurriendo demasiadas cosas sin que yo lo sepa.

—Conozco la sensación.

—En realidad no soy más que un actor fracasado. Una cosa conduce a otra; tenía un problema con la bebida que afortunadamente ya he resuelto, pero llegué al extremo de no poder recordar parte de los papeles. Todavía tengo problemas de memoria. Puedo improvisar, como comprobaste las dos veces que hable contigo, pero uno no puede hacer eso en las películas a menos que le dirija Robert Altman. Dejaron de llamarme, y la verdad es que mi actual agente se parece más a un chulo que a un agente.

—Lo sé. He estado en su oficina.

—¿Conoces a Pete?

—Fui a su oficina —repetí—, pero él no estaba. Allí conseguí tu dirección.

—Entiendo —dijo. Se quedó un momento mirando a la puerta, seguramente pensando en que él tampoco había podido impedir que entráramos en su habitación—. Lo que quería decir es que estoy metido en esto porque soy actor. He interpretado muchas veces el papel de tipo duro, y esta es la razón por la que esa mujer me eligió: para que yo te contratara, te encargara que consiguieras la caja, te pagara y se la llevase a ella.

—¿Por qué pensaste en mí?

—Porque ella me lo dijo.

—Bueno, ella debió de decir que contrataras a un ladrón. Pero ¿cómo supiste que yo lo era?

Frunció el entrecejo.

—Me dijo que te contratara a ti en concreto, a Bernard Rhodenbarr. Soy actor, Bernie. ¿Cómo iba yo solo a buscar a un ladrón? No conozco a ninguno. Puedo interpretar el papel de un ratero, pero eso no significa que me relacione con ellos.

—Ya.

—Antes conocía a un corredor de apuestas, pero desde que hay oficinas de apuestas fuera de los hipódromos, no sé si está vivo o muerto. Por lo que se refiere a los ladrones, bueno, conozco a uno o... —señaló a Ellie con un gesto— tal vez dos, pero eso es todo.

—La mujer que te contrató —dijo Ellie— sabía que Bernie es un ladrón.

—Sí.

—Y sabía dónde vivía y el aspecto que tiene, ¿no?

—Bueno, me llevó allí y me indicó quién era.

—¿De qué le conoce?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama, Wes? —pregunté.

—Debo mantener su nombre en secreto.

—Por supuesto.

—Por eso me contrató.

Ellie abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Un momento, un momento, joder...! —exclamó—. ¿No crees que Bernie tiene derecho a saber quién le ha metido en este lío? Le buscan por un asesinato que él no ha cometido y corre peligro cada vez que pone el pie en la calle. Sólo puede salir de casa disfrazado...

—¡El pelo...! —le interrumpió Wes—. Ya me parecía que estabas distinto. Te lo has teñido.

—Es una peluca.

—Pues parece de verdad.

—¡Maldita sea! —exclamó Ellie—. ¿Cómo puedes tener la desfachatez de decirnos que esa mujer no quiere que se sepa su nombre?

—Bueno, estoy diciendo la verdad.

—Pues es una lástima, porque vas a decirnos quién es. De lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —preguntó él. Acertadamente, pensé.

Ellie frunció el entrecejo y luego me miró buscando ayuda. Pero yo empezaba a atar cabos y las gachetas estaban cediendo. Brill no me conocía, ni siquiera sabía que

era ladrón antes de hablar conmigo. Sin embargo, aquella mujer le había contratado debido a que era un actor especializado en interpretar papeles de tipos de los bajos fondos. Ella tampoco conocía a ningún ladrón excepto a mí, y además, sabía dónde vivía y a qué me dedicaba.

—Un momento —dije.

—No puedes permitir que se salga con la suya, Bernie.

—Espera un momento.

—¡No podemos esperar! Le hemos echado el guante y ahora tiene que decirnos lo que queremos saber. ¿No es esa la manera de hacer las cosas?

Cerré los ojos y dije:

—Cálmate, ¿vale? Aunque sólo sea por un momento. —Cedió la última gacheta y la cerradura mental se abrió con una suavidad y delicadeza extremas, como los pétalos de una flor, como una dama complaciente. Abrí los ojos y sonreí a Ellie; a continuación dirigí el calor de mi sonrisa a Wesley Brill y agregué—: No es necesario que nos diga nada. Basta con que haya dicho que se trata de una mujer. Eso me ha proporcionado la clave: una mujer que no sabe nada sobre el mundo del crimen salvo que un tipo llamado Bernie Rhodenbarr es ladrón. Ya sé quién es.

—¿Quién?

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio, Wes? Park Avenue, ¿verdad? Ahora no recuerdo la dirección, pero podría dibujar un plano de su casa. Suelo acordarme de los lugares donde he sido arrestado.

Brill estaba sudando. Gotas de transpiración perlaban su frente; en lugar de enjugárselas con la mano, lo hizo con el dedo índice extendido. El gesto me resultaba muy familiar. Debía de haberlo visto docenas de veces en el cine.

—Es la señora Carter Sandoval —dije—. ¿No te he hablado de los Sandoval, Ellie? Claro que sí... Su marido tenía una colección de monedas gigantesca en la que estaba interesado. También tenía una enorme pistola y el timbre estropeado cuando llamé a su casa y me lo encontré con su esposa. Estoy seguro de que te he hablado de esto.

—Sí, es cierto.

—Ya decía yo... —Sonreí a Brill—. Su marido era el presidente del CACA. No se trata de nada escatológico; significa Círculo Anti-Crimen Asociado o algo parecido. Es un grupo de pesados con ideas altruistas que dan su apoyo, tanto al incremento de patrullas para que se efectúen más rondas en la calle, como a la investigación de casos de corrupción judicial y política. Ese hijo de puta me apuntó con su pistola y le ofrecí dinero para que me dejara marchar. Cometí una equivocación, no es la clase de persona a la que se pueda sobornar. Incluso quería llevarme a juicio por intento de soborno, pero no era policía y, que yo sepa, no hay ninguna ley que impida sobornar a alguien, aunque tal vez esté equivocado.

Evidentemente yo no sabía que era el presidente del CACA. Lo único que sabía era que se dedicaba a algo muy lucrativo en Wall Street, y supuse que una colección de monedas raras sería una buena manera de protegerse contra la inflación. ¿Todavía tiene las monedas, Wes?

Brill se limitó a mirarme fijamente.

—Me acuerdo bien de ellos —proseguí. Estaba disfrutando—. Y no es extraño que ellos se acuerden de mí, Wes. Les vi la noche en que me arrestaron, por supuesto, pero también el día del juicio. Llegué a un acuerdo con el fiscal para que me acusaran de un cargo menor, y no creáis que fue fácil. A Carter Sandoval la idea no le gustaba, pero alguien debió de explicarle que los tribunales no conseguirían resolver nada si todos los delincuentes tuvieran que ajustarse al ritual de un juicio con jurado. Supongo que llegó a la conclusión de que limpiaría las calles de más malhechores si se permitía a la justicia seguir funcionando como hasta aquel momento, ya que acudió con su esposa a la sala para ver cómo me levantaba, me declaraba culpable y oía que me mandaban a la fábrica de placas de matrícula. Debió de pensar que conseguiría publicidad para su causa si acudía a presenciar el triunfo de la justicia. Además, creo que disfrutó con ello. Parecía estar muy unido a aquellas monedas, y la idea de que yo infringiera la inviolabilidad de su casa debió de sacarle de sus casillas.

—Bernie...

—Ella era mucho más joven que él. Tendría unos cuarenta años de edad, así que ahora tendrá cuarenta y cinco. Hermosa mujer... Tenía una mandíbula excesiva para mi gusto, aunque tal vez el problema fuera que la sacaba cada vez que me veía para expresar su determinación. ¿Lleva el cabello del mismo color, Wes?

—Yo no he dicho su nombre.

—Es cierto, Wes, aunque podrías hacerlo. ¿Cómo se llamaba...? Carla... no. Quizá Marla... ¿Cómo narices se llama?

—Darla.

Algo me hizo mirar a Ellie. Tenía los hombros tensos y la cabeza inclinada. Parecía estar muy concentrada.

—Darla Sandoval —dije—. Exacto. ¿Te suena ese nombre, Ellie?

—No, y no creo que me lo hayas mencionado. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Por qué no la llamas, Wes?

—Es ella la que llama. Se supone que yo no tengo que hacerlo.

—Llámala y entérate de si quiere recuperar la caja.

—Pero si no la tienes, Bernie. —Como siempre, me miró de soslayo—. ¿O quizá sí? ¡Maldita sea! ¿Tienes la caja o no?

—No.

—Lo suponía, porque ni siquiera creías que existiera. Así pues, no la pudiste robar del piso de Flaxford. ¿La viste...?

—No.

—¿Registraste el escritorio? Porque había un escritorio, ¿no?

—Sí, había uno, y lo registré con sumo cuidado. Pero no logré encontrar ninguna caja azul.

—Mierda —dijo él, y esta vez no se le ocurrió pedir disculpas a Ellie. No creo que a ella le importara. En realidad, no sé ni si le oyó. Al parecer, tenía otras cosas en la cabeza.

—Eso significa que la tienen —dijo él.

—¿Quiénes?

—Quienes lo mataron. Ni cometiste un asesinato ni robaste la caja, así que alguien tuvo que hacer ambas cosas. Por eso la caja no estaba en su sitio cuando tú llegaste. Se acabó el asunto.

—Llama a Darla.

—¿Para qué?

—Sé dónde está la caja —dije—. Llámala.

Su cabello todavía era rubio y, si había cambiado en cualquier otro aspecto, yo no me di cuenta. Seguía siendo delgada y elegante y tenía la misma fuerza en la expresión y la misma seguridad en el porte. Wes y yo nos reunimos con ella, tal como habíamos acordado por teléfono, en un apartamento situado a unas manzanas de donde me habían arrestado años atrás. Abrió la puerta, me saludó llamándome por mi nombre e indicó a Wes que su presencia no sería necesaria.

—Puedes marcharte, Wesley. Todo está bajo control. El señor Rhodenbarr y yo lo arreglaremos todo. —Era la despedida a un criado y, tanto si le gustó como si no, Wes la aceptó sin rechistar. Ella cerró la puerta en cuanto salió. Echó el pestillo (pese a tener al ladrón en casa, pensé) y se dignó a brindarme una regia y fría sonrisa. Me preguntó si quería beber algo y acepté un whisky escocés.

Mientras preparaba las bebidas, pensé en Ellie. Había decidido que no quería acompañarme. Tras lanzar una rápida mirada a su reloj, había farfullado una explicación vacilante acerca de una cita a la que llegaba tarde y se había marchado. La vería más tarde, después de acudir a su cita, alimentar a sus legendarios gatos y terminar su legendaria escultura de vidrios de colores...

Tenía varias cosas en la cabeza cuando Darla Sandoval regresó con las bebidas —la suya era de un tono ámbar más oscuro que la mía—. Levantó su vaso para brindar, falló en su intento de hallar una frase adecuada y, por primera vez desde que la conocía, pareció mostrarse un tanto insegura.

—Bueno. —Aquella palabra nos bastó para brindar, y los dos bebimos de nuestros respectivos vasos. Era un whisky escocés excelente, lo cual no me sorprendió.

—Bonito apartamento.

—Se lo he pedido prestado a una amiga.

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio?

—Oh, sí. Nada ha cambiado. —Suspiró—. Quiero que sepa que siento lo ocurrido —trató de disculparse, aunque sin tristeza—. Jamás hubiera imaginado que lo metería en un asunto tan complicado. Creía que ese robo sería sencillísimo para usted. Todavía recuerdo la habilidad con que abrió nuestras cerraduras aquella noche...

—Sí, fui muy hábil, entré con ustedes dentro...

—Esas cosas ocurren. Aun así, pensé que era la persona adecuada aunque, naturalmente, es la única persona que conozco que podría hacer el trabajo. Me acordaba de usted, por supuesto, y de su nombre, así que sólo tuve que buscar en la guía y lo encontré.

—Supongo que sí —convine—. Te cobran más por un número que no está en la guía; siempre me ha parecido tirar el dinero. No comparto la idea de pagar por un

servicio que no se ha realizado.

—No esperaba que Fran estuviera en casa la otra noche. Había un estreno en el centro.

—¿Un estreno?

—El estreno de una obra experimental. Debería haber estado entre el público y luego haber acudido a la fiesta que organizaban los actores. Carter y yo fuimos y, cuando vi que Fran no aparecía, me puse nerviosa. Sabía que usted entraría en su casa e ignoraba dónde podía estar él. Wesley dice que no lo mató.

—Estaba muerto cuando llegué.

—Y la policía...

Le resumí lo que había sucedido en el piso de Flaxford. Me miró con los ojos muy abiertos cuando le comenté que había llegado a un acuerdo económico con la policía para que me dejaran marchar. Aquella mujer estaba casada con un hombre que combatía la corrupción policial y, al parecer, no sabía que la policía aceptaba dinero de ladrones. Creo que mucha gente ignora cómo funciona el sistema.

—Así pues, es cierto que alguien lo mató —dijo ella—. Supongo que no fue un accidente. No, claro que no... De todos modos, ¿miró en el escritorio antes de que llegara la policía? Yo vi cómo Fran metía en él la caja. Era azul oscuro, de un tono más oscuro que el azul marino, y del tamaño de una novela, quizá un poco más grande. Como este diccionario... Vi cómo la metía en el escritorio.

—¿En qué parte del escritorio? ¿Bajo la persiana?

—En uno de los cajones inferiores. No sé cuál.

—No importa. También los registré.

—¿Minuciosamente?

—Por supuesto. Si la caja hubiera estado allí, la habría encontrado.

—Entonces alguien se le adelantó. —Su cara empalideció un poco bajo el maquillaje. Bebió un poco más de su vaso y se sentó en una silla de respaldo duro y asiento de encaje—. La persona que mató a Fran se llevó la caja.

—Creo que no. El escritorio estaba cerrado con llave cuando lo encontré, señora Sandoval. Las cerraduras de escritorio son fáciles de abrir, pero uno tiene que saber qué lleva entre manos.

—Cabe la posibilidad de que el asesino tuviera la llave.

—Pero ¿se habría tomado la molestia de volver a cerrar? ¿Con un cadáver en el dormitorio? Lo dudo. Habría revuelto la casa y se habría largado lo antes posible. —Pensé en el destrozo de mi apartamento—. Además —proseguí—, hay alguien que sigue buscando la caja, y uno no sigue buscando una cosa cuando ya la tiene. He estado en mi casa hace un par de horas y parecía como si Atila hubiera pasado por allí con sus hunos. Usted no tendrá nada que ver con eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Bueno, podría haber pagado a alguien para que lo hiciera. Si lo ha hecho, no le guardaré rencor, pero será mejor que me lo diga; de lo contrario, vamos a perder el tiempo buscando una persona que no existe.

Ella aseguró que no tenía relación alguna con el desvalijamiento de mi apartamento y decidí que estaba diciendo la verdad. En ningún momento había sospechado que estuviera involucrada. Era más lógico suponer que se trataba de la misma persona que había machacado el cerebro a Flaxford.

—Creo que sé dónde está la caja —dije.

—¿Dónde?

—Donde ha estado desde el principio: en la casa de Flaxford.

—Pero si acaba de decir que lo registró todo.

—Lo que he dicho es que miré en el escritorio. Habría seguido buscando si los *marines* no hubiesen aterrizado, y creo que la habría encontrado. La caja podría estar en cualquier parte. El hecho de que usted viera cómo la metía en el escritorio no significa que Flaxford la guardara siempre allí. Quizá tenía una caja de seguridad detrás de un cuadro o la había metido en un cajón de la mesilla del dormitorio. Podría estar incluso en el escritorio, aunque no en un cajón. Esos viejos escritorios de persiana tienen compartimentos secretos. Es posible que pusiera la caja en uno de ellos cuando usted se marchó. Sea como sea, apuesto a que sigue allí, en el mismo lugar en que la dejó, y también a que el asesino cree que la tengo yo y el piso está cerrado con un precinto de la policía sobre la puerta.

—¿Qué podemos hacer?

Traté de improvisar una solución, se me estaba ocurriendo una idea. Dejé que madurara mientras abordaba otro tema con la señora Sandoval.

—A propósito de la caja azul, va siendo hora de que sepa qué contiene.

—¿Es importante?

—Es importante para usted y para el hombre que mató a Flaxford. Eso lo convierte en algo importante para mí. Sea lo que sea, debe de ser muy valioso.

—Sólo para mí.

—Le estaba haciendo chantaje.

Hizo un gesto de asentimiento.

—¿Eran fotografías o algo por el estilo?

—Fotografías y cintas grabadas. Me enseñó unas fotos y me dejó escuchar parte de una cinta. —Se estremeció—. Yo sabía que no me amaba más de lo que yo le amaba a él, pero creía que disfrutaba con lo que hacíamos. —Se levantó y avanzó unos pasos hacia la ventana—. Mi vida con mi marido es bastante convencional, señor Rhodenbarr. Hace unos años descubrí que yo no soy tan convencional. Cuando conocí a Fran unos meses atrás, comprendimos que teníamos ciertos... gustos en común. —Se volvió para mirarme—. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera

hacerme chantaje.

—¿Qué quería de usted? ¿Dinero?

—No. Yo no tengo dinero. Tuve dificultades para reunir el necesario para contratarles a usted y a Wesley. No, Fran quería que presionara a mi marido. Como ya sabe, trabaja con el CACA...

—Lo sé.

—El asunto tenía que ver con un tal Michael Debus. Es el fiscal del distrito de Brooklyn o Queens, nunca consigo recordarlo. Carter dirige una especie de investigación para sacar a la luz los trapos sucios del tal Debus.

—Y Flaxford quería que usted pusiera fin a la investigación.

—Sí, aunque a mí me sería imposible, ya que Carter es incorruptible.

—¿Qué interés tenía Flaxford en todo esto?

—No lo sé. No entiendo dónde encaja él en esta historia. Iniciamos nuestra relación mucho antes de que Carter comenzara la investigación, así que no se puede decir que Fran tuviese segundas intenciones. Siempre he sabido que estaba metido en el teatro, dirigió unas obras fuera del circuito de Broadway. Se movía en esos círculos. Así lo conocí.

—Y así es como también conoció a Wesley Brill.

—Sí. No conocía a Fran ni a ninguno de mis otros amigos relacionados con el teatro, lo cual me infundió seguridad a la hora de decidir si utilizaba sus servicios. Fran debía de estar metido en algún asunto sucio, aunque yo no lo sabía.

—Bueno, es evidente que estaba intentando apañar un asunto a Debus.

—A mí sí que me dejó apañada. —Se acercó, se sentó en un canapé, sacó un cigarrillo de una pitillera que había sobre la mesa y lo encendió—. Debía de seguir un plan cuando empezó la relación conmigo —dijo con ecuanimidad—, incluso aunque la investigación de Debus no estuviera abierta. Sabía quién era Carter y debió de pensar que tarde o temprano le sería útil controlarme.

—¿Su marido llegó a conocerle?

—Le vio en dos o tres ocasiones en que conseguí arrastrar a Carter a un estreno o una fiesta. El teatro me interesa tanto como a Carter le interesa coleccionar monedas. Con las pequeñas compañías uno puede sentir la emoción de ser empresario y de conocer ese mundo por dentro a cambio de unos cientos de dólares deducibles. Es una manera barata de engañarse pensando que estás haciendo algo creativo con gente creativa. Se conoce gente de lo más interesante, señor Rhodenbarr, se lo aseguro.

Llevó los vasos vacíos a la cocina. Es posible que tomara otra copa mientras tanto, porque cuando regresó se había suavizado la expresión de su cara y parecía sentirse más cómoda.

Le pregunté cuándo le había mostrado Flaxford el contenido de la caja azul.

—Hace dos semanas aproximadamente. Era la cuarta vez que iba a su casa.

Solíamos venir aquí. Por cierto, le he mentado. Alquilé este apartamento hace unos años por comodidad.

—Estoy seguro de que resulta cómodo.

—Lo es. —Dio una calada a su cigarrillo—. Sin duda me llevó a su casa para hacer las fotografías y las grabaciones. Más tarde, me invitó a que fuera allí para mostrarme su obra y explicarme sus propósitos.

—¿Le pidió que convenciera a su marido de que dejara la investigación de Debus?

—Sí.

—Pero usted no podía hacer eso.

—¿Pedir a Carter que abandonara el proyecto del CACA? —Se echó a reír—. No olvide que mi marido es un hombre de principios muy elevados, señor Rhodenbarr. ¿No se acuerda de lo que ocurrió cuando intentó sobornarlo?

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¿Se lo dijo a Flaxford?

—Claro que sí, pero aseguró que quería darme una oportunidad para que resolviera el asunto sola. Por nuestra amistad, según dijo. —Apretó los dientes—. Si yo no conseguía disuadir a Carter, tenía pensado hablar con él y amenazarle con poner en circulación las fotografías.

—¿Qué habría hecho Carter en ese caso?

—No lo sé. Desde luego, nunca le habría permitido divulgar esas fotografías. ¿La esposa de Carter Sandoval una perversa? No, no lo hubiera soportado, como tampoco hubiera soportado seguir casado conmigo. No estoy segura de qué habría hecho. Es posible que hubiera intentado hacer algo desmesurado, como escribir una nota llena de datos pormenorizados para implicar a Fran y a Debus y luego arrojarse por una ventana.

—¿Habría intentado matar a Flaxford?

—¿Carter... un asesino?

—Quizá no lo hubiera considerado asesinato.

Entornó los ojos.

—No puedo imaginarlo —dijo—. Además, estaba conmigo en el teatro.

—¿Toda la noche?

—Cenamos juntos y luego fuimos al centro en coche.

—¿No se separaron?

Titubeó y respondió:

—Había una pieza preliminar de un acto antes de la obra. Una larga escena experimental escrita por Gulliver Shane. No sé si conoce su obra.

—No. ¿Carter la conoce?

—¿Qué...?

—Carter se perdió la pieza preliminar, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Me dejó delante del teatro y fue a aparcar el coche. La obra empezaba a las ocho y media y tuve tiempo de fumar un cigarrillo en el vestíbulo, así que debió de dejarme a las ocho y veinte. Tuvo dificultades para encontrar aparcamiento. Es incapaz de aparcar delante de una boca de incendios, aunque la grúa no llegue hasta esos números del centro. Carter es tan estricto que da asco.

—Por tanto, se perdió la pieza preliminar.

—Si uno llega al teatro cuando ya han apagado las luces, tiene que ver la obra desde el fondo de la sala, de modo que no pudo sentarse a mi lado durante la obra de Shane. Pero aseguró que la había visto desde el fondo, y a las nueve ya estaba sentado a mi lado. No tuvo tiempo de ir al otro extremo de Manhattan, matar a Flaxford y volver al teatro, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada.

—Además, Carter no estaba al corriente del asunto que Fran se traía entre manos. Todavía no había hablado con él. Fran me había dado el fin de semana para convencerlo. Por otra parte, si Carter tuviera que matar a alguien, utilizaría un arma.

—¿Todavía tiene ese cañón en casa?

—Sí. Es espantoso, ¿no cree?

—No sabe hasta qué punto. En fin, supongamos de todos modos que Carter no planeó ningún asesinato; que Flaxford le mostró las fotos y que reaccionó visceralmente. Si no llevaba el arma encima...

Me interrumpí porque sabía que aquello no tenía el menor sentido. Al margen de que hubiera sido una reacción impropia de Sandoval, Flaxford no tenía motivo alguno para verse con él a aquella hora o para llevar un batín durante el encuentro. Además, si un hombre como Sandoval hubiera matado a alguien llevado por la ira, lo cual resulta bastante difícil de creer, seguramente se habría entregado para cumplir su castigo.

—Olvide lo que acabo de decir. No fue Carter.

—No sé cómo habría podido hacerlo.

—Todo nos lleva a la maldita caja. Tenemos que hacernos con ella. Usted quiere las fotografías y las cintas antes de que un oportunista les eche el guante y yo quiero averiguar qué hay en la caja, además de las fotos y las cintas.

—¿Cree que hay algo más?

—Tiene que haberlo. Usted y su marido son las únicas personas que estarían interesadas en las fotografías y las cintas. Pero si ninguno de los dos mató a Flaxford ni saqueó mi piso, tiene que haber algo más para que alguien la esté buscando. Cuando sepamos de qué se trata, dispondremos de una pista para descubrir quién está detrás de ella.

Ella comenzó a decir algo, pero se interrumpió al verme. Se me estaba ocurriendo

una idea. Cogí el vaso, pero lo dejé sin beber nada. Aquella noche, Bernard no iba a beber más. Tenía trabajo que hacer.

—Dinero... —dije.

—¿En la caja azul?

—Siempre cabe la posibilidad, pero no me refiero a eso. Usted iba a pagarme cuatro mil dólares. ¿Los tiene todavía?

—Sí.

—¿Puede conseguir más?

—Dos mil o quizá tres mil en los próximos días.

—No disponemos de tanto tiempo. Sus cuatro mil y mis cinco mil suman nueve mil. Es impresionante la facilidad que tengo para resolver estas sumas mentalmente. Creo que nueve mil será suficiente, aunque diez mil estaría mucho mejor. ¿Podría conseguir mil más en un par de horas?

—Supongo que sí. Sí, creo que podría conseguirlos. ¿Por qué?

Abrí la maleta y saqué los tres libros. Entregué a Darla Sandoval el de Gibbon y me quedé con el de Barbara Tuchman y el de apicultura.

—Cada treinta páginas —le dije mientras las hojeaba rápidamente— encontrará dos hojas pegadas. Sepárelas —se lo mostré, haciéndolo yo mismo— y encontrará un billete de mil dólares.

—¿Dónde ha encontrado estos libros?

—En la Cuarta Avenida, excepto *Los cañones de agosto*, que lo conseguí en el club del libro. No son robados. Tiene ante usted todos mis ahorros, el dinero que guardo para los casos de urgencia. Puede que el dinero sea robado, pero los libros son míos, y han sabido guardar su secreto. Si nos ponemos manos a la obra, sacaremos el dinero mucho antes.

—Pero ¿qué va a hacer con él?

—Uniremos nuestro dinero —respondí—. Luego entraremos en el apartamento de J. Francis Flaxford, por muchos conserjes y precintos policiales que haya. Lo haremos de la forma más expeditiva que existe: pagando una escolta policial.

Me senté en mi butaca y observé cómo Ray Kirschmann contaba los billetes de cien dólares. Llevaba a cabo la operación en silencio, aunque movía los dedos mientras contaba, por lo que me resultó fácil seguir la cuenta. Cuando acabó, dijo:

—En efecto, son diez mil, como decías.

—Diez mil doscientos, Ray. Se me han debido de pegar algunos billetes. Soy un descuidado. Deja un par sobre la mesa, ¿de acuerdo? Quedamos en diez mil dólares, ni uno más ni uno menos.

—¡Joder...! —exclamó, pero dejó los doscientos sobre la mesa central de cristal. A continuación, hizo con los diez mil pavos restantes un abultado fajo—. Esto es una locura —comentó—; el mayor disparate que he hecho en mi vida.

—También es el dinero que más fácilmente has conseguido en tu vida.

—Estoy corriendo un riesgo de narices, Bernie.

—¿De qué hablas? Tenéis todo el derecho del mundo a echar otro vistazo al piso de Flaxford, tanto tú como Loren. Sois los polis que oyeron la llamada y estuvieron metidos en el asunto...

—No me lo recuerdes.

—Y ahora tenéis la sensación de que habéis pasado algo por alto, de modo que cogéis la llave, conseguís una orden, un permiso o lo que sea y tú y Loren volvéis al escenario del crimen.

—El problema es que no será Loren quien entre.

—Pues en lugar de ir con un tipo delgado vestido con un uniforme azul, vas con otro tipo delgado vestido con un uniforme azul. Maldita sea, todos los polis tenéis el mismo aspecto, no hace falta que te lo diga.

—Jesús...

—Si prefieres dejar el dinero sobre la mesa...

Me lanzó una mirada desabrida. Estábamos en el apartamento alquilado de Darla Sandoval, aunque esta vez yo bebía Yuban instantáneo en lugar de whisky escocés. Darla estaba escondida en la cocina, detrás de un par de puertas con persiana. Como la mitad de los grandes eran suyos, creía que tenía derecho a enterarse de nuestros acuerdos, aunque no era conveniente que conociera a Kirschmann personalmente. Si Ray se había tomado la molestia de preguntarse a quién pertenecía el piso en que estábamos, se había guardado la curiosidad para sí mismo. De no ser por el típico «Bonito piso, Rhodenbarr», podríamos haber estado en Nedick's, comiendo unos perritos calientes.

—No sé qué decir —farfulló—. Un prófugo de la justicia, un asesino que ha escapado...

—Ray, lo único que he matado ha sido mi maldito tiempo. Ya te lo he dicho.

—Sí, sí...

—¿No creerás sinceramente que maté a Flaxford?

—Yo no creo nada, Bernie. Tanto si le mataste como si murió de un uñero, lo cierto es que sigues siendo un prófugo acusado de homicidio. —Fruunció el entrecejo como si hubiera recordado algo desagradable—. Si no le mataste, ¿por qué leches te lanzaste sobre mí? Hiciste que me sintiera como un imbécil.

—Fue una estupidez, Ray. Tuve miedo.

—Miedo...

—Si hubiera sabido que Flaxford estaba muerto en el suelo, no habría perdido los estribos de esa manera. Pero lo cierto es que me asusté, al igual que se asustó Loren.

—Cuando Loren se asusta, se desmaya. Es una actitud mucho menos hostil cerrar los ojos y dejarte caer sobre la alfombra.

—La próxima vez me desmayaré.

—Gracias.

—Lo que estoy buscando nos señalará directamente al verdadero asesino. Ray, sé que no maté a nadie y voy a averiguar quién lo hizo. Después te entregaré al asesino y tú serás un héroe. «El ingenioso policía que escarbó debajo de la superficie para llegar hasta la verdad», publicarán los periódicos. Te aseguro que después de esto te pondrán a trabajar de paisano.

—De paisano... Cuando tú lo dices, consigo un ascenso; en cambio, si me pongo a pensar en ello detenidamente, me veo cubierto de mierda.

—Olvídalo, Ray. Conseguirás un ascenso y diez de los grandes.

—Olvidas que tengo que repartir el dinero con Loren. —Le lancé una mirada dubitativa y él me respondió poniendo cara de estar ofendido—. A medias, ni más ni menos —subrayó—. Los dos corremos el mismo riesgo, joder. Vas a llevar su insignia y su porra, y el arma que llevarás colgando de la cintura será la suya, por amor de Dios. Como se descubra el pastel, él tendrá que dar la cara, cogidito de mi brazo... En resumidas cuentas, tengo que darle cinco de los grandes.

—Me parece justo.

Me miró por un momento y luego dejó escapar un silencioso silbido. Dio unos golpecitos con el fajo de billetes al sofá que tenía al lado y dijo:

—Talla treinta y ocho, ¿no?

—Es mi talla.

—Loren utiliza una más pequeña, así que cogí este, que es nuevo. Será mejor que te lo pruebes.

Abrí el paquete, me quité la ropa y me puse un uniforme azul de policía reglamentario y una camisa azul. No había gorra, llevaría la de Loren. Cuando terminé de vestirme, Ray me miró, alisó un poco mi uniforme y, tras retroceder un par de pasos, se encogió de hombros y meneó la cabeza con gesto de incredulidad.

—No estás muy elegante que se diga.

—Mientras no sea una deshonra para el uniforme.

—Bueno, no parece que esté hecho a tu medida, pero he de reconocer que el de Loren tampoco lo parece.

Traté de recordar el aspecto de Loren.

—No —convine—, el uniforme le sienta realmente mal. —Me di unas palmadas sobre el pantalón y alisé unas arrugas imaginarias—. Bueno, creo que servirá, ¿no?

—Es posible.

Aún no me había quitado el uniforme cuando Ray se marchó. En cuanto cerró la puerta, Darla Sandoval salió de la cocina. Me miró de arriba abajo y arqueó las cejas.

—¿Y bien?

—Creo que pareces un policía de verdad. Si quieres mirarte, hay un espejo en la puerta del dormitorio.

Supongo que si hubiera habido un espejo en el techo del dormitorio no me hubiera sorprendido —bueno, quizá sí—. El caso es que fui, vi mi reflejo en el espejo de la puerta y pensé que no estaba mal. Volví al salón y convine con Darla en que parecía un auténtico policía.

—Se ha llevado todo nuestro dinero —dijo ella—. ¿Crees que ha sido prudente?

—Creo que era inevitable. No se puede pagar a los polis la mitad por adelantado y el resto al final.

—Vendrá esta noche para recogerte.

Hice un gesto de asentimiento.

—A las veintiuna horas, es decir, a las nueve, pero lo dijo así porque llevaba uniforme.

—¿Vas a quedarte aquí para esperarle?

Negué con la cabeza.

—Volveré al centro, al apartamento en que estoy viviendo ahora. No quería citarme con él allí para no complicarle las cosas. Además, es mejor que no sepa dónde vivo.

—¿Y si no acude a la cita, Bernard? ¿Qué ocurrirá?

—Acudiré. Incluso trataré de llegar a la hora, ya que quiere evitar que algo salga mal. Vendrá con Loren, yo me pondré la insignia, la gorra, la pistola, la porra, las esposas y toda esa mierda. Loren se quedará aquí leyendo una revista de astrología, mientras Ray y yo nos ensuciamos las manos. Luego Ray me traerá aquí, recogerá a Loren y se acabó.

—Pero ¿y si se queda con los diez mil dólares y se olvida de todo?

—No lo hará —repuse.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es un hombre honrado —dije y, al ver que me miraba, añadí—: Hay personas honestas de todas las clases. Si un poli como Ray hace un trato, lo cumple. Él pertenece a esa clase de personas honestas. Ya has oído cómo se puso cuando he dudado de que hiciera un reparto equitativo con Loren. —Darla sonrió y pregunté—: ¿He dicho algo gracioso?

—No, estaba pensando en Carter. No entendería una palabra de lo que estás diciendo.

—Bueno, él pertenece a una clase diferente de personas honestas.

—Ya lo creo. Bernard, creo que otra copa no me hará daño. ¿Quieres una?

—No, gracias.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Quieres más café?

Hice un gesto de negación. Ella volvió a la cocina y regresó con una copa en la mano. Se sentó en el sofá, bebió del vaso, lo dejó sobre la mesa central y se fijó en los dos billetes de cien dólares que Ray no se había llevado porque yo se lo había pedido.

—Creo que esto es tuyo —dijo.

—Bueno, uno de nosotros se equivocó al contar, señora Sandoval.

—Darla.

—Darla. ¿Por qué no nos quedamos uno cada uno?

Le pareció justo. Cogió un billete y me entregó el otro. Luego dijo:

—Aseguras que ese agente es honesto, pero si no le hubieses dicho nada, se habría quedado con los doscientos dólares.

—Estaba nervioso.

—Al parecer, sí que hay diferentes clases de honestidad.

—Sí.

Había llegado la hora de guardar el uniforme y llevármelo al centro. Sin embargo, no me apetecía marcharme, al menos por el momento. Permanecí sentado, enfrente de Darla, mirando cómo bebía su copa.

—Bernard, estaba pensando que es una pérdida de tiempo que vayas al centro y vuelvas. Además, salir a la calle es un riesgo añadido, ¿no?

—Cogeré un taxi. No creo que sea tan arriesgado.

—Podrías quedarte aquí...

—Me gustaría dejar la maleta en el otro apartamento. Además hay una persona a la que quiero ver antes de reunirme con Ray esta noche. Por otro lado, tengo un par de cosas que hacer.

—Entiendo.

Nuestras miradas se encontraron. Aquella dama tenía mucha presencia, y también

algo más...

—Tienes un aspecto impresionante con ese uniforme —comentó.

—¿Impresionante?

—Realmente impresionante. Es una lástima que no pueda estar aquí esta noche cuanto te den la porra, las esposas y todo eso.

—Bueno, puedes imaginar qué aspecto tendré.

—Te aseguro que lo haré. —Se pasó deliberadamente la punta de la lengua por los labios—. Los disfraces pueden ser muy útiles, ¿sabías? A veces pienso que es lo que más me gusta del teatro. No me refiero al hecho de que los actores lleven disfraces, sino a que el personaje que el actor interpreta sea una especie de disfraz.

—¿Has actuado alguna vez, Darla?

—No, no. Sólo soy una aficionada. ¿Qué te hace pensar que he actuado alguna vez?

—Tu manera de hablar.

Volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Los disfraces... —comentó mirando mi uniforme de arriba abajo—. Creo que ya te he dicho que antes me consideraba una persona muy convencional.

—Creo que sí.

—Sí, estoy segura de haberlo hecho.

—Sí.

—Convencional... en lo que respecta al sexo.

—¿De veras?

—Sin embargo, hace ya unos años que sé que no es así. Quizá también lo haya comentado.

—Bueno...

—De hecho estoy segura de que te lo he dicho.

—Sí.

Se levantó para que pudiera admirar perfectamente la forma de su cuerpo.

—Si pudiera verte con el uniforme —prosiguió—, la porra y las esposas, creo que me parecerías realmente irresistible.

—¿De veras? —repetí, cada vez más nervioso.

—Podríamos hacer las cosas más extraordinarias. Apuesto a que unas personas con imaginación encontrarían algo interesante que hacer con una porra y unas esposas.

—Es posible.

—Estoy segura, aunque tal vez seas demasiado convencional para hacer esa clase de cosas.

—No soy nada convencional.

—Estaba segura. ¿Me encuentras atractiva?

—Sí.

—Espero que no lo digas por cortesía.

—No, no lo he dicho por eso.

—Muy bien. Soy mayor que tú, aunque espero que eso no suponga ningún inconveniente.

—¿Por qué habría de serlo?

—No lo sé. Así pues, ¿no hay ningún inconveniente?

—No.

Asintió pensativamente con la cabeza.

—Este no es el mejor momento para nosotros —dijo.

—Además, no tengo la porra ni las esposas.

—Es cierto. Pero como adelanto, ¿por qué no vienes aquí y me besas?

Fue un beso turbador. Estábamos de pie y ella me rodeó el cuello con los brazos; mientras nos besábamos, bajé las manos hasta sus nalgas y las apreté con toda mi fuerza. Ella se estremeció. Finalmente nos soltamos.

—Cuando todo esto haya acabado, Bernard...

—Sí, por supuesto.

—Ni siquiera será necesario el uniforme.

—No, aunque podría ser divertido.

—Por supuesto que sería divertido. —Volvió a pasarse la lengua por los labios—. Quiero lavarme. Y tú querrás cambiarte, ¿no? ¿O tienes pensado ir al centro de uniforme?

—No, voy a cambiarme.

Ya tenía mi ropa puesta cuando ella salió del cuarto de baño. El rubor había desaparecido de su cara y se había vuelto a pintar los labios. Me puse mi ridícula peluca y ajusté la gorra en su sitio. Ella me dio las llaves de la puerta de la casa para que pudiera entrar cuando regresara. No le recordé que podría arreglármelas sin ellas.

—Bernard —dijo entonces—, los doscientos dólares que sobran...

—¿Qué pasa con ellos?

—¿El agente los habría repartido con su compañero?

Tuve que pensar en la respuesta y al final le dije que no lo sabía.

Sonrió.

—Es una buena pregunta, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Una pregunta muy buena.

Llegué al piso de Rod antes que Ellie. Mientras la esperaba, me probé nuevamente el uniforme y me fijé en mis zapatos. ¿Llevaban los policías mocasines de cuero escocés? Creía recordar que siempre llevaban zapatos negros de cordones con la puntera cuadrada y que de vez en cuando se los cambiaban por otros negros de

puntera perforada. Pero ¿llevaban alguna vez mocasines?

Decidí que no tenía importancia.

Cuando Ellie llegó y me vio con el uniforme, sufrió un acceso de risa, lo cual no contribuyó a fortalecer la confianza que pudiera tener en mí mismo.

—No puedes ir de policía —exclamó—. Tú eres un ladrón.

—Vamos, no es para tanto.

—No tienes aspecto de poli, Bernie.

—Hoy en día los polis ya no tienen aspecto de polis. Los de la vieja guardia, como Ray, se mantienen en su sitio, pero la nueva generación no está a la altura. El compañero de Ray es un buen ejemplo de lo que digo. Se golpea la rodilla con la porra, me pregunta de qué signo del zodiaco soy, se desmaya... Tengo tanto aspecto de policía como él. Además, la única persona a la que tengo que convencer es el conserje. Iré con Ray, y él se encargará de hablar.

—Si tú lo dices...

—¿Crees que no es una buena idea?

—Supongo que sí. ¿Realmente esperas encontrar la caja en el piso?

—Si ha estado allí en algún momento, también estará ahora. Creo que sé quién entró en mi casa: los tipos de la fiscalía de Michael Debus. —Quizá los dos hombres que había visto entrar dos noches atrás, pensé. Mientras permanecía en la esquina mirando mis ventanas iluminadas, ellos habían estado ocupados convirtiendo el orden en caos—. Es el fiscal del distrito de Brooklyn o Queens y está relacionado con Flaxford.

—¿Flaxford también le hacía chantaje?

—Lo dudo. Creo que se ocupaba de resolver los asuntos sucios a Debus. Carter Sandoval estaba poniéndole las cosas difíciles, y Flaxford presionaba a la señora Sandoval para que convenciera a su marido de que abandonara la investigación. Debus debía de estar preocupado ante la posibilidad de que hubiera alguna prueba incriminatoria en el piso, pero probablemente ignoraba que esta estaba guardada en una caja azul. Sólo sabía que Flaxford la tenía y que no podía permitir que cayera en malas manos. En cualquier caso, mandó a dos de sus matones a destrozar mi casa. Por tanto, no puede tener la caja azul, lo que significa que no la tiene nadie.

—¿Y el asesino?

—¿Qué?

—Flaxford recibió una visita en su casa aquella noche, alguien a quien conocía y a quien tal vez estaba chantajeando. ¿Quién sabe la cantidad de gente que tendría en sus manos? Es posible que guardara todas las pruebas en esa caja azul.

—Sigue, sigue...

Se encogió de hombros.

—Se reunió con su víctima y esta le exigió que le mostrara las pruebas. Flaxford

se las enseñó y su supuesta víctima le asesinó, le abrió la cabeza, cogió la caja y huyó como un ladrón.

—O como un asesino...

—Exacto. Al cabo de unos segundos llegaste tú... De hecho, es un milagro que tú y el asesino no os cruzarais en el pasillo. Mientras tanto alguien oyó el forcejeo y llamó a la policía, que entró en el apartamento cuando tú estabas registrando los cajones del escritorio.

—Sí, ahí estaba yo —dije.

—El tal Debus habrá pensado que la caja todavía está en casa de Flaxford o en la tuya, porque no conoce a X.

—¿A quién?

—A X, el asesino. —La miré, perplejo—. Bueno, así es como llaman a los asesinos en la televisión.

—Detesto ver mi vida reducida a una ecuación matemática.

—Está bien, llámalo como quieras. Que Debus piense que tú tienes la caja no significa que una tercera persona no pueda tenerla, de modo que, si no la encuentras en el piso de Flaxford, es posible que sea porque ya se la han llevado.

Me sentía un tanto enojado, de la misma manera que debió de sentirse la gente hace unos siglos cuando Galileo empezó a dar guerra.

—La caja está en el piso de Flaxford —dije—. Y la tierra es plana, ¿me oyes? ¡Y los objetos pesados caen a mayor velocidad que los ligeros! ¡Y deja de aguarme la fiesta, joder!

—Sí, Bernie, pero...

—Es posible que el asesino sintiera pánico y saliera corriendo sin la caja. Quizá Flaxford no le enseñó la caja.

—Quizá.

—Quizá la jodida caja no haya salido en ningún momento de la caja fuerte de Flaxford y esté a salvo en algún banco de la ciudad.

—Tal vez.

—Quizá sea Michael Debus quien mató a Flaxford. Luego se hizo con la caja y dijo a Darla Sandoval y a Wesley Brill que saquearan mi piso.

—No irás a decir que es eso lo que piensas...

—No, por supuesto que no. Brill pudo matar a Flaxford porque había olvidado su papel y le dio la caja a Carter Sandoval para que guardara en ella su colección de monedas. Sí, lo sé... También es absurdo. Maldita sea, la caja tiene que estar en el piso de Flaxford.

—Porque tú quieres que esté allí.

—Exacto, porque quiero que esté allí. ¿Lo entiendes? Porque soy un genio, tengo una intuición de la leche y me arriesgo cuando tengo una corazonada.

—Lo cual explica por qué has conseguido que tu vida sea un éxito clamoroso.

A aquellas alturas ya nos las habíamos ingeniado para gritarnos sin levantar la voz. En algún lugar de mi cabeza, me preguntaba por qué estábamos tan enfadados. Sabía que Darla Sandoval había encendido un fuego que todavía no estaba extinguido.

Al final la disputa fue perdiendo fuerza con tan poco sentido como había comenzado. Nos miramos mutuamente y el asunto quedó zanjado.

—Voy a preparar café —propuso—. A menos que prefieras tomar una copa.

—No bebo cuando estoy de servicio.

—¡Pero no tienes las llaves! Además, vas a ir con un representante de la ley.

—Para mí sigue tratándose de un robo.

—Pues entonces sólo café para ti. Muy bien. ¿Va a ir a recogerte al piso de ella? ¿Piensas volver allí vestido de esta manera?

—¿Crees que tendré frío con esta ropa? Lo siento... No sé si cambiarme o no. La verdad es que estoy harto del maldito uniforme. Además, con la suerte que tengo, seguro que alguien me pide por el camino que detenga a un atracador.

—O que investigues un robo.

—Por otro lado, sin la gorra el uniforme está incompleto. Será mejor que me lo quite.

—Y después de quitarte el uniforme, ¿te vestirás enseguida?

—¿Qué?

Se volvió hacia mí. En sus labios se dibujó lentamente una sonrisa y empezó a desabrocharme los botones.

Llegué al apartamento de Darla unos minutos antes que la policía. Apenas había terminado de ponerme el uniforme cuando llamaron al timbre. Abrí la puerta e hice pasar a Ray y Loren; el primero venía con cara de pocos amigos y el segundo con cara de incredulidad. Ray fue el primero en entrar, haciendo señales por encima del hombro con el dedo pulgar.

—Me está sacando de quicio, Bernie —dijo—. ¿Te importaría explicarle por qué no puede venir con nosotros?

Miré a Loren, que a su vez miró mis mocasines de cuero escocés, no porque no le gustaran, sino porque era así de indiscreto.

—Lo único que digo es que yo también debería ir —explicó—. ¿Y si pasa algo?

—No va a pasar nada —repuso Ray—. Bernie y yo vamos a ir a un sitio de visita, luego nos marcharemos de ese sitio, volveremos aquí y Bernie te devolverá tus cosas. A continuación, tú y yo nos largaremos, iremos a casa y contaremos nuestro dinero. ¿Has traído tus revistas?

—He traído un libro.

—Pues siéntate en ese sofá y empieza a leer. Es un sofá muy cómodo. Yo ya me he sentado en él. ¿Sueles ganar tanta pasta leyendo libros?

Loren no dejaba de resoplar.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si este Géminis aprovecha para jugarnos una de las tuyas?

—El apartamento de Flaxford está en la misma zona que este —intervine.

Nadie dijo nada. Loren enumeró las cosas que podían salir mal, desde accidentes de tráfico a imprevistas alertas de protección civil. Ray replicó que un grupo de tres policías, dos de ellos legales, era más peligroso que uno en el que hubiera un suplantador. Loren no pareció entenderlo y concluyó:

—Esto no me gusta. Francamente me parece una locura.

—Si vinieras con nosotros, sólo habría una pistola para vosotros dos, y una insignia, y una gorra...

—¡Lo que faltaba! Me quedaré aquí sentado sin mi insignia y mi pistola. No sé, no sé, Ray...

—Te quedarás en un piso vacío con la puerta cerrada con llave. ¿Para qué coño necesitas una pistola? ¿Para asustar a las cucarachas?

—Aquí no hay cucarachas —puntalicé—. Es una casa de categoría.

—¿Lo ves? Ni siquiera hay cucarachas.

—¿Y a mí qué me importan las cucarachas?

—Creía que tal vez te importaban.

—No sé, no sé, Ray...

—Escucha, imbécil, siéntate y dale a Bernie tus cosas. Bernie, quizá una copa le

ayude a calmarse.

—Claro...

—¿Tienes algo para beber?

Fui a la cocina a buscar el escocés y volví con la botella, un vaso y algo de hielo.

—Prefiero no beber —dijo Loren—. Estoy de servicio.

—¡Dios Santo...! —exclamó Ray.

—Bueno, aquí lo tienes por si te apetece, Loren —dije yo. Él hizo un gesto de asentimiento. Me puse el cinturón y comprobé que la funda estaba abrochada para asegurarme de que la pistola no caería. Eché la mano hacia atrás y, al tocar el frío acero, pensé en lo espantoso que era aquel cacharro.

—Este jodido trasto pesa una tonelada —comenté.

—Te acabas acostumbrando.

—Será difícil andar con tanto peso.

—Te acostumbras enseguida. De hecho, llega un momento en que te sientes desnudo sin ella.

Cogí la brillante y negra porra de manos de Loren y me di con ella un golpe de prueba en la palma de la mano. La madera estaba suave y lustrosa. Ray me mostró cómo se enganchaba del cinturón y cómo se aseguraba para que no se soltara y me diera un porrazo en la espinilla. Luego me colgué la insignia y me puse la gorra. Fui al dormitorio y me miré en el espejo de la puerta. Esta vez sí que parecía un auténtico policía.

La gorra era importante, desde luego, y creo que la insignia, la pistola, la porra y las esposas también contribuían a que cambiara de actitud y me sintiera más cómodo en mi papel. Solté la porra de su enganche, golpeé el aire y la coloqué de nuevo en su sitio. Me planteé sacar la pistola de la funda, pero descarté la idea, convencido de que sólo conseguiría volarme un dedo del pie. De hecho, había sido un milagro que me hubiera puesto la insignia en la camisa y no en la piel, pensé.

Cuando regresé al salón me sentía tan identificado con mi papel que podía detener el tráfico, ordenar a un grupo de personas que se dispersaran o conseguir una comida gratis en un restaurante. Creo que Ray también notó la diferencia. Me miró de arriba abajo, desde la gorra a los zapatos, e hizo lentamente un gesto de asentimiento.

—Impresionante —dijo.

Hasta Loren estuvo de acuerdo.

—Son actores por naturaleza.

—¿Los ladrones?

—Los Géminis.

—Joder... —exclamó Ray—. Larguémonos de aquí.

En el coche de policía dijo:

—Tenemos el camino despejado para entrar en el apartamento. Está precintado porque constituye una prueba, pero podemos romper los precintos y pegar unos nuevos cuando nos marchemos. Eso será lo que conste en el informe. No habrá problemas.

—¿Es una práctica habitual?

—Por supuesto. Los precintos sirven para impedir que se produzca una entrada no autorizada. Es imposible mantener fuera a alguien que quiera entrar, pero no se puede pasar por la puerta sin romper el precinto. Este piso ya ha sido abierto y precintado en un par de ocasiones. He visto el informe.

—¿Y quién ha entrado?

—Los de siempre. El fotógrafo y los del laboratorio entraron antes de que lo precintaran la primera vez, pero luego el fotógrafo tuvo que volver. Es posible que salieran mal algunas fotos o que alguien de la fiscalía del distrito quisiera que sacase otras de las demás habitaciones. Uno nunca sabe lo que esos monos pueden enseñar al jurado con la etiqueta de «Prueba n.º 1». Luego fue el ayudante del fiscal del distrito, quizá para hacerse una idea exacta del lugar, y también un par de agentes de homicidios, aunque este caso pertenece única y exclusivamente a nuestro distrito y no vamos a permitir que esos idiotas nos lo quiten. De todos modos, tenían que echar un vistazo; quizá pensaran que el *modus operandi* podría coincidir con el de algún caso que estén investigando. También fueron otros, supongo que por la misma razón, pero eran de otra fiscalía. Ni siquiera eran de Manhattan los muy payasos, sino de la otra orilla del río...

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—¿A qué fiscalía pertenecían? ¿A la de Brooklyn? ¿A la de Queens?

—A la de Brooklyn.

—¿Quién es el fiscal del distrito de Brooklyn?

—El fiscal del distrito de Brooklyn... ¡Mierda, no me acuerdo!

—¿No era Michael Debus?

—Sí, es Debus. ¿Por qué?

—¿Cuándo fueron sus hombres por allí?

—Entre la noche del asesinato y esta. ¿Qué ocurre? —Me miró pensativamente y estuvo a punto de chocar con un coche estacionado—. Siempre aparcan en medio de la jodida calle —objetó—. ¿Qué tienes que ver con el tal Debus, Bernie?

—Nada, pero Flaxford sí.

—¿Por qué?

Guardé silencio por un momento. De haber sabido cuándo habían estado en mi casa y cuándo había ordenado Debus que registraran el apartamento de Flaxford... Traté de volver a la realidad, pero no podía dejar de pensar que quizá reforzaría mis

teorías si lograba demostrar que Debus había mandado a sus hombres a la calle 67 Este antes de mandarlos a West End Avenue, aunque con ello no probaría nada, y mi teoría tampoco quedaría destruida si cambiaba el orden de factores.

Así pues, la única variable importante era la caja. O lograba encontrarla o sería mi fin.

—Tal vez sea importante saber a qué personas mandó Debus y cuándo fueron — dije.

—Bueno, sería cuestión de buscar en los informes.

—¿Podrías hacerlo?

—Ahora mismo no, pero sí más tarde.

—De todas formas seguirá allí — dije.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo.

Reconocí al conserje, pero él no me reconoció a mí y pensé que, cuando llegara la Navidad, tendría que acordarme de él. Nos abrió la puerta de la misma forma que me la había abierto a mí en dos ocasiones anteriores y, mientras Ray hablaba con él, tuvo que interrumpirse dos veces para interrogar a unas personas que querían entrar en el edificio. Era evidente que le habían amonestado por dejarme pasar, pero como al menos había conservado su trabajo, me alegré por él.

Ni siquiera me volvió a mirar. Llevaba puesto un uniforme y me encontraba al lado de Ray, así que ¿por qué debía fijarse en mí?

Subimos en el ascensor en compañía de un hombre vestido como un sacerdote — supongo que realmente lo sería, pero su aspecto dejaba tanto que desear como el mío —. Se me ocurrió que el atuendo de clérigo podría servir de disfraz para un robo, en caso de urgencia, me permitiría pasar por delante de la mayoría de los conserjes sin ningún problema. Por supuesto, no sería buena idea llevarlo en los barrios residenciales, donde lo principal era evitar llamar la atención. En esos barrios el uniforme de cartero resulta ideal. Mucha gente conoce al cartero, desde luego, pero si uno logra hacerse pasar por el repartidor de paquetes o por el que entrega las cartas certificadas, el problema está resuelto.

—¿En qué estás pensando, Bernie?

—En los negocios —contesté. Bajamos en la segunda planta y dejamos al supuesto sacerdote. Permanecí a un lado mientras Ray rompía los precintos de la puerta de Flaxford. Luego, mientras él buscaba las llaves en el bolsillo, toqué el timbre. Ray se volvió hacia mí.

—Es sólo cuestión de rutina —le expliqué.

—La puerta está precintada por la policía ¿y aún crees que habrá alguien dentro?

—No puedes fiarte de nada.

—¿De qué estás hablando?

—Todo el mundo sigue una rutina —repliqué.

—Joder... —farfulló. Encontró las llaves e intentó meter una en la cerradura. Observé que no entraría. Probó con la otra y esta sí que entró—. Te resultará extraño utilizar una llave —comentó entonces.

Poco antes había utilizado la llave de Darla y ahora estábamos utilizando la de Flaxford. El único lugar en que tuve que entrar con la ganzúa durante aquellos días fue el apartamento en que me alojaba.

—La última vez que abrí esta puerta —comentó Ray— me encontré con un ladrón en el otro lado.

—La última vez que la abrí había un cadáver en el dormitorio.

—Esperemos que esta noche nos depare una nueva experiencia.

Dio media vuelta a la llave en el sentido de las agujas del reloj y abrió la puerta de un empujón. Dijo algo que no alcancé a oír y entró, buscando a tientas el interruptor de la luz. Luego se volvió hacia mí y me hizo una señal para que pasase. Yo, sin embargo, permanecí donde estaba.

—Vamos —dijo—. ¿A qué esperas?

—La puerta no estaba cerrada con llave.

—Claro que lo estaba. La he abierto yo.

—Sólo has abierto el pestillo. Todo lo que has hecho ha sido girar la llave hasta la mitad y se ha abierto. Una cerradura como esta también tiene cerrojo y, si el cerrojo está echado, tienes que dar una vuelta y media a la llave para abrirlo.

—¿Y qué?

—Pues que la última persona que salió por esta puerta no se molestó en cerrarla con llave. La cerró al salir y basta.

—¿Qué importa? Quizá su compañero tenía la llave y como ya estaba camino del ascensor no se preocupó de ello. Quizá no suele cerrar con llave. Hay mucha gente que no echa la llave al salir. Nunca se molestan en echar el maldito... cerrojo.

—Lo sé. De esa manera me hacen la vida mucho más fácil.

—Pues bien, la persona de que estamos hablando no estaba en su casa y, además, tenía que pegar un precinto en la puerta al salir. Así que, ¿por qué habría de preocuparse por el cerrojo? No significa nada, Bernie.

—Es cierto —convine y empecé a rebuscar en mi memoria, intentando capturar un detalle que hubiera pasado por alto—. Yo sí eché el cerrojo.

—¿Qué dices?

—Cuando entré, cerré la puerta y giré este tirador. Así es como se echa el cerrojo desde dentro.

—¿Y bien...?

—Cuando tú y Loren llegasteis con la llave del conserje, tuvisteis que dar una

vuelta entera a la llave para abrir el cerrojo y media más para abrir el pestillo.

—Si tú lo dices... —comentó Ray, que parecía un tanto impaciente—. Si eso es lo que piensas, te creo, Bernie, porque sinceramente nunca me paro a pensar cuántas veces he girado una llave en una cerradura, sobre todo cuando no sé qué coño hay al otro lado de la puerta, que fue lo que ocurrió aquella noche. De todos modos, no tiene importancia y no sé de qué diablos estás hablando. Creía que querías entrar, pero si lo único que vas hacer es hablar de cerraduras como un chiflado...

—Está bien —dije. Entré y cerré la puerta al pasar. Y eché el cerrojo.

Todo estaba como la última vez que lo había visto. Si Michael Debus era el responsable del equipo de demolición que había pasado por mi casa, sin duda había asignado la tarea de registrar la vivienda de Flaxford a gente mucho más comedida. No obstante, el registro de mi piso se había llevado a cabo sin autorización ni informe, mientras que la visita a este se había realizado con permiso oficial y estaría debidamente consignada en algún archivo. Así pues, los libros de Flaxford continuaban en la biblioteca de Flaxford y la ropa de Flaxford continuaba en los armarios y las cómodas de Flaxford. Nadie había despedazado sus muebles, ni levantado su moqueta ni descolgado sus cuadros de las paredes.

Todo aquello me parecía muy injusto. Flaxford, que había terminado llevándose el premio que aguarda a todos los chantajistas y sacamantas, jamás volvería a llevar aquella ropa, ni a leer aquellos libros, ni a vivir en aquel apartamento y, sin embargo, lo habían dejado todo ordenado. Yo, en cambio, que necesitaba todo lo que había en mi casa, había recibido un trato espantoso.

Intenté borrar aquella iniquidad de mi mente para concentrarme en el registro del piso. Comencé por el dormitorio, donde las marcas de tiza sobre la alfombra oriental —ignoro de qué clase era— indicaban la posición del cadáver. Había caído justo a la izquierda del pie de la cama, de modo que las piernas habían quedado separadas y apuntando hacia la puerta. Había unas manchas de color marrón oscuro en la parte de la alfombra donde habían perfilado la cabeza y unas manchas parecidas sobre la cama, que estaba sin hacer.

—¿Sangre? —pregunté.

Ray hizo un gesto de asentimiento.

—Uno siempre imagina la sangre de color rojo.

—Cuando se seca, se oscurece.

—Debió... de caer sobre la cama cuando le golpearon. Luego resbalaría hasta caer al suelo.

—Eso parece.

—En el periódico ponía que lo habían matado con un cenicero. ¿Dónde está?

—Creía que había sido con una lámpara. ¿Estás seguro de que fue un cenicero?

—Eso es lo que ponía en el periódico.

—Qué sabrán esos... En cualquier caso, alguien le habrá puesto una etiqueta y se lo habrá llevado de aquí. No suelen olvidar el arma del homicidio. Le ponen una etiqueta, la estudian en el laboratorio de un montón de maneras diferentes, le sacan cientos de fotos y luego la guardan bajo llave en alguna parte. —Se aclaró la garganta—. De todos modos, incluso en el caso de que estuviera aquí, no podría permitir que hicieras nada con ella. No está permitido tocar las pruebas.

—Sólo me preguntaba qué habría pasado con ella.

—Te lo digo para que lo sepas.

Pasé por su lado y rodeé la cama para acercarme a un óleo encuadrado en un pesado marco dorado, en el que se veía un establo en malas condiciones. Comprendí que, de haber habido una caja de seguridad en aquel lugar, la habrían registrado una docena de personas desde la noche del asesinato. No obstante, moví el cuadro. Lo único que había detrás era la pared.

—Qué extraño. Lo normal sería que tuviera una caja de seguridad. Los hombres como él suelen guardar dinero en casa. Bueno, tal vez el asunto no le preocupara.

—¿De qué dinero estás hablando? Tenía propiedades y trabajaba en el teatro. ¿Qué tiene que ver el dinero con todo esto? Lo único que importa son los recibos del teatro y nadie se los lleva a casa hoy en día. Los meten directamente en el depósito del banco. Además, no creo que le dieran mucho dinero los teatrillos con que trabajaba.

«No merece la pena discutir el asunto», pensé, pero respondí:

—Flaxford tenía líos con un montón de gente. Creo que ejercía de hombre de confianza, de sacamantas o algo parecido. Sé que tenía relación con un pez gordo de la política, pero ignoro si trabajaba de forma independiente o no. También se dedicaba a mangonear por ahí, chantajeando y extorsionando a la gente.

—Creía que no lo conocías.

—Y es cierto.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—Yo lo sé todo —respondí—. Y en la comisaría también deben de saber algo al respecto. ¿Nunca has oído hablar acerca de la vida secreta de Flaxford?

—Ni una palabra, aunque no creo que alguien se haya preocupado de investigar. Como sabemos quién lo mató y el caso está resuelto, ¿qué necesidad hay de husmear en busca de detalles? ¿Qué sacaríamos con ello?

—Claro, con el caso resuelto... —dije con voz hueca.

—Bernie, si me dijeras qué estamos buscando...

—Tú no estás buscando nada. Soy yo quien está buscando algo —maticé recalcando las palabras.

—Sí, ¿pero qué?

—Lo sabré cuando lo vea.

—¿Y si lo veo yo?

Volví a pasar por su lado, sorteando con cuidado las marcas de tiza como si el cadáver siguiera allí o una presencia ectoplásmica flotara sobre la alfombra. Enfilé el pasillo y me detuve para mirar dentro del cuarto de baño. Era grande en comparación con el resto del piso, lo que hacía suponer que en algún momento el edificio había sido dividido en viviendas más pequeñas de alquiler. Había una enorme bañera con patas, una antigualla de diseño que contrastaba con el aspecto moderno del lavabo y el retrete. Dejé caer agua en el lavabo, tiré de la cadena y me volví para ver cómo Ray me miraba con las cejas arqueadas.

—Sólo estaba recordando —dije—. Si Loren no se hubiera equivocado de camino después de tirar de la cadena, todos nos habríamos ido del piso tan tranquilos.

—Sin duda. ¿Quién sabe cuándo hubieran descubierto al pobre desgraciado?

—Tal vez habrían tardado días.

—Y tú estarías libre, Bernie. Incluso si te hubiéramos relacionado con el asesinato, ¿qué habríamos podido hacer? ¿Ir a comisaría con la gorra en las manos y decir que te habíamos cogido y que luego habíamos dejado que te largaras? Además, para cuando hubiéramos relacionado todos los datos, ya no habríamos podido saber si había muerto la noche en que te vimos, ya que después de tanto tiempo es difícil determinar con exactitud la hora en que ha muerto una persona.

—Pero Loren se dio de narices con él.

Me quedé un momento en el umbral de la puerta del cuarto del baño, luego me volví y me dirigí al salón. Podía examinar el armario de Flaxford por si tenía un doble fondo, pero no me parecía que fuera propio de él.

El escritorio...

Me acerqué a él y empecé a tocar la madera. Darla Sandoval había visto cómo Flaxford sacaba la caja azul del escritorio y volvía a guardarla después de mostrarle su contenido. El escritorio había continuado cerrado con llave después de la muerte de Flaxford. Ya lo había registrado en una ocasión, pero sabía que estos viejos fósiles están llenos de compartimientos secretos, de cajones ocultos bajo otros cajones... El escritorio estaba en el mismo lugar en que aquella noche debía mirar; el mismo lugar en que había estado mirando hasta poco antes de que Ray y Loren me sorprendieran; el mismo lugar en que iba a mirar ahora...

Saqué la anilla de las herramientas y le dije a Ray:

—Siéntate. Es posible que tarde un rato.

Tardé casi una hora. Saqué los cajones uno a uno, miré detrás de ellos, los volví del revés y estuve a punto de desarmarlos. Subí la persiana, escudriñé el interior y encontré más compartimientos secretos que los que uno podría anunciar en un recipiente de cereales. La mayoría estaban vacíos, aunque en uno había una atrevida

colección de pornografía victoriana que evidentemente había escondido allí un atrevido victoriano. Le pasé media docena de librillos a Ray, quien con anterioridad se había quejado de que la biblioteca de Flaxford no contenía nada más salaz que los dos volúmenes encuadernados en cuero de *El nacimiento de la república holandesa* de Motley.

—Esto está mejor —me informó—, pero preferiría que lo escribieran en un idioma inteligible. Cuando consigues enterarte de qué están haciendo, ya has perdido interés.

Continué explorando el escritorio como si fuera un cirujano. De vez en cuando, sacaba un panel interior sabiendo que luego sería incapaz de colocarlo en su sitio, lo cual me apenaba, aunque no tanto como para echarme a llorar. Finalmente comprendí que por muchos compartimientos secretos que el escritorio tuviera, Flaxford no habría guardado la caja azul en ninguno de ellos. Le habría costado demasiado tiempo esconderla y volverla a sacar.

Di un paso hacia atrás para observar el escritorio y deseé poder lavarme las manos y olvidar aquel jodido asunto. Aquella idea me llevó rápidamente de vuelta al cuarto de baño. Mientras hacía mi imitación de las cataratas del Niágara, me dediqué a observar el complicado trazado del suelo de baldosas que tenía bajo los pies. Eran baldosas de arcilla, como las que se utilizaban antiguamente, de unos siete centímetros cuadrados y blancas en su mayoría, adornadas con un dibujo geométrico de baldosines. Cuando había llegado al extremo de plantearme la posibilidad de levantar el suelo, comprendí que me estaba acercando de manera peligrosa al límite. Tiré de la cadena, me lavé las manos, busqué infructuosamente una toalla, me sequé con el pantalón del uniforme, solté la porra de Loren de su enganche, me propiné un vigoroso golpe en la palma de la mano y salí de allí.

Como había hecho Loren, me dirigí al dormitorio. Registré rápidamente el armario, pues sabía que no encontraría nada más que ropa, y eso fue todo lo que encontré.

Cuando me disponía a salir de la habitación, lo vi casualmente por el rabillo del ojo. Se trataba de algo que se había quedado encajado entre una columna de la cama y la pared.

Me apoyé en el suelo con una rodilla y lo examiné. Lo miré con sumo cuidado y me dije que todo encajaba con algunas de mis ideas. Me levanté dejándolo donde estaba y volví al salón.

Estaba metiendo el último cajón en el escritorio cuando Ray preguntó:

—¿Qué diablos significa *gamahouche*?

Le pedí que lo deletreara, luego cogí el libro y eché un vistazo.

—Creo que significa hacérselo a una tía con la boca —dije.

—Eso pensaba. ¿Por qué cojones no lo dicen?

—Otros tiempos, otras costumbres...

—¡Y una mierda!

Le dejé mirando aquella obscena reliquia y me puse a andar de un lado a otro. Al cabo de un rato, me senté en la butaca verde en que me había dejado caer antes de enfrentarme con el escritorio, puse los pies encima del escabel, respiré hondo y traté de situarme en el ambiente del lugar.

«Te llamas J. Francis Flaxford —me dije— y estás sentado aquí cómodamente con tu albornoz, que es tan elegante que lo llamas batín. Deberías estar en el teatro, pero te has quedado en casa con una copa al alcance de la mano, un libro en el regazo, un puro en la boca y...».

—Qué extraño... —dije.

—¿El qué? —inquirió Ray.

—Deben de haberse llevado los dos ceniceros.

—¿Tú crees?

—Antes había un pesado cenicero de vidrio tallado sobre esta mesa.

—Lo encontraron en el dormitorio. Fue el objeto que utilizó el asesino para matarlo. De todos modos, ya te he dicho que se lo llevaron para examinarlo.

—No, había otro cenicero —dije—. Estaba en esta mesa. Supongo que sería la pareja del arma homicida. ¿Por qué se llevaron los dos?

—¿Quién sabe?

—Un exceso de eficiencia.

—Bernie, no nos queda mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—He encontrado algo...

—¿En el escritorio?

—En el dormitorio.

—¿Qué? —Titubeé, pero él insistió—. No es lo que estás buscando, ¿verdad? ¿Por qué no me dices de qué se trata? Tal vez lo haya visto.

—Es poco probable.

—Quién sabe.

—Una caja azul —respondí—. Una caja forrada de cuero azul.

—¿De qué tamaño?

—¡Por Dios...! —exclamé—. O la has visto o no la has visto, Ray. ¿Qué importa su tamaño?

—Joder, has dicho una caja, ¿no? Podría ser como una cajetilla de cigarrillos o como un baúl.

—Más o menos así —dije moviendo las manos en el aire—. Como un libro. —Me acordé de la descripción de Darla—. Como un libro de tapa dura, tan grande

como un diccionario. Pero... por amor de Dios...

—¿Qué ocurre?

—Que soy un idiota, eso es todo.

Tardé unos tres minutos en encontrarla y otros cinco en determinar que los demás volúmenes encuadernados en cuero eran lo que se suponía que eran. La caja forrada de cuero azul de Flaxford no era más que un libro falso, una bonita caja de madera con cerradura que se había hecho pasar por el *El origen de las especies* de Darwin. Abierta era difícil que pareciera un libro; debía de parecerse más bien a uno de esos elegantes estuches que la gente tiene sobre la cómoda para guardar alfileres de corbata, gemelos y cosas por el estilo. Pero cerrada con llave y escondida en uno de los estantes inferiores de la biblioteca, no resultaba muy distinta de los libros que tenía a su lado.

Los gorilas que habían estado en mi casa la habrían encontrado. Al sacudir los libros uno por uno, habrían descubierto el engaño, pero el apartamento de Flaxford no había sufrido esa clase de registro.

—¿No vas a abrirla, Bernie? —preguntó Ray.

Le lancé una mirada penetrante. Me había sentado de nuevo en la butaca verde y él estaba dando vueltas en torno a mí, mirándome por encima del hombro.

—Vuelve a tu libro —le dije— y deja que me concentre en el mío.

—Supongo que tienes razón —dijo obedeciendo. Seguí observándole y vi que levantaba disimuladamente los ojos de su librito pornográfico para mirarme y que a continuación proseguía la farsa de su lectura.

—Vuelvo ahora mismo. Tengo que ir al lavabo.

Dejé atrás el cuarto de baño sin detenerme y entré en el dormitorio de Flaxford con la caja azul en la mano. Se parezcan o no a un libro, estas cajitas de seguridad se abren con tanta facilidad como una ninfómana colocada. Esta tenía una cerradura de combinación escondida debajo de la solapa de cuero. Si alineas las cifras correctas de las tres ruedas, obtienes tu premio de inmediato, pero si prefieres abrirlo por la fuerza, hay que utilizar un formón.

No tenía prisa y no quería dejar en la caja marcas que indicaran que había sido abierta. Así pues, hurgué un poco y al final la cerradura cedió. Eché un vistazo al contenido de la caja y lo transferí a mi persona, los bolsillos de mi uniforme tenían espacio de sobra para evitar lucir un bulto indecoroso.

Cuando vacié la caja, separé la cama unos centímetros de la pared. El pequeño rectángulo que me había llamado la atención minutos atrás estaba en el mismo lugar en que lo había dejado y, tras mover la cama, resultaba mucho más visible. Utilicé la porra de Loren para sacarlo, lo cogí, sujetándolo con sumo cuidado por los extremos, y lo metí en la legendaria caja azul. Luego la cerré y eché la llave.

De vuelta al salón, animé a la historia a que se repitiera dando un convincente tirón de la cadena. Ray alzó la vista cuando me vio llegar.

—¿Te han afectado los nervios al estómago?

—Creo que sí.

—Yo también estoy nervioso —dijo—. ¿Qué te parece si nos vamos?

—Bien. Puedo abrir esto cuando llegue a casa.

—Pensaba que tendrías prisa por hacerlo.

—No mucha —respondí—. Prefiero salir de aquí. Además, a Loren no le ha gustado perderse todo esto, así que vamos a darle la oportunidad de ver qué hay dentro de la caja.

—¿Crees que te sacaré del atolladero?

—Por supuesto, Ray, pero va a meter a otra persona en él.

Para asegurarnos de que dejábamos todo como lo habíamos encontrado, echamos un rápido vistazo. Los daños causados al precioso escritorio de anticuario no se notaban y la biblioteca tenía un aspecto bastante ordenado. Al salir, Kirschmann precintó la puerta, apuntó la fecha y la hora y firmó. A continuación, me dirigió una sonrisa maliciosa, cogió la llave y corrió el cerrojo. Cuando oí el golpe del cerrojo, sentí que la última pieza encajaba en su lugar.

Cuando llegamos al nidito de amor de Darla Sandoval, Loren tenía los nervios destrozados. Abrí la puerta con mi llave y, cuando entramos, Loren se encontraba detrás de ella. Como no esperábamos que pudiera estar allí, le golpeamos sin querer. Al oír que gemía, Ray dio un empujón a la puerta y se quedó mirando tristemente a su compañero.

—No puedo creerlo —dijo—. Ya te dije que te quedaras en el sofá.

—No sabía que eras tú, Ray.

—¿Qué demonios hacías escondido detrás de la puerta?

—Me he puesto nervioso, eso es todo. Habéis tardado mucho y empezaba a estar preocupado.

—Bueno, Bernie tenía que buscar una caja que no estaba allí. Ha sido divertido verle. Incluso ha desmontado un escritorio. Al final, la caja estaba en una estantería, como si fuera un libro.

—*La carta robada* —comentó Loren.

—¿Qué?

—Es un relato de Edgar Allan Poe —aclaré a Ray—. De todos modos, lo que has dicho no es del todo correcto, Loren. Sería diferente si escondieras un libro en una biblioteca, pero en este caso se trataba de una caja con apariencia de libro.

—A mí me parece casi lo mismo —insistió Loren, que parecía resentido por el comentario.

Mientras discutíamos, Ray fue a la cocina y se sirvió una copa. Volvió, tomó un buen trago y dijo que ya era hora de que abriéramos la caja.

—Ha llegado el momento de recuperar mi arma —añadió Loren—, y mi porra, mi insignia, mis esposas y mi gorra. Todo. No tengo nada contra ti, Bernie, pero me molesta ver a una persona que no es policía llevando mis cosas.

—Es comprensible, Loren.

—Además, sin ellas tengo la sensación de que me falta algo. La pistola tenemos que llevarla incluso cuando no estamos de servicio. Cuando uno se para a pensar en todos los atracos que han sido frustrados gracias a agentes que estaban fuera de servicio, comprende el motivo de la normativa.

En cambio, yo pensé en los policías que acababan disparándose cuando estaban fuera de servicio durante sus metafísicas discusiones acerca de los méritos de los Knicks y los Nets, pero decidí no sacar el tema a colación. Seguramente el público no lo recibiría muy bien.

—La caja —dijo Ray.

—¿No puedo recuperar mis cosas antes de que la abra?

—¡Jesús...! —exclamó Ray.

Alcé la caja con las manos y dije:

—Por extraño que parezca, esta caja no es tan importante.

Ray me miró fijamente.

—Pues te ha costado diez mil dólares, Bernie. A mí eso me parece bastante importante. Además, se supone que va a librarte de una acusación de asesinato, aunque me gustaría saber cómo. Puedo aceptar que no mataras a Flaxford. Sin embargo, no sé de dónde vas a sacar una prueba convincente.

—Supongo que, dadas las circunstancias, es lógico que pienses así... —reconocí.

—A menos que la prueba esté dentro de la caja.

—La caja era una cuestión personal —aclaré—. Digamos que es un favor que debía a un amigo. Para mí lo importante era entrar en el apartamento, Ray, aunque antes de entrar no lo sabía. Sin embargo, volver allí ha resultado muy... revelador.

—No lo entiendo —dijo Loren, que parecía esperar la aparición de un conejo blanco cuando abriese la caja—. ¿Qué has encontrado, Bernie?

—Para empezar, la puerta no estaba cerrada con llave. El cerrojo de seguridad no estaba echado.

—¡Por Dios...! —exclamó Ray—. Ya te he dicho que habrá sido un policía que no se molestó en echar la llave al salir. ¿Qué importa?

—Supongo que nada. Pero ¿quieres saber lo que importa que el cerrojo estuviera echado cuando entré en el apartamento de Flaxford la otra noche? Verás, si sólo se hubiera tratado del pestillo, habría abierto la puerta antes, pero me encontré con una buena cerradura Rabson y tuve que dar una vuelta y media al cilindro. No tardé mucho tiempo porque da la casualidad de que soy excepcional en mi trabajo...

—Lo que hay que oír...

—Pero primero tenía que abrir el cerrojo y luego hacer saltar el pestillo, que es precisamente lo que hice.

—¿Y qué?

—Pues que el asesino se llevó una llave al salir del piso y se tomó el tiempo necesario para echar el cerrojo y dejar el cadáver de Flaxford encerrado, o el propio Flaxford corrió el cerrojo desde dentro girando el tirador. No sé por qué, pero me resulta difícil imaginar al asesino cogiendo la llave o, en caso de que se la llevara, molestándose en utilizarla.

Me estaban prestando atención, pero no sabían qué conclusión sacar de lo que estaba diciendo.

—Insinúas que Flaxford se encerró en su casa, ¿no? —preguntó Ray, lentamente.

—Así es.

—Por Dios, Bernie, lo único que estás haciendo es ponerte la soga al cuello. Si Flaxford se encerró y la puerta estaba cerrada con llave cuando llegaste, ese malnacido estaba vivo cuando entraste.

—En efecto.

—Por tanto, fuiste tú quien lo mató.

—En absoluto. —Me golpeé la palma de la mano con la porra de Loren y proseguí—: Y os diré por qué. Yo tengo una ventaja: sé con toda seguridad que no maté a Flaxford. Así que el hecho de saber que estaba vivo cuando llegué a su piso significa para mí algo diferente. Significa que sé quién lo mató.

—¿Quién?

—Es obvio. —Hice una señal con la porra—. Loren. ¿Quién si no?

Me fijé en la mano de Loren, que instintivamente la movió hacia el lugar en que habría estado su arma si no la hubiese tenido yo en aquel momento. Se llevó la mano hacia el muslo, vio que le estaba mirando y se sonrojó.

—¡Estás loco!

—Creo que no.

—Típico de los Géminis, contar la mentira más descabellada para que parezca creíble. Ray, será mejor que nos lo llevemos, pero esta vez ponle las esposas, ¿de acuerdo? Ya se nos escapó en una ocasión.

Ray se quedó un momento en silencio. Luego me preguntó:

—¿Te estás inventando todo esto, Bernie? ¿Lo estás improvisando?

—No, creo que es bastante coherente, Ray.

—¿Podrías repetirlo una vez más, sólo por curiosidad?

—Ray, ¿no creerás a este chiflado?

—Cállate —ordenó Ray Kirschmann y, volviéndose hacia mí, añadió—: Adelante, Bernie, has conseguido que me interese. Soy todo oídos.

—Cómo no —respondí—. En realidad, es muy sencillo. Verás, la otra noche J. Francis Flaxford tenía que ir al estreno de una obra de teatro. Todo estaba preparado. Por eso elegí aquella hora para entrar a su casa. Tenía información privilegiada y la persona que me la había proporcionado sabía que él iba a estar fuera. Pues bien, llegó la hora de salir. Él llevaba el batín y se disponía a vestirse cuando tuvo un accidente. No sé si fue una apoplejía, un desvanecimiento, un infarto o una simple caída, pero el caso es que acabó tumbado en su cama, inconsciente y vestido con su albornoz. En algún momento quizá tiró la lámpara de la mesilla o se golpeó con algo, es posible que fuera lo que oyó el vecino que llamó a la policía. No importa. Lo importante es que, cuando yo llegué, estaba inconsciente en su habitación, con la puerta del apartamento cerrada por dentro.

—Esto es absurdo —objetó Loren.

—Deja que hable. —El tono de voz de Ray era neutral—. Hasta el momento no has dicho nada sustancial, Bernie.

—Bien. Entré en el piso y me puse manos a la obra. En ningún momento salí del

salón y no hice otra cosa que registrar el escritorio, porque en principio allí debía estar la caja. La persona que me había facilitado la información ignoraba que la caja estaba escondida en la estantería. Cuando vosotros aparecisteis, todavía estaba registrando el escritorio. Hablamos, llegamos a un acuerdo económico y nos dispusimos a salir de allí cuando a Loren se le ocurrió vaciar su inoportuna vejiga.

—¿Y bien...?

—Muy sencillo, según su versión, fue al cuarto de baño y utilizó el servicio, pero al salir, por error entró en el dormitorio. Allí descubrió el cadáver de Flaxford. Se volvió, horrorizado, y regresó al salón, donde nosotros le estábamos esperando; dio la voz de alarma, se le revolviéron un poco las tripas y se desmayó.

—Bueno, eso fue lo que vimos, Bernie. Luego saltaste sobre mí y escapaste como si hubieras visto un fantasma.

Pasé por alto aquel detalle y dije:

—Podríamos decir que Loren sí que vio un fantasma. El pasillo del apartamento de Flaxford es corto. Si sales del salón en dirección al cuarto de baño, se distinguen las marcas de tiza que hay en la alfombra del dormitorio. En aquel momento no había marcas de tiza, por supuesto, si no un cuerpo, algo lo bastante interesante para que Loren se olvidara del retrete y fuera a echar un vistazo al dormitorio.

—¿Qué pasó después?

—Estuvo allí unos minutos. Entretanto, el cuerpo, es decir, Flaxford, se reanimó. No sé si Loren pensaría que estaba muerto o inconsciente, pero, en cualquier caso, de pronto el hombre estaba vivo, despierto y mirándole a los ojos. Loren reaccionó instintivamente. Sacó su fiel porra y le abrió la cabeza a Flaxford.

—Es absurdo —repitió Loren con voz temblorosa, y pensé que no estaba seguro de si era producto de la indignación o del sentimiento de culpa—. ¡Está loco! ¿Por qué habría de hacer algo así?

—Por dinero.

—¿Qué dinero?

—El dinero con que estabas llenando tus bolsillos cuando Flaxford abrió sus ojos azules de niño y te vio. Cuando le encontraste, no había más que dinero en el suelo y encima de él. —Me volví hacia Ray—. Flaxford era un chantajista, un sacamantas, un tipo con un montón de recursos para ganar dinero fácilmente. Quizá tuviera cuentas bancarias, cajas de seguridad y fondos escondidos, pero también tenía dinero en efectivo en casa. Todo intrigante lo tiene, tanto si sus intrigas son legales como si no. Mira, soy un ladrón de poca monta, pero he conseguido reunir diez de los grandes esta noche. —No consideré necesario añadir que cinco de ellos eran míos—. Pues bien, lo único que no ha aparecido en el piso de Flaxford es dinero. Ni en sus cajones, ni en sus armarios, ni en ninguna caja fuerte empotrada en la pared, ni en su fantástico escritorio. Con todos los registros que ha sufrido ese apartamento,

incluyendo el que le he hecho yo esta noche, lo único que no ha aparecido es dinero.

—Así pues, ¿insinúas que Loren debió de cogerlo?

—Es absurdo —repitió Loren por enésima vez.

—No lo es —repuse—. No sé cómo perdió el sentido Flaxford, pero sí que lo perdió de repente. Fuera lo que fuera, de pronto quedó inconsciente. Diría que acababa de recibir a un visitante que le había llevado el dinero para liquidar una cuenta. Por supuesto, ese dinero tenía que entregarlo a otra persona. La cantidad era lo bastante elevada para hacerle retrasar la hora del teatro. Cuando el visitante se marchó, se llevó el dinero al dormitorio, se puso a contarlos y se desmayó. Loren entró y se encontró a un hombre inconsciente en una habitación llena de billetes de cien dólares.

—No son más que conjeturas.

—¿Conjeturas? Alguien ha registrado mi casa de arriba abajo, ha vuelto todos los cajones del revés, ha destrozado mis libros... No hay nada en la caja azul que justifique tal búsqueda. Pero alguien sabía que Flaxford tenía un montón de dinero cuando le mataron, y la única persona que pudo llegar a esa conclusión es la misma que se lo entregó. En mi opinión, debe de ser Michael Debus o alguien relacionado con él. O el dinero tenía que llegar a Debus o Debus se lo había dado a Flaxford para que este lo repartiera adecuadamente a fin de interrumpir una investigación que se estaba llevando a cabo en su fiscalía. Esto explica por qué el visitante de Flaxford no pudo matarlo, por no mencionar lo de las cerraduras... Esa persona (supongamos Debus) se fue del apartamento dejando a Flaxford vivo y con el dinero. La suma era tan elevada que Debus no pudo olvidarse de ella al enterarse de que Flaxford había sido asesinado. Sí, Ray, era tan elevada que Loren pensó que merecía la pena matar por ella.

—¡Ray, está loco! ¡Este hombre está loco!

—No lo sé, Loren.

—No puedes hablar en serio.

—No lo sé... Siempre te ha gustado el dinero.

—Es como si estuvieras empezando a creer en ese cuento de hadas.

—Siempre has cogido lo que se te ha ofrecido, Loren. Al principio, me sorprendió porque no eras más que un novato. No es fácil aprender a abrir la mano. Luego uno comprende que el asunto forma parte del sistema, se vuelve práctico y empieza a sentir apetito. Tú, en cambio, tuviste hambre desde el principio, tuviste hambre antes de enterarte de qué iba la historia... No haces más que rezongar, estás todo el día con la cabeza en Capricornio o donde coño sea y eres el hijo de puta más hambriento que conozco.

—Ray, sabes que nunca mataría a nadie.

—No estoy seguro de lo que sé.

—Ray, ¿con una porra? Por favor...

Me alegré de que sacara el tema. Meneé la porra de Loren y me di con ella un sonoro golpe en la palma de la mano.

—Buena porra —comenté—. Suave y lustrosa. Juraría que nunca has pegado a nadie con ella.

—Nunca lo he hecho.

—No, claro que no. Ni se te ha caído a la acera, ni se te ha arañado con un muro de ladrillos... En realidad, ni siquiera la llevabas hace un par de días. —Le señalé con un gesto manifiestamente teatral—. Es nueva, ¿verdad, Loren? Esta es tu flamante porra nueva. Tuviste que sustituir la vieja, ¿verdad? Tenía un buen número de golpes porque te encantaba jugar con ella y se te caía cada dos por tres. La superficie tenía muescas y alguna que otra grieta. Además, sabías que podía haber restos de sangre, de piel o algo por el estilo... al igual que sabes lo que un laboratorio forense puede hacer con algo así. Sí, Loren, por mucho que uno lo limpie, nunca consigue que las huellas desaparezcan. Por eso sustituiste la porra.

Loren abrió la boca, pero no dijo nada. Ray me cogió la porra de la mano y la examinó.

—Bueno, no parece que la hayan desvirgado.

—¡Ray, por amor de Dios! —imploró Loren.

—Está más nueva que la leche, Loren. No es la porra que sueles llevar. ¿Cuándo te la han dado?

—Hará un par de semanas.

—¿Antes del asesinato de Flaxford?

—Antes del robo, por supuesto. Ray...

—¿Qué tenía de malo la otra?

—No lo sé. Esta me resulta más cómoda, eso es todo. Ray...

—Has tirado la otra, ¿verdad?

—Quizá la tenga por alguna parte.

—¿Crees que podrías encontrarla si tuvieras que hacerlo?

—Supongo. Por cierto, creo que la dejé en el patio. Siempre cabe la posibilidad de que algún muchacho del barrio se la llevara, pero tal vez esté allí todavía.

Se miraron mutuamente. Habría sido mejor que yo no estuviera en la habitación. Se miraron durante largo rato, hasta que Loren bajó la cabeza para mirarse los zapatos que, por supuesto, eran negros y de cordones, y los había cepillado hasta dejarlos brillantes y con un aspecto mucho más apropiado para un agente uniformado que mis mocasines de cuero escocés.

Ray dijo:

—La cadena... Fue al cuarto de baño y le oímos tirar de ella y, al cabo de unos segundos, ya había vuelto al salón. ¿Cómo pudo tener tiempo para hacer todo lo que

has dicho?

—Tiró de la cadena al volver, Ray. Al ir, no entró en el cuarto de baño; sin embargo, se detuvo cuando volvía para tirar de la cadena.

—¿Para disimular?

—Sí.

—Todo parece encajar. ¿Y qué me dices del cenicero? A Flaxford lo mataron con un cenicero...

—El del salón.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Había un cenicero en el salón, sobre la mesa situada al lado de donde me senté. Esta noche no estaba allí. Al principio, pensé que los del laboratorio se habrían llevado los dos por la razón que fuera. Pero en realidad sólo había un cenicero. Estaba en el salón cuando entré en el apartamento. Sin embargo, cuando llegaron los del laboratorio, se encontraba en el dormitorio.

—¿Cómo llegó allí? ¿Lo cogió él?

—En efecto. Volvió al salón y fingió que se desmayaba. Todo fue muy extraño... En realidad, fue la reacción más retardada que se pueda imaginar. Aunque, si era la primera vez que veía un cadáver...

—Ya ha visto unos cuantos.

—Bueno, pues aquel era el primero del que era responsable. Probablemente las rodillas le flaquearon, pero lo cierto es que se las arregló para volver al salón y caer sobre la alfombra. Puro teatro. Un minuto más tarde, yo salí por la puerta y tú saliste detrás de mí en cuanto te recuperaste, ¿no es cierto?

—Así es.

—Él seguía tumbado sobre la alfombra cuando tú te fuiste. En cuanto cruzaste la puerta, tu compañero cogió el cenicero de cristal de la mesa, volvió al dormitorio, y «peinó» a Flaxford. Quizá sólo lo aturdió con la porra, quizá Flaxford ya estuviera muerto y Loren quisiera dejar un arma homicida a la vista. Creo que probablemente todavía estaba vivo, pero que quiso asegurarse con un golpe de gracia. Luego lo único que Loren tuvo que hacer fue recobrar el conocimiento y salir a la calle en tu busca. Para entonces, ya había recogido el resto del dinero y podía volver a casa tranquilamente, dejándome con un cadáver colgado del cuello.

No sé en qué momento Ray Kirschmann comprendió que estaba diciendo la verdad, pero lo cierto es que durante mi relato se desvaneció la última duda que le quedaba. Lo sé porque oí cómo abría la funda de su pistola para coger el arma en caso de necesitarla. Loren se dio cuenta e hizo ademán de dar un paso al frente, pero cambió de parecer y se sentó en el sofá.

Ray le preguntó:

—¿Cuánto dinero era, Loren?

Al ver que no contestaba, se volvió hacia mí para hacer la misma pregunta.

—Te lo dirá tarde o temprano, aunque apuesto a que eran más de veinte mil pavos; quizá el doble. Mucho tiene que ser, teniendo en cuenta lo que está insistiendo Debus para recuperarlo. Sin duda Loren no supo a cuánto ascendía el total hasta que llegó a casa y lo contó, pero enseguida comprendió que era lo suficiente para cometer un asesinato.

Se produjo un largo silencio. Finalmente Loren dijo:

—Creía que ya estaba muerto. —Ray y yo le miramos—. Tenía los brazos y las piernas extendidos como si fuera un cadáver. Estaba seguro de que tú le habías matado... No sé en qué pensé. Empecé a recoger el dinero. Fue instintivo. No sé qué se apoderó de mí. De pronto, abrió los ojos e intentó ponerse en pie... Creía que estaba muerto y... abrió los ojos...

—Así que fuiste por el cenicero para asegurarte, ¿no?

—¡Oh, Dios...! —exclamó Loren.

—¿A cuánto ascendía ese dinero, compañero? ¿A veinte de los grandes? ¿A cuarenta?

—Cincuenta...

—¡Cincuenta mil dólares americanos! —Ray silbó suavemente—. No me extraña que no estuvieras satisfecho con el acuerdo de esta noche. ¿Por qué ibas a arriesgarte por diez mil miserables dólares si ya te habías embolsado cincuenta mil?

—Iba a darte la mitad. ¿Crees que te lo habría ocultado?

—Loren, eres un verdadero encanto...

—Esperaba encontrar la manera de explicártelo. Jamás te lo habría ocultado.

—Claro, claro que no.

—Ray, te corresponden veinticinco mil dólares libres de impuestos. ¡Por Dios, tenemos al asesino aquí mismo, justo a tu lado! No hay que pensárselo mucho... Además, no es más que un ladrón de mierda. Nos saldría redondo.

—Entiendo... Crees que deberíamos colgar el muerto a Bernie. —Ray se rascó la barbilla—. Hay un problema, amigo, ¿qué pasará cuando él cuente su versión? Te presionarán, harán un par de comprobaciones y tú empezarás a cantar como un idiota, Loren.

—Podría morir de un disparo al intentar huir. Ya escapó una vez, ¿no es cierto, Ray? Es un sujeto peligroso... Escucha, Ray. Piensa en los veinticinco mil dólares. Si quieres, podemos negociarlo. Puedes llevarte más de la mitad. Ray, escúchame...

Ray le dio una bofetada con la palma de la mano. Loren se llevó una mano a la mejilla y se quedó donde estaba, ofuscado, mientras el eco de la bofetada resonaba en el silencioso piso.

—Tienes derecho a guardar silencio —dijo Ray al cabo de un momento—. Tienes derecho... ¡A la mierda con todo esto...! Bernie, si en algún momento nos lo

preguntan, ¿te acordarás de decir que le he leído los derechos a este lameculos?

—Descuida.

—No quiero que quede ningún cabo suelto. Nunca me había caído bien este pedazo de mierda, pero creía que por lo menos distinguiría lo limpio de lo sucio, robar dinero o matar por él. Bernie, me gustaría tener algo definitivo, una prueba que no deje salida a este cabrón. Por ejemplo, la porra con los restos de sangre de Flaxford, aunque apostarí a que la ha tirado al río.

—Ya encontraréis el dinero. Seguro que hay restos de sangre en algún billete.

—A menos que lo haya escondido. —Fulminó a Loren con la mirada—. Aunque supongo que me dirá dónde está.

—No es necesario que lo haga.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que cogiera exactamente cincuenta mil dólares. Creo que cogió cuarenta y nueve mil novecientos.

—He perdido el hilo, Bernie.

Le mostré la caja azul.

—No he abierto esta caja porque no conozco la combinación —dije—. No obstante, es probable que pueda forzar la cerradura con una ganzúa y creo saber qué encontraremos en el interior cuando lo haga. Creo que encontraremos un billete de cien dólares manchado de sangre y que, además, contendrá una huella dactilar. No sería descabellado pensar que perteneciera a Flaxford, si es que sufrió alguna herida antes de que Loren acabara con él. Podría haberse cortado al tirar la lámpara al suelo. Sin embargo, tengo la corazonada de que la huella pertenece a Loren, lo que sin duda constituiría una prueba bastante sólida, ¿no crees?

Ray se quedó mirándome por unos segundos.

—Todo eso es lo que crees que hay en la caja.

—Digamos que es una corazonada.

—Maldita sea, ¿por qué no la abres y lo comprobamos? —Después de abrirla añadió—: Preciosa, realmente preciosa... ¿Cuándo lo cogiste? Claro, cuando fuiste al cuarto de baño. Tiraste de la cadena, al igual que Loren. ¿El maldito billete ha estado allí todo el tiempo? ¿Los chicos del laboratorio no lo vieron? Asombroso.

—Quizá estuvo en la caja azul desde el principio.

—Bueno, dudo que llegue a saber qué había realmente en la caja azul, aunque lo cierto es que me importa un comino. En cambio, lo que contiene ahora... Es una huella preciosa; apuesto a que es tuya, Loren, y a que el tipo de sangre coincide con el de Flaxford. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Loren —concluyó—, creo que estás metido en un buen lío.

—¡Es fantástico! —exclamó Ellie—. Es realmente increíble. Has resuelto el asesinato, ni más ni menos.

—Sí, eso es lo que he hecho.

—Es asombroso. —Dobló las piernas y se sentó sobre los pies. Llevaba la misma ropa con que la había visto la mañana en que había tirado la planta, el pantalón de pintor y la camisa vaquera, y estaba tan atractiva como siempre—. No sé cómo lo has conseguido, Bernie.

—Deja que te lo cuente. Lo principal fue observar que el cerrojo no estaba echado. En un primer momento pensé que Flaxford lo había echado al marcharse, aunque en realidad no había salido de su dormitorio. Al establecer la relación, comprendí que había dos posibilidades: o el asesino tenía la llave o Flaxford había cerrado desde dentro. Si Flaxford había cerrado desde dentro, entonces todavía estaba vivo mientras yo andaba por su casa y, en ese caso, sólo una persona podía haberlo matado.

—Loren.

—Loren. Y si Loren lo mató, debió de ser por dinero, que era lo único que no había aparecido en el caso hasta el momento. Por tanto, tenía que haber dinero en algún sitio.

—¿Y todo esto lo pensaste mientras abríais la puerta?

—Para entonces, ya tenía varias sospechas, pero quería que pareciera que se me ocurría en presencia de Ray para que le resultara más fácil seguir mi razonamiento.

—Entonces tuviste la suerte de encontrar el billete de cien dólares en el suelo.

Pasé aquel comentario por alto. Había tenido suerte, cierto, pero también la había buscado. En aquel momento, llevaba un billete de cien dólares en la cartera —el que me había correspondido de los dos que nos habíamos repartido Darla y yo—, y tenía un poco de maquillaje rojo. Aquel billete habría ido a parar a la caja azul si el verdadero no hubiera aparecido detrás de la cama. Necesitaba algo para distraer la atención de Ray del verdadero contenido de la caja y me pareció que un billete manchado de sangre tendría el valor dramático adecuado, algo que Perry Mason podría haber sacado a la luz durante un juicio. Quizá por eso logré descubrir el billete que Loren había dejado en el dormitorio. En fin, gracias a ello había podido quedarme con mi billete, al menos hasta que encontrara algo en que gastarlo.

Ellie se levantó y fue a la cocina por más café. Apoyé los pies en la mesa central. Estaba agotado y tenso. Quería acostarme y dormir durante seis o siete días, aunque tal como me sentía, tal vez permanecería despierto durante aproximadamente el mismo tiempo.

Empezaba a ser tarde; estaba a punto de dar la una y media. En cuanto Ray y

Loren salieron del piso de Darla, llamé a casa de esta tal como habíamos convenido, dejando que el teléfono sonara un par de veces y colgando a continuación. Minutos más tarde, recibí su llamada y le informé de que había encontrado la caja y que tenía las fotografías y las cintas en mi poder.

—No tienes que preocuparte por los negativos —le dije—. Son polaroid, aunque la persona que las sacó tiene sentido de la composición.

—Las has mirado.

—Tenía que saber qué eran; no iba a identificarlas a tientas.

—Lo comprendo —dijo Darla—. Sólo me preguntaba si te han parecido interesantes.

—A decir verdad, sí.

—Lo suponía. ¿Has escuchado las cintas?

—No, ni voy a hacerlo. Creo que debería haber cierta dosis de misterio en nuestra relación.

—¿Vamos a tener una relación?

—Creo que sí... ¿Funciona la chimenea de tu casa o sólo es un adorno?

—Funciona. Nunca he hecho el amor delante de una chimenea.

—Yo había pensado en algo así... Voy a quemar las fotografías y las cintas antes de marcharme. En realidad, la mitad son mías. Me he gastado todo mi dinero para recuperarlas y quiero que desaparezcan lo antes posible.

—Podrían ser un recuerdo muy interesante.

—No, son demasiado peligrosas. Es como guardar en casa una pistola cargada. El posible beneficio es mínimo y el riesgo enorme. Las destruiré esta noche. A propósito, puedes fiarte de mí. Por si se te había pasado por la cabeza, no soy un chantajista.

—Me fío de ti, Bernard.

—Todavía tengo el uniforme de policía. Creo que será mejor que lo deje aquí. Así evitaré tener que llevarlo hasta el centro.

—Buena idea.

—También tengo las esposas y la porra, por extraño que parezca. El tipo al que le pertenecían ha tenido que marcharse a toda prisa y no volverá a necesitarlas. También las dejaré aquí.

—Estupendo. Si no fuera tan tarde...

—No, es demasiado tarde y tengo otras cosas que hacer. Ya te llamaré, Darla.

—Te esperaré.

A continuación, busqué el número del hotel Cumberland y llamé a Wesley Brill para decirle que la cuestión estaba definitivamente liquidada.

—Eres libre —le informé—. El caso está resuelto. Yo estoy fuera de peligro y ni tu nombre ni el de la señora Sandoval han sido mencionados en ningún momento. Te

lo digo por si estabas preocupado.

—Lo estaba —reconoció—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Tuve suerte. Oye, me gustaría hacerte un par de preguntas.

Le hice las preguntas oportunas y él las respondió. Charlamos durante un par de minutos, acordamos que nos veríamos algún día para tomar una copa, aunque en un lugar que no fuera el Pandora, y eso fue todo. Encontré el número de Rodney Hart en la guía, lo marqué, dejé que el teléfono sonara más de quince veces y finalmente fui atendido por una amable operadora del servicio de contestadores automáticos. Me informó de dónde podía localizar a Rod —seguía en San Luis—, pero al llamar a su hotel me dijeron que todavía no había vuelto. Supongo que la obra seguía en cartel.

Me puse mi ropa y guardé mi atuendo de policía en el armario de Darla, donde por cierto ella también tenía algunos atuendos interesantes —algunos los había visto en las fotos, pero no tenía tiempo de examinarlos—. Volví al salón, eché un vistazo a las fotografías y las apilé todas, excepto una, sobre los troncos que ardían en la chimenea. Luego eché las cintas, que tardaron en prender y despidieron cierto hedor, removí las cenizas cuando se formaron, puse en marcha el aire acondicionado y me marché.

Cogí un taxi en dirección al centro y pedí que me llevara a Bethune Street. Alcé la vista para mirar el edificio. No había luces encendidas en el piso de la cuarta planta. Me detuve en el portal y busqué el timbre del 4 E. No tenía ningún nombre al lado del pulsador. Lo apreté y, al no obtener respuesta, abrí la puerta del edificio a mi manera y subí los tres tramos de escalera.

Abrir las cerraduras con la ganzúa no supuso ningún problema y, cuando entré, no tuve que permanecer mucho tiempo dentro. Al cabo de unos diez minutos salí, cerré la puerta con la ganzúa, subí una planta y entré en el piso de Rod, donde Ellie me estaba esperando.

Allí estábamos, bebiendo sendas tazas de café con un poco de whisky escocés y hablando de la situación.

—Así pues, ¿estás libre de toda sospecha? —me preguntó—. ¿Ni siquiera tiene que interrogarte la poli?

—Es probable que quieran hablar conmigo tarde o temprano —contesté—. Depende de lo que Ray decida hacer al final. Quiere que Loren cuelgue el uniforme y que pase una temporada en la cárcel, pero al mismo tiempo quizá quiera impedir que se lleve a cabo una investigación en toda regla y que el juicio se convierta en un campo de batalla. Supongo que llegarán a algún compromiso. Loren se declarará culpable de homicidio. Me sorprendería que le mantuvieran entre rejas durante más de un año.

—¿Después de haber matado a un hombre?

—Bueno, eso sería difícil de probar en un juicio e imposible a menos que se metiera en el caso a ladrones errantes, policías sobornados, fiscales de distrito corruptos y políticos, de modo que podríamos decir que el sistema tiene un interés personal en liquidar este asunto. Además, Loren tiene cincuenta mil silenciosos argumentos a su favor.

—Cincuenta mil... ¿Qué pasará con el dinero?

—Es una buena pregunta. Pertenece a Michael Debus, pero ¿cómo podrá reclamarlo? Dudo que permitan a Loren quedárselo y que Ray pueda conseguirlo todo. Ojalá supiera la manera de entrar en el reparto. No lo digo por avaricia, sino porque preferiría acabar perdiendo la menor cantidad de dinero posible. Este asunto me está costando una fortuna, ¿sabes? Me pagaron mil dólares por adelantado y se lo di a Ray; luego los matones de Debus hicieron un destrozo en mi casa por valor de varios miles de dólares y, por último, Ray se ha quedado con los cinco mil que tenía ahorrados para casos de urgencia.

—¿No podrías conseguir parte de los cincuenta mil?

—Ni por asomo. La policía no da dinero a los ladrones. Si hay una persona en todo el mundo que no va a oler esos cincuenta mil, soy yo. Tendré que empezar a trabajar. Estoy sin blanca, como siempre.

—Bernie, no olvides lo que pasó la última vez que intentaste robar algo.

—Pero fue un robo por encargo. A partir de ahora trabajaré por cuenta propia, sin excepciones.

—Eres incorregible.

—Sí, esa es la palabra correcta. La rehabilitación es inútil en mi caso.

Dejó su taza de café, se acurrucó a mi lado y apoyó su cabeza en mi hombro. Aspiré su perfume.

—Lo que resulta realmente asombroso —comentó— es que en ningún momento haya habido nada en la caja.

—A excepción del billete de cien.

—Pero antes de que metieras el billete, la caja estaba vacía.

—Así es.

—Me pregunto qué habrá ocurrido con las fotografías.

—Tal vez no existan esas fotografías —sugerí—. Tal vez Flaxford amenazó a la señora Sandoval pero nunca llegó a enseñárselas. Porque para sacar fotos sería necesario que hubiera una tercera persona, ¿no? Y en este asunto no ha aparecido ninguna persona más.

—Es cierto, pero creía que dijiste que le había mostrado las fotografías.

—Cabe la posibilidad de que le enseñara la caja y que le hiciese creer que las fotografías estaban dentro. Es posible, ¿no te parece?

—Supongo que sí.

—Por tanto, es probable que no haya habido ni fotos ni cintas por medio. Además, aunque no sea así, no merece la pena hablar de ello, porque se habrán esfumado.

—¿Cómo es posible?

—Se habrán convertido en humo... Eso es lo que creo.

—Es asombroso.

—Sí, sí que lo es.

—Entonces ¿todo ha quedado claro? Esto es lo más asombroso de todo... ¿La policía ha dejado de buscarte?

—Bueno, podrían presentar varias acusaciones —respondí—, pero he hablado con Ray sobre ello y va a conseguir que las anulen sin que nadie se entere. Podrían acusarme de resistencia a la autoridad y allanamiento de morada, pero no tienen ningún interés en ello y probablemente tendrían problemas para conseguir que las acusaciones tuvieran efecto. Además, sea cual sea la manera de la que resuelvan este asunto, lo último que querrán será complicar las cosas con mi testimonio.

—Es lógico.

—Sí... —La rodeé con un brazo y le apreté el hombro con los dedos—. Todo ha acabado a pedir de boca —añadí—. Ni siquiera he tenido que meterme por medio. Estoy libre de toda sospecha.

El silencio fue devastador. Todo su cuerpo se estremeció bajo mis dedos. Mantuve la mano sobre su hombro y con la otra saqué del bolsillo trasero el libro que había cogido del piso 4 E. Tenía la página marcada, por lo que lo abrí directamente por ella y empecé a leer:

—«Me divorcié hace cuatro años. Por aquel entonces tenía trabajo, aunque no era un trabajo muy exigente; luego lo dejé y ahora estoy en paro. Pinto un poco, diseño joyas y últimamente me he dedicado a los vidrios de colores. No es lo que hace todo el mundo, sino algo que más o menos he inventado yo. Son esculturas tridimensionales de estilo libre. El problema es que no estoy segura de si lo hago bien o no. Es decir, no sé si son simplemente un pasatiempo. Si descubro que es sólo eso, no me interesa, porque yo no quiero pasatiempos. Quiero hacer algo serio, aunque todavía no sé el qué. O al menos creo que no lo sé».

—¡Mierda! —exclamó ella—. ¿De dónde lo has sacado?

—De tu apartamento.

—¡Mierda y mil veces mierda!

—Está en el piso de abajo, cuarta planta exterior. Está situado en un sitio muy práctico. Entré cuando subía. Creía que tal vez *Ester* y *Haman* tendrían hambre, pero no he visto ni rastro de esos bribones.

—*Ester* y *Mordecai*.

—Como no tienes gatos es una estupidez discutir sobre sus nombres. —Di una palmada a la blanda tapa del cuaderno—. *Dos si vienen por mar* —dije—. Ni más ni menos que la obra con que está atravesando el país nuestro común amigo. El monólogo que he leído pertenece a un personaje llamado Ruth Hightower.

—¿Quién te lo dijo?

—Wesley Brill sabía a qué obra pertenece el personaje de Ruth Hightower, aunque tenía pensado preguntárselo. Cuando os presenté y le dije que te llamabas Ruth Hightower, le pareció divertido. Supongo que pensó que sería una coincidencia, pero tú te apresuraste a cambiar de tema de conversación y a decirle tu verdadero nombre. La noche anterior, cuando me disponía a entrar en la oficina de Peter Alan Martin, recité un ripio, algo así como «Una señal si vienen por tierra y dos si vienen por mar, Ruth Hightower en la otra orilla tiene que estar». Pues bien, observé que te pusiste muy nerviosa. Debiste de pensar que lo había descubierto todo y que estaba hablando más de la cuenta. Por eso esta mañana me dijiste tu verdadero nombre.

—Bueno, eso no significa nada. —Nuestras miradas se cruzaron—. Me había metido en el papel y me costaba volver a ser yo misma.

—Se trata de algo más complicado.

—No, no es tan complicado.

—Sí, creo que sí. Te habías metido en el papel, de acuerdo, pero te resultó fácil hacerlo porque eres actriz. Debería haberme dado cuenta mucho antes. ¿Por qué si no localizaste ayer a Wesley Brill con tanta rapidez...? Sabías perfectamente a quién llamar: primero a Channel 9, luego a la Academia de Hollywood y luego a la AAC. Yo ni siquiera sabía qué era la AAC; en realidad, creía que era algo propio de las mujeres a partir de cierta edad. Luego, cuando te contestaron, hiciste alguna que otra alusión a temas de trabajo. La verdad es que este asunto ha estado infestado de actores y aficionados al teatro desde un principio. Flaxford se dedicaba a dirigir obras y a trabajar de corredor de fincas mientras ganaba dinero con actividades menos respetables. Rod es un actor que siempre está hablando del chollo que tiene con el piso porque su propietario siente debilidad por los actores. El pasatiempo de Darla Sandoval es el teatro, razón por la cual cayó en las garras de Flaxford y conoció a Brill. Y tú eres actriz y por eso conoces a Rod.

—Magnífica deducción.

—No es más que el principio. También es el motivo por el que conociste a Flaxford, que a su vez te presentó a Darla Sandoval. A ella no la conociste en el centro, porque en ese caso no habrías sabido su nombre de pila. Hasta esta tarde, cuando oíste su nombre en la habitación de Brill, no supiste que todo estaba relacionado. Pero en cuanto te enteraste de que la señora Sandoval de la que estábamos hablando se llamaba Darla, decidiste que tenías una cita y que no podías acompañarme a su casa, ya que, de haber ido, te habría reconocido y habrías dejado

de ser la simpática joven que pasó por aquí para regar las plantas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente, encanto. —Le acaricié el pelo y sonreí—. La caja azul no estaba vacía.

—¿Qué...?

Metí la mano en el bolsillo y saqué la fotografía que me había guardado. La miré por un momento y luego se la enseñé. Ellie le echó un vistazo, se estremeció y se apartó de mi lado.

—Esa es Darla —dije—. La de la izquierda... La otra eres tú.

—Dios mío...

—He quemado el resto de las fotografías y las cintas. No tienes que ocultarme nada, Ellie. Sé que estabas liada con Flaxford. No sé si le conociste en el teatro o porque era el propietario de tu apartamento. Era el dueño de este edificio, ¿verdad? Él era el legendario propietario que sentía debilidad por los actores, ¿no?

—Sí. Él me encontró este piso. Ni siquiera sabía que el edificio era suyo.

—De una u otra forma te pescó. No sé por dónde te tendría cogida y no me importa, pero debía de ser lo bastante importante para que cooperaras con Darla. La noche del crimen fuiste a su casa.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. Verás, Ellie, Ray Kirschmann se ha tragado mi explicación de cómo Flaxford se había encerrado en el piso, pero eso no significa que yo también crea en esa historia. Estabas con él. Tenías la llave, y no porque él quisiera que le regases las plantas, sino porque dormías con J. Francis con la asiduidad suficiente para tener llave propia. La otra noche estabais acostados. Por eso te extrañó que los periódicos publicaran que llevaba un batín. Dijiste que, según habías podido oír, el cadáver había sido hallado desnudo que, en realidad, era como estaba cuando lo dejaste. —Bebí un trago de mi café—. De pronto, pensé que tal vez te encontraras en el piso cuando yo estaba registrando el escritorio. Era posible. Podrías haber oído la puerta y haberte escondido en un armario o algo por el estilo, y luego habrías permanecido inmóvil hasta que me marché y los dos polis salieron corriendo tras de mí. Esta posibilidad se me ocurrió porque no alcanzaba a entender de qué otra manera podías conocerme y saber que estaba en casa de Rod. Sin embargo, esto tampoco tenía mucho sentido, y estaba seguro de que habías dejado a Flaxford desnudo. Pero ¿cómo apareciste por aquí? Era una verdadera coincidencia que tú y Rod vivierais en el mismo edificio y que yo hubiera elegido su apartamento para esconderme. ¿Cómo averiguaste que estaba aquí? ¿Cómo me reconociste? Quizá llamaste a Rod, le pediste que te dejara entrar en su casa y conseguiste las llaves de otro vecino. Lo que no entiendo es por qué lo hiciste.

—Joder...

—Te he mantenido al margen de este asunto, Ellie. La policía no sabe que existes y nunca tendrán motivos para buscarte. Sin embargo, me gustaría saber cómo encaja todo.

—Ya sabes la mayor parte.

—Me gustaría saber el resto.

—¿Por qué? —Se apartó aún más de mí y volvió la cabeza hacia un lado—. ¿Qué importancia tiene? Yo seguiré con mi vida y tú con la tuya. Ahora ya me puedo marchar. Hay una cafetera preparada y una botella de whisky casi entera, así que estarás a gusto.

—Antes quiero saber la historia, Ellie. Antes de que nadie vaya a ninguna parte.

Se volvió para mirarme, con expresión de desafío en sus ojos, y dijo:

—Bueno, has adivinado la mayor parte. Realmente no sé por dónde empezar. La otra noche estaba allí. Eso ya lo sabes. Él tenía que acudir al estreno de una obra de teatro y quería que le acompañara.

—Los Sandoval también iban a ir.

—Eso no tenía importancia. A ella ya la había visto en un par de ocasiones y habíamos hablado antes de que él nos reuniera para hacer la sesión fotográfica. No sabía su apellido. Debe de haber cientos de personas que conozco sólo por el nombre de pila.

—Continúa.

—Yo estaba allí y nos acostamos. Flaxford era un hombre espantoso, Bernie; extremadamente cruel y manipulador. No quería meterme en la cama con él. De hecho, tampoco me metí en la cama con Darla de buena gana. Él era... Le habría matado si fuera capaz de matar a alguien, así que intenté hacer lo que más se aproxima a un asesinato: intenté dejarle morir.

—¿A qué te refieres?

—Estábamos... estábamos en la cama y supongo que sufrió un infarto o algo parecido. Le falló la respiración y perdió el sentido sobre las sábanas. Pensé que había muerto... fue horrible, pero al mismo tiempo sentí un profundo desahogo.

—Pero él estaba vivo. ¿Lo sabías?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Le tomé el pulso. Me di cuenta de que respiraba y de que tenía que llamar a los bomberos, a una ambulancia, a quien fuera... Entonces comprendí que deseaba su muerte. Incluso me sentí defraudada al ver que respiraba y su corazón seguía latiendo. Se me pasó por la cabeza matarle, asfixiarle con una almohada mientras permanecía tumbado, pero no podía hacer eso.

—Así que lo dejaste como estaba.

—Sí, lo dejé... Me vestí a toda prisa. Tenía algunas cosas en el armario. Las metí en una bolsa de la compra y me marché. Pensé que quizá se salvaría, que todo

dependería de su suerte. No quería llamar a una ambulancia, prefería dejarlo todo en manos del destino.

—¿Adónde fuiste?

—A mi casa. Al piso de abajo.

—¿A qué hora?

—No lo sé con exactitud. Probablemente a eso de las siete o siete y media.

—¿Tan temprano?

—Creo que sí. Aún no habíamos empezado a vestirnos y teníamos que llegar al teatro antes del comienzo de la obra, que era a las ocho y media.

—Muy bien —dije—. Estaba desnudo en la cama cuando a eso de las siete o siete y media se desmayó. En un momento dado recuperó el conocimiento. Se levantó, cogió el batín y se lo puso. Miró alrededor y se dio cuenta de que te habías marchado. ¿Dónde estaba el dinero?

—¿Qué dinero?

—Los cincuenta mil dólares que encontró Loren.

—No sé nada de eso. No vi ningún dinero mientras estuve con él. No sé ni quién se lo trajo ni de dónde lo sacó.

—Pero cerraste con llave al salir.

Titubeó, pero luego hizo un gesto de asentimiento.

—No quería que alguien entrara y le salvara. Yo no podía matarle, pero podía facilitar las cosas para que muriera. ¿Te parece horrible lo que hice, Bernie? Supongo que lo fue...

Guardé silencio como respuesta. Luego aventuré:

—Quizá ya tenía el dinero, se dio cuenta de que habías desaparecido, miró dentro del armario y vio que tus cosas no estaban, por lo que decidió asegurarse de que no te habías llevado los cincuenta mil dólares que Debus le había entregado o que él había recogido en nombre de Debus. No importa, el caso es que buscó el dinero y lo encontró; luego sufrió un leve mareo, por lo que volvió al dormitorio y se sentó con el dinero en la mano. Empezó a sentirse realmente mal, trató de levantarse y tiró al suelo una lámpara o algo parecido. Hizo ruido o quizá gritó. Volvió a desmayarse sobre la cama. Eso pudo ocurrir en cualquier momento antes de que yo llegara poco después de las nueve. Flaxford estaba inconsciente mientras yo registraba su escritorio. Seguramente ya se había quedado dormido cuando Loren entró en el dormitorio y se puso a recoger lo que debió de parecerle todo el dinero del mundo. El alboroto lo despertó, Loren perdió los nervios y le pegó con la porra. Flaxford cerró los ojos por tercera y última vez aquella noche; cuando Ray y yo ejecutamos nuestro particular paso a dos, Loren volvió al dormitorio y le mató a golpes con el cenicero.

—¡Dios mío...!

—Pero ¿cómo lo supiste? ¿Cómo te enteraste de que yo estaba aquí?

—Te vi entrar.

—¿Cómo? No pudiste seguir a mi taxi y no tenías ningún motivo para hacerlo. Además, estuviste aquí en todo momento. Bueno, quizá me viste desde tu ventana, ya que tu piso da a la calle. Pero ¿cómo me reconociste?

—Te vi desde enfrente de la casa de Flaxford, Bernie.

—¿Qué?

—Volví. Estuve en mi apartamento durante un rato y entonces empecé a preocuparme por él. Si estaba muerto, bueno... estaba muerto y eso era todo. Pero si no lo estaba, tenía que hacer algo por él. Cogí un taxi y traté de decidir qué hacer. No quería llamarle y tampoco quería mandar una ambulancia antes de saber si estaba bien o no. En definitiva, no sabía qué hacer. Bajé del taxi e intenté armarme de valor para volver. Tenía la llave, por supuesto, y el conserje me habría dejado pasar porque me conocía. Pero temía que Fran estuviera furioso si se había recuperado. Por otro lado, si estaba muerto, no quería entrar y encontrarlo así. Además... Dios mío, no sabía qué hacer.

—Entonces me viste entrar en el edificio... Pero no podías reconocerme.

—Eso ocurrió más tarde. Te vi salir del edificio. Ibas como un relámpago y estuviste a punto de tropezar conmigo. Conseguiste esquivarme y saliste zumbando calle abajo. Minutos más tarde, un policía salió tras de ti y el conserje dijo que eras un ladrón y que habías entrado en el apartamento del señor Flaxford.

—¿Qué ocurrió luego?

—El otro policía bajó unos minutos más tarde y le dijo al conserje que Fran estaba muerto y que tú le habías matado. Yo no sabía qué había ocurrido. Volví al centro y me quedé en mi casa. Estaba segura de que la policía averiguaría que yo era la responsable, aunque no creo que lo fuera realmente. Cada vez estaba más nerviosa. No dejaba de asomarme a la ventana por si aparecía la policía. En aquel momento te vi entrar en el edificio y creí morir. No sabía quién eras ni cómo podías conocerme, pero estaba segura de que estabas persiguiéndome para matarme.

—¿Por qué habría de perseguirte?

—No lo sabía, pero ¿qué otra razón podías tener para entrar en el edificio? Eché todos los cerrojos y me quedé detrás de la puerta, temblando y oyendo cómo subías por las escaleras. Cuando llegaste a la cuarta planta, estuve a punto de desmayarme, pero seguiste hasta la quinta y creí que te habías equivocado y que volverías al cabo de unos segundos. Al ver que no bajabas, no supe qué pensar. Finalmente subí y pegué el oído a las dos puertas de la planta; al oír ruido aquí dentro, supe que eras tú, ya que Rod no se encontraba en la ciudad y el piso estaba vacío. No entendía qué estabas haciendo aquí, así que volví a mi casa, me tragué un Seconal y me quedé fuera de combate. A la mañana siguiente compré los periódicos y me enteré de lo que había ocurrido y de quién eras.

—Entonces llamaste a Rod y él te dijo que podías coger sus llaves.

—También me enteré de que te conocía. Le dije que me había topado con un tal Bernie Rhodenbarr y que me parecía que en alguna ocasión le había oído mencionar su nombre. Me dijo que era posible, aunque no se acordaba, y que habíais jugado a póker en un par de ocasiones. Entonces comprendí que ese era el motivo por el que habías entrado en su apartamento. —Respiró hondo—. Decidí subir aquí. No sabía si habías matado a Fran o no; pensaba que habría muerto antes de que tú llegaras, que habría muerto porque no había recibido atención médica inmediata y que era culpa mía. Sin embargo, también tenía en cuenta la historia del cenicero y me preguntaba si le habías matado tú. Luego nos conocimos, y creo que es evidente que me sentí atraída y fascinada por ti. Me metí en esto más de lo que probablemente debería haberlo hecho y, al mismo tiempo, tuve que interpretar un papel. Al principio, no podía revelarte mi nombre ni mi dirección, porque si eras realmente el asesino y yo decidía ayudarte, lo mejor era que no supieras quién era ni dónde podías localizarme. De ese modo si la policía te capturaba, no podrías implicarme.

—Así pues, me dijiste tu verdadero nombre porque temías que descubriera tu juego.

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—No, no fue por eso. Simplemente no soportaba que me llamaras Ruth y, mientras hacíamos el amor seguiste llamándome de ese modo, no pude más. Pensé que de todas formas acabarías enterándote. Además, en aquel momento ya sabía que no habías matado a nadie, aunque había estado prácticamente segura de ello desde el principio...

—Tu famosa intuición... Sabía que tenías que estar implicada, Ellie. Nadie tiene tanta confianza en su intuición. Debías de tener algo más en que basarte.

—Bueno, el caso es que tarde o temprano averiguarías mi nombre, a menos que un buen día yo desapareciera. Pero no estaba segura de si quería hacerlo, y además todo estaba sucediendo con tal rapidez...

—Cierto.

—Ahora ya sabes la verdad. Faltó poco para que lo estropeará todo cuando me equivoqué de piso, ¿verdad?

—Lo hubiera descubierto de todos modos.

—Supongo. —Se separó de mí y parecía ausente, aunque supongo que yo también debía de parecerlo. Se produjo un silencio, que quedó suspendido sobre nosotros por un momento, hasta que finalmente ella lo rompió—. Bueno, al fin y al cabo, el asunto ha salido bastante bien, ¿no crees?

—Sí, en todos los sentidos excepto en el financiero. Tú y Darla estáis libres de sospecha y a mí ya no me buscan por homicidio. Yo diría que ha salido de maravilla.

—Si no fuera porque seguramente me odias.

—¿Que yo te odio? —La idea me dejó verdaderamente sorprendido—. ¿Por qué demonios habría de odiarte? Es posible que en un principio vinieras por curiosidad y para asegurarte de que no estabas en peligro, pero luego me ayudaste muchísimo, no tanto como si hubieras dicho la verdad en el primer momento, pero ¿quién es el idiota que va por ahí esperando encontrar honestidad en los demás?

—Bernie...

—Vamos, Ellie, lo comprendo perfectamente. ¿Qué motivo tenías para confiar en un delincuente con antecedentes penales y que podía resultar ser un asesino? Además, es cierto que me has ayudado mucho. No hubiera salido de esta sin tu ayuda, es probable que ni siquiera lo hubiera intentado. Me habría puesto en contacto con un abogado y habría tratado de llegar a un acuerdo con la policía a través de Ray. Así que sería un verdadero gilipollas si te odiara.

—Oh, Bernie...

—A decir verdad —añadí—, creo que te he tomado cariño. Me parece que estás un poco loca, pero ¿quién no lo está?

—Pero sabes que he estado liada con Flaxford.

—¿Y qué?

—Además, has visto esa fotografía.

—¿Y qué?

—¿No estás molesto?

—No en el sentido en que estás pensando.

—¿En qué otro sentido podrías estar molesto?

—Bueno, podría estar molesto y... excitado —respondí.

—Ya entiendo.

—Sí...

Le levanté la barbilla y la besé, y estuvimos así un rato. Luego ella suspiró, se acurrucó en mis brazos y se alegró de cómo había acabado todo.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó.

—Todo seguirá como antes, encanto. Tú seguirás siendo actriz y yo ladrón. La gente no cambia. Es posible que nuestras profesiones no estén muy bien consideradas, pero me temo que no tenemos otra alternativa. Nos veremos y veremos qué tal nos va.

—Me gusta.

Y también vería a Darla Sandoval, y trataría de encontrar la manera de robarle la colección de monedas a su marido sin que ella se enterara de quién había sido. Probablemente trataría de arreglar mi apartamento, y quizá los vecinos se olvidarían de mi supuesta ocupación en vista de que limito mis operaciones a la zona este, donde esos malnacidos ricachones siempre se la están buscando. También es probable que siguiera jugando al póker y viendo algún que otro partido de béisbol y haciendo

algún trabajito cuando fuera necesario. No sería perfecto, pero ¿quién vive una vida perfecta? De hecho, todos somos criaturas imperfectas que vivimos vidas imperfectas en un mundo imperfecto, así que la única solución es hacerlo lo mejor posible.

Traté de explicárselo a Ellie y nos abrazamos. Al principio resultó agradable y tierno, pero no tardó en pasar a mayores.

—Vamos a la cama —propuso ella.

Me pareció una idea magnífica, aunque antes de ir me acerqué a la puerta para asegurarme de que estaba cerrada con llave.

Notas

[1] Personaje de una canción infantil. <<

[2] Alusión a una conocida empresa especializada en pollo frito. <<

[3] *De mortuis nihil nisi bonum*: De los muertos no digas sino bien (Tácito). <<

[4] Estilo parecido al del autor y periodista estadounidense Alfred Damon Runyon (1884-1946). <<